



*íntimo*  
SENDERO  
*de*  
*magia*

*Cuando te adentras,  
ya no puedes  
volver atrás*

RITA MORRIGAN



RITA MORRIGAN

# Íntimo Sendero de Magia

Íntimo Sendero de Magia  
(2011)

## ARGUMENTO:

*Cuando te adentras, ya no puedes volver atrás...*

**Mary Luton**, hermana del conde de Rohard, debería ser una de las mujeres con más pretendientes de toda Inglaterra:

es hermosa, inteligente y nada la detiene, ni siquiera su impedimento para caminar. Cuando su hermano parte viaje de bodas, le solicita a **Diego Lezcano**, su socio y amigo, que vigile a la audaz Mary para que no se meta en problemas.

Diego no tiene intenciones de cuidar a la temeraria mujer, pero termina aceptando a regañadientes. No quiere estar cerca de Mary. O, mejor dicho, quiere demasiado estar cerca de ella. Sin embargo, él, un hombre que no puede hablar de su pasado, sabe que no es el

adecuado para Mary, por lo que prefiere mantener una tensa distancia.

Las cosas se complican cuando Lord Davenport, conde de Hampshire, decide cortejar a lady Luton, porque cree que un casamiento con ella podrá sanear sus enmagrecidas finanzas. La madre de Mary lo alienta a que avance en el cortejo, convencida de que un casamiento noble es lo mejor para su hija. Incluso si lady Luton se empeña en rechazarlo, porque no puede dejar de pensar en Lezcano. Incluso si debe llevarla lejos para forzar una

boda. Deberá entonces Diego decidir si va a buscarla, si decide adentrarse en un sendero junto a Mary del que ambos no querrán salir.

## **SOBRE LA AUTORA:**



**Rita Morrigan** sorprendió a su familia desde pequeña por su inclinación a devorar historias: en voz alta, en una película, en una pieza teatral, en una ópera, en una canción. Asombrada por el efecto mágico que las historias producían en quienes las recibían, tomó la decisión de comenzar a relatar las propias.

En la actualidad vive en una ciudad de ensueño junto al mar con su marido y su gato *Fume*.

Después del éxito de *Dulce camino espinoso*, su primera novela romántico-histórica

publicada, Rita Morrigan nos trae una vez más a la familia Rohard y a sus intrépidos integrantes.

## CAPÍTULO 01

—ESTO NO ESTARÍA PASANDO SI EL IMBÉCIL DE MI TÍO NO SE hubiese casado.

—Puede que sea así —respondió lord Reeds, regocijado ante el visible abatimiento de su interlocutor—, pero con la herencia del vizcondado solo habrías conseguido retrasar lo inevitable. Terrell, tu situación financiera es desastrosa; si no fuera por tus contactos, estarías prácticamente en la indigencia.

Terrell Davenport miró con

fastidio a su anfitrión, William Reeds, marqués de Hartington, y no porque no estuviera en lo cierto, pues debía reconocer que, desde que había heredado el condado de Hampshire, no había hecho gran cosa aparte de dormir todo el día, jugar a las cartas, acostarse con todas las mujeres que había deseado y emborracharse hasta perder el conocimiento cada noche. Desde hacía cinco años, asistía a cuanta fiesta se celebraba en Londres; y no solo a los bailes formales, los que, por cierto, odiaba, sino también a otras reuniones mucho

más depravadas a las que él y su grupo de amigos aristócratas eran asiduos. Pensándolo bien, debía reconocer que el origen de todos sus problemas radicaba principalmente en que jamás se había interesado en cómo hacer dinero, sino más bien todo lo contrario: siempre había preferido gastarlo.

Como poseedor de uno de los títulos más antiguos de Inglaterra y de la confianza en su palabra que se suponía por la nobleza de su procedencia, lord Davenport había conseguido hasta el momento esquivar a los

acreedores. Pero ahora, sus posesiones estaban a punto de ser embargadas. Así que cada noche debía acudir a la casa de algún compañero de juergas para evitar a todos aquellos chupasangre que lo asediaban constantemente. Además, permitía que los mismos amigos lo mantuviesen o pagaran sus pequeños caprichos, como él los denominaba, a cambio de guardar silencio sobre ciertos detalles escabrosos de sus vidas. Era una de las ventajas de ser el macho alfa de aquella manada de nobles y lujuriosos lobos.

Después de todos esos años como conde de Hampshire, había agradecido mil veces su afición a recopilar todo tipo de pruebas acerca de las tramas turbias en las que la mayoría de los jóvenes herederos ingleses participaban. Esto le había servido para salvar el pellejo y mantenerse a flote en más de una ocasión.

En aquellos momentos, su enfado se debía a que su plan para salir de su miserable situación económica había fracasado. Davenport había depositado sus últimas esperanzas en el dinero de la

herencia de su tío: el vizconde de Mersey que, pese a tener más de sesenta años, se había casado hacía menos de un año. Su joven esposa ya había dado a luz a un saludable y robusto niño, que hacía añicos las aspiraciones del conde a la herencia de Mersey.

—Quién sabe —contestó Davenport con desdén mientras abría una cajita de rapé—. Tal vez pueda decir que aprendí la lección de mi experiencia anterior, y esta vez habría de sacarle más partido a la fortuna de mi tío, menos despilfarro. Ya sabes: unas cuantas inversiones

certeras y ¡a vivir, amigo mío!

Una carcajada ronca escapó de la garganta de lord Reeds.

—¿Inversiones? Vamos, Terrell, si ni siquiera sabes lo que es una acción. Si tu tío no hubiese tomado una esposa que engendrara un heredero, las propiedades del vizcondado serían pasto de los recaudadores.

—¡Me tienes hartos! —exclamó Davenport levantándose con brusquedad del sillón de cuero en el que estaba recostado—. Hablo contigo para que me des soluciones, no para que me

describas lo desesperada que es mi situación. Necesito dinero inmediatamente.

Reeds imitó a su invitado y se puso de pie.

—Mi querido Terrell, quizá ha llegado el momento de que sigas el ejemplo de tu tío, ¿no te parece?

—¿Y para qué demonios quiero yo un heredero?

El marqués esbozó una sonrisa y puso una mano en el hombro de Davenport.

—Lo que tú necesitas no es un heredero, sino una esposa con

dinero. Y, conociéndote como te conozco, yo te recomendaría que encuentres a una que posea una enorme fortuna como dote. La temporada está a punto de empezar, y el mercado está repleto de jóvenes herederas americanas más que dispuestas a atrapar a un apuesto conde como tú.

Davenport se volvió hacia su anfitrión y lo miró con interés. Era extraño que aquella idea no se le hubiera ocurrido antes. Pero, efectivamente, podía ser la solución a todos sus problemas. El dinero de una buena dote no

solo le serviría para salvar sus propiedades, sino también su estilo de vida. Esa era la única ventaja de poner en marcha aquel plan, pues la idea de tomar una esposa no le atraía en absoluto. No quería una mujer que le organizase la vida, ni tampoco le interesaba que le proporcionara un heredero. No tenía ningún interés en la perpetuación de la estirpe Davenport; por él, su linaje podía irse al demonio.

—¿Sabes que tienes razón? —  
murmuró en tono pensativo  
mientras comenzaba a pasear por

la estancia.

Reeds decidió animar al conde en aquella tarea. Llevaba años intentado librarse de su amistad, pues estaba harto del poder que aquel bastardo ejercía sobre él. No soportaba más su presencia en su casa, su vida disipada, ni sus quejas y chantajes.

—Pues claro que sí, mi querido amigo. Ha llegado el momento de que explotes esa belleza masculina que Dios ha tenido el mal gusto de darte, y busques una esposa millonaria.

A medida que lo pensaba con

mayor detenimiento, la idea iba adquiriendo tintes de un desenlace más que satisfactorio a todos sus problemas. Buscaría una esposa rica, y el dinero le volvería a abrir las puertas al paraíso de los placeres de la alta sociedad inglesa. No quería herederos. "No, pensó Davenport decidido, nada de irritantes bebés." Pero eso no significaba que no fuera a hacer valer sus derechos de esposo. Por ese motivo tendría que tomarse tiempo en la elección de la mujer: en primer lugar, la posesión de una enorme dote era condición

*sine qua non*; que la dama gozase de belleza era otra gran baza a su favor; juventud e inocencia virginal constituían otros dos factores que él valoraría enormemente a la hora de acostarse con su futura condesa.

## CAPÍTULO 02

*Londres, mediados de febrero de 1850.*

MARY ELIZABETH LUTON APARTÓ LA LIVIANA CORTINA DE SU habitación y observó el ir y venir de personas y carruajes que a aquellas horas del mediodía circulaban por Grosvenor Square. Contempló las copas desnudas de los árboles de los jardines al otro lado de la calle. En ese mismo instante, un rayo de sol escapó del plomizo cielo de Londres y

atravesó el cristal de su ventana calentándole la cara. Mary levantó el rostro agradecida por la calidez de la luz en su piel. Debía reconocer que, contra todo pronóstico, echaba de menos la vida en el campo. Hacía un mes que su hermano y su cuñada se habían ido a recorrer el continente en viaje de novios, lo que había propiciado que ella y su madre debieran trasladarse desde Sweet Brier Path, la propiedad que su familia tenía en el condado de Rohard, hasta la capital. Y ahora —nunca lo aceptaría en voz alta— echaba de

menos las verdes campiñas, el aire limpio y fresco de las mañanas, y la quietud que parecía envolver cualquier actividad. Sí, le costaba admitir que extrañaba su aburrida rutina en el campo, pero así era.

La enfermedad que le impedía mover las piernas había propiciado un entorno de excesiva protección a su alrededor desde su más tierna infancia. Su padre, el difunto conde de Rohard, había sido un hombre cruel que nunca había deseado una hija. Pero, cuando Mary nació, y el conde supo que

su hija sería incapaz de andar, la descartó completamente al saber que jamás podría realizar un casamiento ventajoso.

Aunque su madre mostraba cierta preocupación por ella y supervisaba sus compañías, Mary estaba segura de que en realidad su preocupación se debía más a un profundo sentimiento de lástima y culpabilidad por no haber deseado nunca un segundo hijo. Se pasaba la mayor parte del día encerrada en sus dependencias, aquejada de alguna jaqueca. Aunque a nadie le preocupaba excesivamente la

salud de la condesa viuda, ya que sus dolores de cabeza coincidían siempre con sus desacuerdos en las decisiones de su hijo, el conde.

Pero si había alguien que se preocupaba por ella realmente, ese era su hermano mayor: Robert Luton, conde de Rohard, que siempre había estado más pendiente de su seguridad que de su felicidad; asumiendo quizás la equivocada suposición de que ambas eran lo mismo.

Ahora, Robert se había casado con su prima y amiga, Sara

Brown, y Mary no podía estar más satisfecha con aquella unión. Eran sus mejores amigos, y los amaba; que los dos hubieran encontrado juntos la felicidad la llenaba de dicha. Pero, aun así, no dejaba de preguntarse por qué aquella alegría no servía para ocupar el profundo y oscuro hueco que sentía en su interior.

Mary estaba contenta de que su hermano hubiera insistido en trasladarlas a ella y a su madre a Londres durante el tiempo que durara su luna de miel. Su viaje por Europa duraría varios meses, por lo tanto, Mary podría

disfrutar del inicio de la temporada londinense. En primavera comenzarían los bailes y reuniones a los que las jovencitas acudían en busca de maridos; y sus madres, en busca de buenos partidos.

A sus veintiséis años, Mary sabía que jamás se casaría. Hacía muchos años que había dejado de concebir falsas esperanzas; tenía la certeza de que ningún caballero pasaría por alto su enfermedad. Pero entonces... ¿por qué seguía recordando, pensando sin parar en aquella experiencia vivida meses atrás? Y,

otra vez, como tantas otras, el recuerdo y la imagen de un hombre le atravesaron el alma:

Era de noche, y ella se había escapado de su fiesta de cumpleaños. Miraba la luna, y las lágrimas descendían cálidas por sus mejillas; había comprendido que jamás encontraría un amor para ella.

Un ruido rompió la paz del jardín, y él apareció.

—¿Por qué llora usted? — preguntó, con tono vacilante.

—Porque no puedo bailar —le había respondido ella.

Y entonces, él se inclinó y la tomó en sus brazos. Sus piernas colgaron inertes a unos centímetros del suelo, mientras él giraba al compás de la música que llegaba desde el salón.

De esa forma, ella, la impedida Mary Luton, bailó por primera vez en su vida.

Mary volvió a contemplar el paisaje de la calle londinense que se extendía bajo su ventana, pero esta vez lo hizo con la mirada perdida y la mente sacudida por un torbellino de recuerdos:

¿Podría usted besarme, por

favor? —había preguntado ella dejándose llevar por una especie de locura.

Y justo cuando pensaba que iba a rechazarla... él la besó.

Y ella creyó morir.

Y así, ella, la impedida Mary Luton, dio y recibió el primer beso de verdad en toda su vida. Y justamente allí, con una certeza que rivalizaba con las mayores verdades del universo, supo que estaba enamorada.

Mary intentó controlar sus ensoñaciones, ser pragmática; una mujer como ella no debía

albergar aquellos anhelos. Pero no logró su propósito. Estaba harta de ser realista, cuando todo lo que quería era amor: apasionado, romántico e incondicional amor.

Unos ojos negros volvieron a colarse en sus pensamientos, y suspiró exasperada. Por Dios, ¿era eso pedir demasiado?

—¿Le ocurre algo, milady?

Mary se sobresaltó al oír la preocupada voz de su modista; había olvidado su presencia en la habitación. Dejó caer la cortina, que volvió a amortiguar la luz de

la ventana, y miró con cariño a la señorita Carlyle.

—No, no me ocurre nada. Estoy un poco melancólica, eso es todo —respondió con una sonrisa forzada.

Olivia Carlyle depositó una tela encima de la bonita mesa estilo Luis XV que había en el centro de la habitación y se giró hacia su mejor clienta.

—Si quiere podemos dejar esto para luego.

—No, ni hablar. Esto me distrae —contestó Mary mirando a su modista, esta vez con una

sonrisa de sincera simpatía.

La señorita Carlyle le devolvió el gesto de afecto.

—¿Sabe, milady? Creo que conozco el porqué de su melancolía.

Mary la miró preocupada; ¿es que tanto se le notaba?

—¿Ah, sí?

—Lo que a usted le pasa es que echa de menos a su hermano y a la señorita Brown, quiero decir, a la condesa. —Olivia se sonrojó al darse cuenta de que se había olvidado otra vez de que la encantadora Sara Brown, prima

lejana del conde, era ahora también su esposa—. Pero no debe preocuparse, el viaje de novios no durará para siempre, milady.

Mary volvió a sonreírle. Bueno, al menos no era tan evidente. Cualquiera pensaría lo mismo que la señorita Carlyle; que su nostálgico estado se debía a la ausencia de Robert y Sara, ¿acaso no eran las dos personas más importantes de su vida? Pero ¿cómo explicar a su simpática costurera que su estado no se debía únicamente a que ellos dos estuvieran lejos de Inglaterra?

¿Cómo explicarle a la señorita Carlyle, y al resto del mundo, que se había enamorado? ¿Cómo explicar que pese a haber intentado con todas sus fuerzas impedirlo, no había podido evitar enamorarse de Diego Lezcano, el mejor amigo y socio de su hermano en el mayor complejo empresarial del Reino Unido?

Mary descartó cualquier posibilidad de revelar a su modista el origen de tanta añoranza. Todavía sonriendo, dirigió su silla de ruedas hasta el escritorio en el que había un montón de diferentes tejidos

para elegir. Tocó las telas y observó los diseños que ella misma había dibujado en las hojas sueltas de su cuaderno, intentado decidir las idóneas para cada uno de los diseños.

—¿Qué le parece esta para el cinturón azul?

Olivia se aproximó de nuevo al escritorio y observó el fino terciopelo azul noche que lady Luton sostenía entre sus delicados dedos. Estudió el elegante vestido de paseo que representaba el dibujo y asintió.

—Sí, creo que es perfecto.

Además —añadió, señalando con su dedo el bosquejo—, si lo ensancháramos un poco realzaría mucho más su cintura.

Mary asintió pensativa sin dejar de mirar el dibujo.

—¿Y cuánto diría...?

—Unos...

—Tres centímetros — contestaron las dos a la vez.

Mary levantó la vista hacia su modista y sonrió con complacencia; se entendían increíblemente bien.

Olivia le devolvió la sonrisa y se emocionó al contemplarla de

cerca. Era imposible no conmoverse ante la exquisita belleza de lady Luton. De pequeña estatura y delicada figura, poseía unos rasgos francamente hermosos: su pelo era del color del trigo y casi siempre lo llevaba recogido en sencillos y elegantes peinados. De nariz pequeña y labios generosos, en su cara destacaban sobre todo sus enormes ojos azul violáceo en los que todo el tiempo centelleaba una chispa de alegría. El maravilloso sentido del humor del que lady Luton hacía alarde era lo que más sorprendía a

Olivia. Otra, en su lugar, viviría atormentada su difícil situación. A veces la miraba y un intenso sentimiento de compasión la invadía; era una lástima que un ser tan gentil debiera enfrentarse a una enfermedad tan triste.

—Tiene usted mucho talento para el diseño, milady —afirmó Olivia con sinceridad, evaluando los diferentes dibujos que había sobre el escritorio.

Mary también volvió su atención a los diseños.

—¿Usted cree?

—Oh, sí, milady —respondió

entusiasmada—. De hecho, no sé si recordará los vestidos que usted y la esposa de su hermano lucieron en su cumpleaños.

Mary asintió.

—Pues no fueron pocas las señoras que después de la fiesta acudieron a mí para que se los copiara.

—¿En serio? Y ¿sería un gran atrevimiento por mi parte preguntarle quiénes?

Olivia bajó la vista insegura y visiblemente ruborizada. En su voluntad de animar a la dama, había hablado demasiado. "Como

casi siempre", se reprendió mentalmente.

Mary observó el rubor y la confusión de la señorita Carlyle. Sabía que la estaba poniendo en un aprieto al hacerle aquella pregunta. Pues ella, como buena modista, estaba al tanto de que la discreción era una de las piezas clave de su profesión.

—No se preocupe, señorita Carlyle, lo que usted me diga no saldrá de aquí. No quiero ponerla en un aprieto. Conozco y valoro su discreción. Pero, como ha dicho, esos diseños eran míos, así

que creo que tengo derecho a saber quién ha mostrado interés por ellos, ¿no le parece?

Olivia reconoció que el razonamiento tenía cierta lógica. Aun así, no estaba muy segura de cómo se tomaría lady Luton lo que estaba a punto de revelar.

—Verá, milady. Yo... Espero que no se enfade conmigo.

Mary la contemplaba confundida.

—¿Y por qué iba a enfadarme? No le voy a exigir ningún derecho comercial, no se preocupe — declaró sonriente.

—No es eso, es solo que no sé cómo decirlo.

La modista comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación mientras se frotaba nerviosa las manos.

—A ver, señorita Carlyle, no comprendo su inquietud. ¿Qué dama tan terrible ha podido encargarle mis vestidos para provocar esa reacción?

—Bueno, no sé si "dama" sería el mejor calificativo —murmuró Olivia, resignada—. Verá, lady Luton, sus vestidos me fueron ordenados por la señorita Smith,

Edén Smith.

La mente de Mary se movió veloz, intentando recordar de qué le sonaba aquel nombre hasta que...

—¡¿La cortesana?! —exclamó con un resoplido de incredulidad.

Olivia Carlyle asintió, con su rolliza cara teñida de rojo intenso.

—¿Edén Smith, la cortesana más famosa de Londres?

La modista volvió a asentir, y su rubor se intensificó un tono más hasta convertirse casi en morado. Entonces, la reacción de

lady Luton la tomó completamente por sorpresa.

La risa comenzó a crecer en la garganta de Mary hasta convertirse en una sonora carcajada. Movía la cabeza hacia atrás, y su cuerpo se sacudía mientras se sujetaba el estómago con los brazos.

Olivia sonrió, contagiada por la alegría de su clienta. Pero, la verdad, no entendía por qué a lady Luton le hacía tanta gracia que la mujer que regentaba la más célebre casa de citas del Reino Unido vistiese sus diseños.

—Y, dígame una cosa — consiguió decir Mary sin dejar de sonreír—, ¿la señorita Smith es una buena cliente?

Olivia respondió con presteza.

—Oh, sí. Siempre hace numerosos pedidos; y no solo para ella, sino también para sus chicas. Además... —explicó, lanzando una mirada de reojo a su interlocutora—, ellas siempre pagan, milady.

—¿Por qué dices eso?

—Pues, verá, hay algunas señoras de la alta sociedad, damas importantes, ¿sabe?, a las

que he hecho vestidos de finísimas telas que he tardado semanas en terminar, y que todavía no he cobrado.

La modista bajó la cabeza visiblemente arrepentida por hablar así de aquellas señoras. A veces se olvidaba de que, aunque lady Luton era afable con ella, además de su mejor clienta (pues cumplía escrupulosamente con sus pagos), era también una dama de la alta sociedad.

La indignada voz de la dama en cuestión arrancó a Olivia de sus cavilaciones.

—¿Y por qué no les reclamas lo que es tuyo?

—Oh, no, milady, eso es imposible. Usted no sabe de lo que serían capaces si yo, una simple costurera, me atreviera a tal osadía. Sin duda me arruinarían.

Mary se reprendió a sí misma por preguntar. No sabía por qué se extrañaba tanto; ella conocía bien a aquellas damas. De hecho, se había criado entre ellas y sabía muy bien hasta dónde podía llegar su maldad.

Existía una buena parte de la

nobleza que sencillamente rehusaba el trabajo como forma de conseguir recursos económicos. Su reticencia a invertir en la creciente industria, la crisis que atravesaba el anticuado sistema agrícola y el desprecio que mostraban por la emergente clase social de propietarios industriales hacía francamente difícil que la vieja nobleza británica recuperase su antiguo esplendor.

Las nobles damas, además de rechazar el trabajo, acostumbraban a ser superficiales, perversas y

envidiosas. Mary no quiso decirlo para no desanimar a su modista, pero era posible que jamás cobrara por su trabajo. Si Olivia Carlyle osaba desafiarlas, harían de todo no solo para hundir su negocio, sino también para arruinar su reputación. Porque, aunque sus arcas se reducían cada día, cualquier título nobiliario gozaba todavía de grandes influencias.

—Pues me parece muy injusto. ¿Y dice usted que la señorita Smith y sus amigas son buenas clientas?

—De las mejores, milady.

Entonces, una idea descabellada y arrebatadoramente interesante cruzó la mente de Mary.

—¿Sabe qué, señorita Carlyle? Creo que acabo de encontrar una forma muy interesante para distraerme y, de paso, mejorar su negocio.

## CAPÍTULO 03

—¿A DÓNDE CREES QUE VAS, MOCOSO?

—He venido a ver al señor Lezcano. Trabajo para él.

—Ah, no. De eso, ni hablar.

Diego Lezcano levantó la cabeza de los balances que tenía sobre el escritorio y que llevaba una hora tratando de estudiar sin demasiado éxito. Contempló la pesada puerta entreabierta de su despacho cuando escuchó la conversación que se desarrollaba en el vestíbulo. En seguida

distinguió el estridente tono de Wilson, su fiel secretario, y la vocecita del muchacho a quien increpaba. Se trataba de Eric Nash, un chiquillo indigente que había conocido, cuando había intentado sustraerle la cartera mientras caminaba por St. James.

—Tú vuelves ahora mismo a la calle —exclamó Wilson con determinación.

—¡Suélteme, viejo del demonio! —chilló el niño—. ¡El señor Lezcano me está esperando!

Diego suspiró y puso los ojos

en blanco. Se levantó de su enorme sillón, renunciando definitivamente al estéril trabajo de aquella mañana.

—¡Ah! —bramó el secretario—. ¡Vuelve a morderme y te arrepentirás, fiera!

Wilson agarró con más fuerza al inquieto chiquillo por el brazo y levantó la otra mano como si fuera a propinarle un bofetón.

Cuando el niño vio la gran mano huesuda cernirse sobre él, se encogió, pero no dejó de forcejear con el empleado.

—Deje al niño, Wilson. —La

profunda voz detuvo en el acto al secretario, que giró con expresión vacilante hacia su patrón—. ¿Son esos los modales ingleses de los que tanto presume?

Diego Lezcano apareció en el vano de la puerta con los brazos cruzados sobre su amplio pecho y se apoyó con descuido contra el marco de la puerta. Aunque mostraba una media sonrisa sarcástica, la fría y penetrante mirada con la que iba acompañada no dejaba lugar alguno para la discusión.

Wilson soltó el brazo del chico

al instante, pues sabía que llevarle la contraria a su jefe quedaba fuera de toda cuestión.

—Este mentiroso insiste en verlo, señor. Dice que trabaja para usted.

Diego pasó por alto las palabras de su secretario y miró al niño que respiraba agitado mientras se colocaba su raída chaqueta y le lanzaba una mirada poco amistosa a Wilson. Tendría alrededor de ocho años, medía menos de un metro y estaba tan flaco que la ropa colgaba de su cuerpo como si de un saco de

huesos se tratase.

—Buenos días, señor Nash — exclamó Diego extendiendo la mano hacia él.

Eric se sacó el sombrero de lana y estrechó la enorme mano.

—Buenos días, señor Lezcano.

—Pase a mi despacho, por favor. ¿Ha desayunado esta mañana, señor Nash?

El niño negó con la cabeza, y Lezcano se volvió al desconcertado secretario.

—Wilson, ¿le importaría traernos un desayuno completo? Y que nadie nos moleste, por

favor. El señor Nash y yo tenemos asuntos importantes que tratar.

Diego se apartó del quicio de la puerta e hizo un gesto con la mano para dejar pasar al niño.

Sorprendido y alentado por las palabras del patrón, Eric lanzó una mirada altiva al boquiabierto secretario y penetró en el despacho.

El tamaño del señor Lezcano siempre había impresionado a Eric. Era un hombre muy alto y poseía unos hombros tan anchos que estaba seguro de que su fuerza tenía que ser increíble.

Vestía siempre de negro, y una cicatriz le cruzaba la ceja izquierda; eso, unido al hecho de que su pelo también era oscuro como la noche, le proporcionaba un aspecto ciertamente diabólico. Aunque debía reconocer que su aspecto impresionaba bastante, él no le tenía miedo.

La primera vez que lo vio, Eric supo en seguida por sus ropas elegantes que era un caballero muy rico. Así que se dispuso a hacer lo que mejor se le daba para sobrevivir: desplumarlo. Aprovechó que a aquellas horas la calle St. James estaba repleta

de gente para acercarse a él y fingir el tropezón que le permitiría despojarlo de la billetera y el reloj. Ya tenía su cartera, pero en cuanto alcanzó a atrapar el reloj, una enorme mano lo agarró por las solapas de la chaqueta y lo elevó por el aire hasta que se topó con una aterradora mirada negra como el averno.

—¡Deja eso en su sitio o te haré pedazos, mocoso! —rugió el desconocido con un marcado acento extranjero.

En aquel momento sí que le

había tenido miedo; de hecho, casi se desmaya de terror. Pero ahora no, no temía al señor Lezcano. Después de haber intentado robarle no le había pegado, ni denunciado a la policía. Solo se había sorprendido de que hubiera conseguido sacarle la cartera. Así que, después de recuperarla y bajarlo al suelo, lo único que hizo fue preguntarle qué tenía pensado hacer con tanto dinero.

—Invertirlo, señor —había respondido Eric con decisión.

Su desparpajo provocó una

carcajada en el desconocido, que abrió la cartera y sacó un chelín.

—Ten, inviértelo con sabiduría.

Eric se quedó abrumado mirando aquella fortuna en la palma de su mano. Se lo guardó rápidamente en el bolsillo, pues había muchos ladrones al acecho, y siguió al extraño caballero.

Ahora, muchos meses después de aquel encuentro, había llegado el momento de devolverle el favor. Bueno, realmente no era un favor, sino más bien un acuerdo comercial.

El señor Lezcano se sentó tras

su enorme escritorio de madera oscura y le hizo una seña para que ocupara una de las butacas frente a él.

—Siéntese, señor Nash, y dígame a qué se debe esta visita tan inesperada. Creí que nuestra próxima reunión no era hasta el domingo.

—Verá, señor, usted me dijo que, si había algún cambio, se lo informase inmediatamente.

—Ya. Y por lo que veo, ha habido cambios.

—Oh, sí, señor.

Diego se movió inquieto en su

butaca y fulminó al chico con la mirada.

—¿Qué clase de cambios?

—Esta semana lady Luton ha salido de su casa varias veces y ha ido a la parte este de la ciudad. Ella y otra señorita fueron dos veces a Parker Street.

—¡¿Parker Street?! —bramó Diego saltando de su asiento.

La calle era conocida por el elevado número de delincuentes que la poblaban.

El niño pegó la espalda contra el respaldo, asustado.

—¿Y a qué demonios fue allí?

Aunque el señor Lezcano había vuelto a sentarse, seguía enfadado.

—No lo sé, señor. Las dos entraron en lo que parecía un viejo almacén y al rato salieron, seguidas por un lacayo que cargaba con un montón de rollos gigantes.

La cabeza de Diego comenzó a funcionar a toda velocidad. ¿En qué lío se estaría metiendo aquella imprevisible mujer? Ahora comprendía a su hermano y a su preocupación por dejarla sola en el campo.

Aunque siempre lo había divertido la excesiva preocupación que el conde demostraba hacia su hermana, Diego estaba empezando a comprenderlo muy bien. Mary Luton parecía un ángel, pero actuaba como un demonio. Tenía un carácter fuerte, era decidida y condenadamente imprevisible. Su pequeña estatura, y el hecho de que estuviese en silla de ruedas la hacían parecer frágil, pero Diego sabía que no lo era; de hecho, su fuerza se podría haber comparado con la de un tornado. Casi siempre hacía lo que le venía

en gana. Era resuelta y actuaba de forma temeraria, completamente inconsciente de su vulnerabilidad. Sí, desde luego que en aquellos momentos comprendía a la perfección la preocupación del conde. Nunca más volvería a burlarse. Si por él fuera, Luton podía encadenar a la loca de su hermana a una mesa y no permitirle salir de casa nunca más.

—Mi madre se pasa el día encerrada en su cuarto y apenas se ocupa de lo que Mary hace — se había quejado el conde durante aquella reunión

mantenida en las oficinas de Bow Street antes de irse de viaje—. Por eso he insistido en traerlas a Londres; quiero que te ocupes de su seguridad mientras yo estoy fuera.

—¡¿Qué?! —gruñó Diego—. ¡Ni hablar!

—Solo puedo confiarte a ti esta tarea. Sé que Mary te respeta y te aprecia. No hará caso a nadie más.

"¿Me aprecia?", pensó Diego, irritado por el sentimiento de decepción que lo asaltó. "Bueno, pues yo no quiero que me

aprecie. No quiero nada."

—Te he dicho que no —  
continuó obstinado—. Tu  
hermana es una mujer adulta; y  
tú, un exagerado. Además,  
mientras te vas a ver el mundo y  
a disfrutar de tu mujer, ¿quién  
crees que va a evitar que tu  
imperio comercial se vaya al  
demonio? No tengo tiempo para  
hacer de niñera.

Luton se levantó de su butaca y  
lo miró con aquellos  
imperturbables ojos azules. Diego  
sostuvo su mirada durante casi  
un minuto. Después, giró la

cabeza y se removió incómodo en el sillón.

Robert le sonrió con suficiencia.

—Sé que la cuidarás. Tú también te preocupas por ella.

Los ojos de Diego volvieron a fijarse en los del conde, y su corazón se aceleró. ¿Es que era tan condenadamente evidente? Abrió la boca y la volvió a cerrar, para abrirla de nuevo. No sabía qué respuesta mordaz podría darle a aquel engreído para disuadirlo de su alocada decisión. "Imbécil. Si supieras lo peligroso

que soy para tu hermana, no permitirías que me aproximara ni a mil metros."

Pero cuando dio con la respuesta, Luton ya había desaparecido.

Diego estaba decidido a no hacer caso a su amigo. No tenía ninguna intención de hacerse cargo de su hermana, cuando lo que trataba era justo lo contrario. Estaba tan decidido a evitar a Mary Luton, como si de una plaga se tratase.

Sus sentimientos por la hermana del conde constituían

un gran misterio para él. En cuanto ella aparecía, todo su cuerpo reaccionaba a su presencia: sus ojos la seguían por toda la estancia, y, a menudo, perdía la capacidad para dialogar con normalidad porque su mente se concentraba involuntariamente en las palabras y los gestos de ella. Nunca le había ocurrido nada semejante. Como hombre de negocios, Diego estaba acostumbrado a dominar cualquier situación. Pero la pérdida de facultades que aquella mujer le provocaba, lo

tenía bastante desconcertado.

Con la única intención de no tener que visitarla durante la ausencia del conde, Diego había contratado los servicios de Eric Nash. El trabajo era sencillo y un niño levantaba pocas sospechas. Todo lo que tenía que hacer era no perder de vista a lady Luton y mantenerlo informado de sus movimientos. Era una fórmula ideal para evitar que la muchacha se metiera en problemas y, de paso, mantener a aquel pilluelo ocupado y alejado de sus delictivas actividades en St. James.

Unos golpes en la puerta del despacho devolvieron a Diego al presente. Tras aguardar respuesta, su secretario entró con una enorme bandeja de plata.

La cara de profundo asombro de Eric hizo sonreír a Diego. Incluso a él le sorprendían a menudo los succulentos desayunos ingleses. Una cafetera con aromático y humeante café, una jarra de leche, un pequeño recipiente con miel y otro igual con mermelada, jamón, salchichas, huevos y varios

platitos con distintas clases de bocadillos se distribuían sobre la bien provista bandeja.

Diego hizo una seña al chico, que al instante se llevó un bocadillo con mantequilla a la boca. El español no pudo evitar volver a sonreír ante la voracidad del muchacho y la mirada de profunda desaprobación que Wilson le lanzó antes de marcharse.

Diego le sirvió leche y lo contempló comer, satisfecho. Probablemente, Eric llevara días sin probar un alimento en

condiciones. Diego sabía muy bien lo difícil que podía resultar para un niño sobrevivir en el mundo de la calle. El recuerdo de su madre mientras lo dejaba a las puertas de un convento a los cinco años todavía permanecía vivido en su memoria. De igual modo que el día en que decidió fugarse del mismo convento dos meses más tarde después de recibir otra paliza de la madre superiora. A sus cinco años, Diego aprendió a cuidar de sí mismo en las calles de San Sebastián. Allí también aprendió algunas lecciones que marcarían para

siempre su carácter: que el ser humano podía ser infinitamente cruel con otro ser humano, que nadie era más importante que él y que nada era lo que parecía en aquel mundo peligroso.

Pero, pese a todo, un impulso irrefrenable lo empujaba todavía a esas alturas a meterse en problemas cuando presenciaba alguna indefensión; le había pasado con Eric Nash aquella mañana en St. James; y, muchos años atrás, le había sucedido lo mismo una oscura noche en el puerto de Londres. Así se había tropezado con lord Luton, quien

había cambiado su destino en muchos sentidos.

Aquella noche, Diego salía de una taberna del puerto de Londres en la que acababa de cerrar un buen negocio. La cantidad de barriles de ron cubano que acababa de vender a un grupo de comerciantes ingleses por un precio muy superior al real, lo hacía sentirse bastante satisfecho. Por motivos más que justificados, los británicos nunca le habían caído bien. Cuando dobló un callejón en dirección al muelle en el que atracaba su barco, unos gemidos

de dolor llamaron su atención. Diego dobló la esquina y se topó con el origen del ruido: tres hombres daban una paliza de muerte a otro que se retorció de sufrimiento en el suelo. Intentó dar media vuelta y largarse de allí; al fin y al cabo, no era asunto suyo. Pero otro golpe sordo y el brillo de una navaja lo hicieron reaccionar en seguida. Agarró una barra de hierro que había en el suelo y se lanzó contra los tres matones.

Después de salvar su vida, Diego descubrió que el desconocido era un par del reino:

el conde de Rohard, nada menos. Incorporó al conde y lo sujetó al comprobar este era incapaz de mantener el equilibrio. Intentó hacerse con algún carruaje de alquiler para que llevara al herido a su casa, pero a esas horas de la madrugada y en una zona tan peligrosa era difícil detener alguno. Así que cargó con el dolorido aristócrata hasta su exclusiva mansión en Grosvenor Square.

Diego no tenía ni idea de que aquella decisión cambiaría, en muchos sentidos, su vida para siempre.

Después de un esfuerzo titánico cargando con aquel hombre tan corpulento por medio Londres, Diego consiguió dar con la casa por sus indicaciones.

El mayordomo abrió la pesada puerta de entrada y, al contemplar que el extraño traía a su ensangrentado señor, se apartó al instante.

—Milord, ¿qué le ha sucedido?  
—preguntó con preocupación el anciano criado.

—Me han asaltado, y el señor Lezcano me ha salvado la vida —

contestó Luton, quien recuperaba por momentos la conciencia.

El conde era demasiado alto y pesado, así que Diego cargó con él hasta el centro del lujoso vestíbulo. La casa se transformó al momento en un revuelo de apresuradas criadas yendo y viniendo de un lado a otro. Diego las miraba divertido y trataba de incorporar una y otra vez al escurridizo herido.

Entonces, una voz más suave que la seda llegó desde el primer piso.

—Pero ¿qué le ha pasado a mi

hermano?

Diego levantó la cabeza y lo que contempló lo dejó prácticamente sin aliento. Una criatura celestial lo observaba con expectación, con los ojos azules más extraños y cautivadores que había visto jamás. Era imposible dejar de mirarla; envuelta en una bata blanca y con el pelo recogido en una gruesa trenza del color del sol, era lo más hermoso que había contemplado en la vida. A Diego lo asaltó una leve sensación de mareo. Y así, como si de un embrujo se tratase, la

imagen de Mary Luton se grabó a fuego en su mente.

Su confusión había sido tan grande que, al día siguiente, con la excusa de visitar al conde, Diego acudió a la mansión de Grosvenor Square con la única intención de comprobar la existencia de aquella mujer; estaba seguro de que su visión no había sido más que un sueño.

## CAPÍTULO 04

AQUELLA MUJER ERA UNA MALDITA PESADILLA.

Diego estaba enfadado, y su humor empeoraba por momentos. Tras indagar, había averiguado que lady Luton había visitado varias veces un viejo almacén en Parker Street regentado por un contrabandista chino llamado Tao Chang. Pero aquello no era todo, no. También había acudido en varias ocasiones a una elegante mansión en Covent

Garden denominada "*The Edén*": y que era, ni más ni menos, uno de los burdeles más exclusivos de la ciudad.

Después de todas aquellas averiguaciones, Diego llevaba más de un día con el estómago encogido de rabia. Y no solo porque su táctica evasiva había fracasado estrepitosamente o porque los demonios se lo estuvieran llevando por las recientes excursiones de lady Insensata a los bajos fondos londinenses, sino porque ahora él tenía que ocuparse personalmente de aquel enorme

problema llamado Mary Elizabeth Luton.

Diego salió a la calle por la gran puerta de cristal del hotel San Telmo. Como casi todos los días había decidido prescindir de su coche. Le gustaba caminar, pues le ayudaba a pensar. Pero ni siquiera el sol de aquella mañana de marzo logró mejorar un ápice su carácter. Tampoco mejoró su humor el ambiente del mercadillo que a aquellas horas ocupaba St. Martin's Lane. Apenas dos horas después de haberse levantado, había gritado ya a una doncella que había huido llorando de su

*suite*, había chillado también al recepcionista de esa mañana y gruñido un "buenos días" a Jack, uno de los porteros. Todo el personal del exclusivo San Telmo sabía que el dueño llevaba varios días con un humor de perros.

Hacía tres años que Diego había costestado el moderno edificio de cuatro plantas que ocupaba el hotel. Las modernas instalaciones en sus habitaciones y *suites*: el restaurante que gozaba ya de cierto prestigio en la ciudad y su ubicación en el área de negocios atraían a un gran número de huéspedes. Por

todo ello, el San Telmo se estaba convirtiendo en uno de los hoteles más cotizados de Londres.

Al principio, el hotel había significado una simple inversión para él, pero, una vez terminadas las obras, decidió convertirlo en su residencia. A sus treinta y cuatro años, y como propietario de una de las mayores compañías del país, Diego Lezcano podía permitirse una lujosa mansión en cualquiera de las exclusivas zonas de la capital. Pero la alta sociedad inglesa nunca había sido de su agrado; debía relacionarse

con ellos por motivos comerciales, pero la sola idea de verlos a todas horas del día lo ponía francamente enfermo.

Aunque la aristocracia lo criticaba y atribuía su decisión de vivir en un hotel a una muestra más de su falta de clase y distinción, a Diego le había venido muy bien. Él actuaba de anfitrión con la mayoría de los clientes del San Telmo: ricos industriales americanos que visitaban Inglaterra con sus familias en busca de negocios en los que invertir sus fortunas y de algún título nobiliario para sus

hijas. Con esto último Diego no podía hacer gran cosa, pero en cuanto a lo primero... él siempre sabía dónde invertir.

Desde muy joven Diego había aprendido a observar para sobrevivir. Después de escaparse del convento, vagó por las calles durante meses. Aprendió a moverse como un gato callejero; trepaba por las paredes y los tejados ante cualquier peligro. Acudía a los callejones de las tabernas donde encontraba comida, al igual que las ratas, que durante un tiempo fueron sus peores enemigas.

Los veranos le gustaban porque muchas personas elegantes acudían a la ciudad; las señoras cargadas de valiosas joyas fáciles de robar y los caballeros con sus billeteras repletas. Aunque Diego debía reconocer en su defensa, que solo había robado cuando no había hallado otra vía de supervivencia. Limpió botas, descargó bultos tan grandes en el puerto que prácticamente lo aplastaban contra el suelo, y se había lanzado al agua en el muelle junto a otros muchachos en busca de las monedas que los marineros lanzaban desde los

barcos para divertirse con la dura competencia entre los niños por el dinero; y él casi siempre había ganado.

Pero los inviernos eran otra cosa: sus ropas raídas y pequeñas no lo resguardaban del frío viento del norte. Así que, cuando llegaba noviembre, Diego debía buscar un refugio temiendo siempre ser descubierto para, en el mejor de los casos, ser desalojado. De esa manera conoció a Jon Legazpi, durante el crudo invierno de 1825, al colarse en su taller: un pequeño astillero en el que fabricaba buenos

barcos. Cuando Jon lo descubrió una mañana durmiendo bajo el enorme casco de una trincadura, no lo echó a patadas como habrían hecho otros, sino que le dio de comer y una manta. Y, a cambio de mantener el lugar limpio, lo dejó dormir allí durante el tiempo que quisiera.

Al no tener que preocuparse por su supervivencia, Diego pudo asistir a la escuela en sus ratos libres. Y, barriendo virutas en el taller, aprendió no solo a trabajar la madera, sino a valorar lo que significaba formar parte de algo por primera vez en la vida. Jon

Legazpi, aquel tipo de casi dos metros y más de cien kilos de peso, era lo más parecido a un padre que Diego había tenido nunca. Pero su tranquilidad no duró demasiado; ocho años más tarde, la guerra truncaría su felicidad y lo cambiaría todo para siempre.

Durante aquel período de trabajo en el taller, Diego aprendió la importancia del transporte en cualquier actividad comercial; incluso las guerras se decidían de uno u otro bando según quién dominara los medios de transporte. Aprendió lo

importantes que eran los barcos para la vida de un país.

Mucho más tarde, cuando hubo de huir y atravesar el océano atlántico, descubrió que la suerte también era un factor fundamental para cualquier negocio. Por lo visto, él era un hombre tremendamente afortunado. Si no, ¿cómo explicar que un fugitivo terminase dirigiendo una de las mayores plantaciones de azúcar cubanas?

Si en España había descubierto la importancia de una buena flota, en Cuba aprendió que el

ferrocarril era la otra pieza clave para cualquier economía; si los barcos permitían el comercio con el exterior, el ferrocarril permitía distribuir con rapidez al interior y hacia la costa. Fue precisamente el Ingenio Lezcano el primero en usar una máquina de vapor en un cañamelar cubano. El transporte se agilizó, la producción se triplicó y los ingresos no se hicieron esperar. Diego Lezcano asimiló que la mecanización del campo era básica para aumentar la producción y también los ingresos. Otra de las lecciones extraídas de su etapa azucarera,

fue que el sistema esclavista de trabajo resultaba poco efectivo. Comprobó que los hombres trabajaban mejor cuando eran libres y sus condiciones de vida mejoraban, en vez de cuando estaban esclavizados. Los esclavos solo le temían a la muerte, pero a los hombres libres les preocupaba conservar aquello que hacía posible la felicidad de sus hijos: el trabajo. Así, el Ingenio Lezcano fue la primera plantación de azúcar que prescindió del trabajo esclavo en todas sus instalaciones.

Cuando su plantación llegó a

ser la más grande del país, Diego pensó que había llegado el momento de expandirse. Aunque Estados Unidos le parecía un destino interesante, el Viejo Continente seguía tirando de él en secreto. Por ello, decidió visitar Francia después de hacer una pequeña parada en Inglaterra, que era uno de sus principales compradores. Nunca pudo imaginarse que aquel viaje trastocaría tanto su vida.

Cuando conoció a Robert Luton, el conde buscaba formas de sanear su mermada fortuna familiar. Así que para Diego no

fue difícil convencerlo de dónde debía invertir el dinero: los barcos, el ferrocarril y los bancos fueron sus primeros objetivos. Además, Diego descubrió que, en Inglaterra, se estaban dando una serie de cambios que hacían del país un lugar ideal para alguien como él.

Lord Luton le caía bien. Pese a ser un noble, era honorable y, en opinión de Diego, generoso en exceso; siempre más preocupado por mejorar la vida de los demás antes que la suya propia.

Cuando Diego lo visitó por

primera vez luego de haberle salvado la vida, el conde, todavía convaleciente tras la paliza, le habló de la mala gestión de su difunto padre después de una vida de excesos y despilfarro. Le manifestó también su necesidad de acertar con sus inversiones puesto que el futuro de su familia estaba en juego; y por familia incluyó a su madre y a su hermana enferma. En aquel momento, y guiado por la visión del ángel de la noche anterior, Diego comenzó a compartir su experiencia con el conde y a indicarle las mejores inversiones.

Así, por una mujer, había nacido una de las agrupaciones industriales más prósperas del mundo. La misma mujer que ahora le inquietaba el ánimo y la causante del mal genio que lo acompañaba desde hacía más de una semana.

Aquella mañana, Diego había salido de su hotel decidido a hacer una visita a lady Luton. Necesitaba saber en qué líos se estaba metiendo en ausencia de su hermano. En realidad, nunca le prometió al conde que se haría cargo de ella, pero Diego conocía bien la facilidad de la joven para

meterse en problemas.

Resopló pasándose las manos por la cara, cuando un recuerdo acudió a su mente. "Por todos los santos del cielo, si es capaz de ir por ahí pidiendo que la besen", pensó, disgustado con el arrebatado de deseo que lo asaltó otra vez, como todas las veces que aquella imagen acudía a su memoria durante el día.

Era la fiesta de su vigésimo séptimo cumpleaños y estaba hermosa. Él, cansado de verla rodeada de petimetres y de las charlas ebrias del resto de los

invitados, había salido a dar un paseo por el jardín. Allí la encontró, llorando desconsolada. Aunque sabía que debía pasar de largo y dejarla a solas, una fuerte opresión en el pecho al ver sus lágrimas lo hizo acercarse a ella y preguntarle por qué estaba llorando. A partir de ahí todo, absolutamente todo, se descontroló.

—Quiero saber lo que se siente al ser besada. ¿Le importaría besarme, señor Lezcano?

Él, que sabía que era el mayor error de su vida y que debía salir

de allí a toda velocidad, hizo lo único que no debía: la besó. Y aquel beso, lejos de ser algo amistoso con lo que ella saciara su curiosidad femenina, fue lo más sensual y excitante que Diego había vivido jamás. Tomó su pequeña cara entre las manos y se perdió en la dulce boca de lady Luton. La acometió con profundos y húmedos besos hasta que sus deseos de llevarla a un rincón escondido del jardín para hacerle el amor de todas las formas posibles se volvieron insoportables. Pero Mary Luton era una dama: su primera vez

tenía que ser con su marido. Diego sabía que nunca podría reclamarla; ella se merecía a un hombre honorable, y él era de todo menos honorable.

Entonces la soltó y se alejó.

A partir de aquel momento, la relación amistosa que siempre habían compartido se transformó en otra mucho más tensa. Pese a la firme determinación de Diego por evitarla, desde aquella noche no habían dejado de discutir. Él sabía, en lo más profundo de su corazón, que su relación nunca más sería igual que antes. Porque

a sus ojos, y a partir de aquel instante, lady Luton había dejado de ser aquella criatura mística digna de adoración, para convertirse en la mujer más hermosa y excitante que hubiera conocido.

Diego se detuvo tan de repente en medio de la calle que un hombre se tropezó con él. Tras disculparse, observó que ya estaba en Grosvenor Square; unos cuantos metros más y llegaría a Luton Hall. Entonces, comprendió que todavía no estaba preparado para enfrentarse a ella.

Para desarrollar una buena estrategia, primero debía saber a qué se enfrentaba. Por eso decidió que, antes de nada, mantendría una pequeña charla con Edén Smith. Diego estaba seguro de que sería fácil lograr un acuerdo monetario con ella a cambio de la información que deseaba. Así que allí fue adonde se dirigió tras echar un último vistazo a Grosvenor Square.

Después de golpear la gran aldaba de hierro contra la puerta de *The Edén*, una criada de

avanzada edad abrió y, sin grandes aspavientos, lo condujo hasta un salón en la primera planta.

—Voy a ver si está despierta —gruñó la anciana mirándolo con desdén—. Si no, tendrá que marcharse. ¿Cómo se llama usted?

Diego le dijo su nombre y la observó alejarse agitando la cabeza y murmurando algo despectivo acerca de los hombres ricos.

Él permaneció de pie en medio del salón. Las ventanas estaban

abiertas de par en par, y la brisa agitaba ligeramente las cortinas. La habitación ofrecía el aspecto de cualquier estancia en la que se hubiera celebrado una fiesta la noche anterior: muebles fuera de lugar, naipes revueltos sobre las mesas, ceniceros repletos, copas vacías por doquier y el personal de servicio yendo y viniendo para dejarlo todo en orden.

—Señor Lezcano, ¡qué sorpresa!

Diego se dio vuelta y contempló a la bella Edén Smith atravesar la entrada. Ella se

acercó balanceándose seductoramente, mientras su larga y oscura melena ondeaba suelta por su espalda. La provocativa bata de seda que llevaba puesta y que se ceñía a la perfección a sus sugerentes formas, habría despertado el deseo de Diego en cualquier otro momento. Pero el reciente desorden en las actividades de lady Luton lo tenía bastante intranquilo.

—Señorita Smith, me alegro de verla —dijo Diego al mismo tiempo que se inclinaba para besar la mano que ella le ofrecía

—. Siento molestarla a estas horas.

—Oh, no se preocupe — contestó ella con un gesto perfectamente estudiado—. Hace tanto que no nos visita que, cuando me dijeron que estaba usted aquí, casi me muero de curiosidad. ¿Quiere una copa?

—No, en realidad no. Verá, señorita Smith...

—Por favor, llámeme Edén — interrumpió mientras se sentaba en una butaca y le hacía un gesto para que la acompañara.

Diego se acomodó en el sillón

opuesto al que ella le había indicado, quedaba frente a la mujer y no a su lado. La madama lo miró con desagrado cuando él rechazó su invitación, pero no se dio por vencida. Cruzó las piernas, de modo que quedaron a la vista cuando la seda de la bata se escurrió.

Diego ni se inmutó.

—Verá, señorita Edén, no he venido en busca de sus servicios —aclaró, mirándola directamente a los ojos—. Lo que quiero es información.

—¿Qué clase de información?

—exclamó ella contrariada, al mismo tiempo que volvía a colocarse la bata en su sitio.

—He sabido que recientemente ha tenido usted la visita de una dama importante.

—Señor Lezcano —contestó ella con una sonrisa—, mi negocio se caracteriza por la visita de caballeros importantes. Sus esposas, por lo general, prefieren quedarse en sus lujosas casas fingiendo que no saben dónde están sus maridos.

Diego decidió utilizar el tono tajante que usaba para los

negocios; dejarse de subterfugios era siempre la mejor forma de conseguir sus propósitos.

—Sé que lady Luton la visitó, ¿a qué vino?

Edén le lanzó una mirada suspicaz. Aquel hombre nunca le había gustado. Y no era que su apariencia no fuera agradable; de hecho, era bastante guapo y, aunque un poco rudo, su aspecto resultaba muy atrayente. Cualquiera mujer se sentiría seducida por su portentoso físico y mirada penetrante. Aunque a Edén siempre la había molestado

el desdén que él mostraba por todas sus chicas. Acudía normalmente acompañado de hombres importantes. Pero, en lugar de divertirse como ellos, el señor Lezcano aprovechaba la coyuntura para conseguir opciones más ventajosas en sus negociaciones.

Solo recordaba una ocasión en la que se había dejado seducir por una de sus muchachas. Se llamaba Lilian, tenía una larga cabellera rubia y unos bonitos ojos azules. Sin embargo, Edén había decidido prescindir de sus servicios dado que a los

caballeros les disgustaba su pequeña estatura y el escaso tamaño de sus pechos.

—¿Y bien?

La impaciente voz de Lezcano la trajo al presente.

—Efectivamente —contestó Edén con cautela—, lady Luton estuvo aquí en algunas ocasiones.

"Algunas ocasiones." Aquellas dos palabras resonaron como un *gong* en la mente de Diego.

—¿Con quién vino?

—Con la señorita Carlyle.

Edén sonrió tímidamente ante el gesto de ignorancia de él.

—Su modista —aclaró.

—¿A qué vino? —preguntó mecánicamente.

Diego no se dio cuenta, pero contuvo la respiración en espera de la respuesta. Edén le lanzó una mirada cautelosa; intuía que aquel hombre no aceptaba negativas con facilidad. No quería que descubriese lo mucho que la afectaba su presencia, así que intentó que su voz sonase natural al responder.

—Al principio su visita me sorprendió un poco, no se lo puedo negar. Pero, después de

conocerla, he de decir que me ha impresionado descubrir la maravillosa criatura que es: cariñosa y amable con todo el mundo, lady Luton no está enferma de la soberbia de las de su clase y trata a cualquier prostituta con el respeto de una gran duquesa. —Edén tomó aire y lo miró decidida—. Señor Lezcano, ella vino a verme y me pidió máxima discreción. Y, como le digo, me ha impresionado su bondad y jamás la perjudicaría. Conozco la relación que usted mantiene con la familia de la joven, por lo que cualquier

asunto que lady Luton y yo tengamos, es menester de ella revelárselo.

—¿Asunto?! —dijo él, levantándose al instante.

En dos zancadas llegó hasta ella, la agarró de los brazos y la obligó a ponerse de pie.

—Quiero que me diga ahora mismo a qué vino aquí esa mujer.

Edén se sobresaltó ante la reacción de su invitado y se revolvió.

—Señor Lezcano —musitó sofocada—, debo decirle que no me impresionan sus muestras de

superioridad física.

Él la soltó al momento.

—Ponga una cifra —dijo con tranquilidad.

Edén comprobó que, aunque había recuperado la calma, su mirada se había vuelto todavía más oscura e intensa. Si bien los hombres no solían intimidarla, tenía que reconocer que Diego Lezcano era un espécimen poco usual, en especial por el halo de peligrosidad que constantemente lo envolvía. Quizás por eso tuviera tanto éxito en los negocios; había que estar loco

para no apreciar el riesgo de contrariar a aquel hombre.

—¿Es que no me escucha? Le digo que le prometí que guardaría silencio —balbuceó Edén alejándose de él—. Le di mi palabra de honor, y ella me otorgó su confianza. No traicionaría a una dama como lady Luton ni por todo el oro de Londres.

La ferocidad de la mirada del señor Lezcano la hizo retroceder hasta la puerta.

—Oh, sí, sí que lo hará —respondió Diego acercándose a

ella—. Dígame ahora mismo qué es lo que se traen entre manos o la arruinaré.

Tras lanzarle una mirada despectiva, Edén abrió la puerta.

—¡Márchese ahora mismo! ¿Quién se cree usted para intentar chantajearme en mi propia casa?

Diego se dirigió a la puerta con aire amenazador.

Edén sabía que enfrentarse a un hombre tan rico y poderoso podía perjudicarla, pero eso no disminuyó la rabia que sentía. Estaba hasta de que los hombres

dictaran y manipularan su vida.

—Si quiere averiguar algo, vaya y pregúnteselo a ella. Pero no vuelva por aquí a menos que quiera pegarse un revolcón.

Diego pasó por su lado y una vez afuera volvió a mirarla.

—Ponga cualquier cantidad — musitó, pero esta vez con aire seductor.

Y la puerta se estrelló en sus narices.

## CAPÍTULO 05

MARY FRUNCIÓ EL CEÑO Y DEJÓ EL BOCETO QUE HABÍA ESTADO estudiando sobre la almohada. Acto seguido acarició a *Smokie*, uno de sus cinco gatos, que descansaba enroscado a su lado y jugueteaba con las láminas de sus dibujos, buscando que la atención de su ama se centrara solo en él. Tras reprender con un gesto cariñoso al felino, Mary sonrió a su doncella que, en aquellos momentos, le masajeaba con fuerza las piernas aplicándole un aromático aceite

de lavanda. El masaje ayudaba a mitigar los calambres que a veces la acometían tras su entrenamiento matinal.

Después de ser vista por los mejores médicos del país, Mary nunca había albergado esperanza alguna de poder caminar. Pero hacía un año que su mejor amiga, y ahora también cuñada, Sara, le había enseñado un libro en el que se recomendaban una serie de ejercicios para impedidos. De ese modo, más con el propósito de pasar el rato que de lograr algún resultado serio, Mary había mandado instalar dos barras

paralelas en su habitación para deslizarse sujetándose a ellas, mientras imitaba el gesto de andar.

Pese a terminar muy cansada tras cada sesión, por el momento los resultados no habían sido muy llamativos. Sin embargo, sí debía de reconocer una serie de progresos: con la fortaleza que había adquirido en los brazos era capaz de incorporarse y sujetar su propio peso. Además, con la gimnasia y los masajes, sus piernas habían dejado de parecerse a dos estacas afiladas y ahora ofrecían un aspecto

bastante saludable y normal.

Mary suspiró al pensar en que, si bien todos aquellos progresos existían, su sueño de poder caminar alguna vez estaba más lejos cada día. De todos modos, ya no la asaltaba aquella sensación de rabia y ahogo cuando veía a alguna pareja de novios pasear, o al contemplar a alguna niñera empujando un carrito de bebé. Su destino no era aquel, y ella se había resignado a buscar otros objetivos en su vida; cuidaría a sus sobrinos cuando llegaran. Por otro lado, su nueva faceta como diseñadora de moda

la mantenía bastante ilusionada. Por fin había descubierto una actividad que le gustaba y por la que, además, era elogiada.

Mary sonrió cuando recordó la cara de su nueva socia, Olivia Carlyle, mientras le narraba con felicidad todos los nuevos encargos que habían recibido. Sabía que sus visitas a la señorita Smith habían sido un éxito; a la dama le encantaron los bocetos y se mostró de lo más simpática y amable.

Además de ser una de las mujeres más bellas que Mary

había contemplado nunca, tenía que reconocer que Edén Smith le caía francamente bien. En ningún momento se había burlado de su decisión de renunciar a la comodidad de su posición y elegir desempeñar una profesión. Conocer a la señorita Smith había sido interesante. Tratar con una mujer honesta y sin artificios como ella era bastante refrescante.

Mary sabía que el hecho de que la señorita Smith hubiese decidido llevar sus diseños era un tanto a su favor. Porque, aunque fuera despreciada sin apenas

disimulo en cualquier acto social, su belleza y estilo eran admirados por toda la clase alta londinense; tanto por los caballeros que deseaban poseerla, como por las damas que deseaban imitarla.

Para atender a todos los pedidos que Olivia y ella ya tenían, sin embargo, debían contar con una cantidad de dinero imposible para su modista y muy difícil de conseguir para ella sin dar explicaciones a su hermano. De modo que, para hacer frente a todos los nuevos pedidos sin que Olivia se arruinase, Mary decidió que

tendrían que visitar a Tao Chang. Tao había sido el mejor amigo de su abuelo, además de vender las mejores telas de Londres. Su madre la había llevado en ocasiones a su tienda. Sobre todo cuando llegaba el momento de renovar el vestuario. A la condesa viuda nunca le había gustado despilfarrar y, como hija de comerciante, sabía que Tao tenía los mejores precios de la capital.

En aquel momento su doncella terminó con el masaje y el aroma a lavanda inundó toda la habitación.

—¿Quiere que le retire los dibujos para poder dormir un rato, milady?

Mary le sonrió cariñosamente.

—No, Daisy, muchas gracias. Me relaja mirarlos.

—La verdad es que son muy hermosos —comentó la criada observando los bocetos.

—Gracias. Elige uno, te lo regalo.

—Oh, no, milady. No podría.

—Es un regalo. Vamos, elige uno.

La sirvienta, visiblemente ruborizada y encantada a la vez,

tomó el boceto de un espectacular traje de noche en color lila con adornos plateados.

—Este. Nunca había visto nada igual. ¿En serio puedo quedármelo?

Mary asintió.

—Muchas gracias, milady. Es un vestido maravilloso —dijo la doncella, suspirando perceptiblemente—. No es difícil imaginarse a una misma con ese vestido en un gran baile en donde espera el príncipe azul.

Mary no pudo evitar que su sonrisa se ensanchara al mismo

tiempo que la ensoñación de la muchacha fluía a través de sus palabras. Sí, desde luego que era muy sencillo imaginarse algo así. La imagen de cierto español esperándola en el centro de un gran salón, mientras ella descendía la escalinata de entrada ataviada con aquel vestido, se acomodó sin dificultad en su imaginación. "Ay", pensó Mary con fastidio, "se me está yendo la cabeza." Comparar al señor Lezcano con un príncipe, azul o no, superaba las posibilidades de cualquier fantasía.

Hacía más de tres meses que no tenía noticias de él. Si bien sabía que, con su hermano de viaje, las visitas de su socio estaban fuera de lugar, Mary había esperado que por lo menos se acercara a saludar unos minutos. Que tomara un té y preguntara por su salud era lo mínimo que se podía pretender de él. Pero tal vez su madre tuviera razón, y los bajos orígenes del señor Lezcano le impidieran respetar cualquier principio básico de educación.

Unos golpecitos en la puerta expulsaron a Mary de sus

cavilaciones. Luego ocurrió algo inesperado. Tras aguardar permiso, una criada entró en la habitación y, como si algún misterioso poder en la mente de Mary hubiera servido para invocarlo, anunció:

—Milady, el señor Lezcano ha venido a verla.

Como amigo de la familia, Diego no necesitó que ningún criado lo acompañase a la biblioteca. "Milady está descansando, veré si puede recibirlo", habían sido las palabras del mayordomo al

abrirle la puerta de Luton Hall.

Diego entró en aquella habitación tan familiar para él y se sirvió una copa, esperando que el whisky escocés de su amigo templase un poco sus nervios. Se había preparado mentalmente para aquella visita; lo había hecho durante el camino que había decidido hacer a pie desde Covent Garden y durante las vueltas que había dado al vecindario en cuanto había llegado a la casa del conde. Llevaba más de tres horas preparándose para aquel maldito encuentro. A pesar de que un

lazo invisible le estrujaba el estómago y de que habían empezado a sudarle las manos, sabía que era perfectamente capaz de enfrentarse a lady Luton. Sí, estaba más que dispuesto. Por otro lado, si el sentido común no lo ayudaba, su enfado haría el trabajo de confrontar a aquella mujer incorregible que tenía asuntos con cortesanas. Diego gimió, dejó el vaso y fue hasta la ventana. Quizá si contaba los coches que pasaban por la calle lograría mantener la mente ocupada.

—Buenos días, señor Lezcano.

La alegre voz que llegó desde la puerta lo hizo girar lentamente.

Entonces, la verdad se reveló para él tan clara como el agua cristalina:

No estaba preparado.

Si lo hubiera estado, no la habría mirado embobado, intentando no fijarse en sus sedosos rizos recogidos en un peinado improvisado o en cómo su blusa blanca dejaba a la vista una generosa porción en forma triangular de su escote. También le habría gustado que aquella mirada azul tan directa, con la

cabeza medio inclinada y una leve sonrisa asomada a sus generosos labios, no hubiera hecho que se le secara la boca al instante.

Después de pedirle a su doncella que la ayudara a prepararse lo más rápido posible, Mary había tratado de controlar el ritmo alocado de su corazón, mientras la bajaban al primer piso. La puerta de la biblioteca estaba entreabierta, y ella se había acercado con discreción.

En seguida reparó en la figura de más de metro ochenta que la

luz recortaba contra la ventana. Mary suspiró y dedicó unos segundos a observarlo sin ser vista. Sus rasgos graves y afilados, su perfil ligeramente aguileño, el pelo negro algo más largo que la última vez y las largas pestañas que ocultaban su mirada concentrada en la calle. Su sola presencia la cautivaba. Todo en él era sorprendentemente familiar para ella.

Entonces, el señor Lezcano giró, y su corazón estuvo a punto de salirsele del pecho. Efectivamente, llevaba el pelo más largo y varios mechones

negros caían desordenadamente sobre su amplia frente. Sus labios finos se entreabrieron y los ojos rasgados se agrandaron en un gesto de sorpresa. La mirada de Mary se clavó en su boca; la felicidad que experimentó en aquel momento la dejó sin aliento. Estaba tan contenta de volver a verlo que lo habría abrazado durante horas.

El incómodo silencio y la mirada astuta de él la llevaron a descartar cualquier muestra efusiva de afecto. Por lo que decidió seguir las normas protocolarias de las visitas.

—¿Le apetece un té? — preguntó con circunspección.

Sabía que su trato nunca había sido tan formal, pero los nervios le imposibilitaban tratarlo de otra forma. La comida le pareció un tema tan seguro como cualquier otro.

—Si hubiera sabido que vendría, le habría dicho a Bessy que preparase su especialidad. Quizá todavía queden algunas de las galletas de azúcar que hizo ayer.

—No quiero nada —dijo Diego con más energía de la que

hubiese deseado—. Solo he venido a hablar con usted.

La brusquedad de él la puso de mal humor. Sabía que no tenía por qué alegrarse de verla, pero por lo menos podía disimular un poco su prisa por marcharse.

—Señor Lezcano —dijo con calma—, por lo general, las personas civilizadas emplean alguna sencilla costumbre social como tomar una taza de té mientras hablan.

Hacía años que se conocían, y Mary estaba al tanto de que el origen humilde de él era un

argumento que muchos habían empleado para herirlo. Pero también conocía lo poco efectivo que eran todos aquellos ataques. Sin embargo, una leve contracción en su mandíbula antes de responder la sorprendió.

—Pensé que ya había quedado bastante claro que no soy una persona civilizada y que no tengo la más remota intención de serlo, milady —confesó descaradamente—. Solo quiero preguntarle algo, y que me conteste con sinceridad.

Lejos de ofenderla, la respuesta

consiguió divertir a Mary, ya estaba más que acostumbrada a su falta de etiqueta. De hecho, era uno de los rasgos que más le gustaban de él.

Mary cruzó las manos sobre el regazo y frunció los labios en un gesto de concentración.

—Muy bien, soy toda oídos —dijo con calma—. ¿Quiere sentarse, por favor? Me sentiría mucho más cómoda si se quedase quieto.

Ella lo observó atravesar la estancia. Su chaqueta negra se ceñía a la perfección a sus

hombros, y los pantalones y el chaleco del mismo color estilizaban todavía más su estrecha cintura. La corbata era igualmente oscura y más ancha de lo que dictaba la moda del momento. Lo único que rompía con la monocromía del atuendo era la camisa, cuya blancura contrastaba igualmente con la bronceada piel de su fuerte mandíbula.

Diego se acomodó en el sillón que había frente a ella. Lo suficientemente lejos para que aquel perfume a flores que desprendía le permitiera

concentrarse.

—He sabido que desde hace algún tiempo, desde que su hermano está de viaje, para ser más precisos, sus actividades han sido algo diferentes.

Él hizo un alto y contempló cómo su expresión cambiaba. La reacción de la muchacha era lo que se esperaba al verse descubierta. Entonces, sus sospechas de que se había metido en líos se confirmaron.

Diego guardó silencio con la intención de que ella creyera que sabía mucho más de lo que sabía

en realidad para que le mostrara qué tipo de embrollos la habían ocupado recientemente.

Pero ella no cayó en la trampa. Achicando los ojos y ladeando la cabeza ligeramente, le devolvió la misma mirada suspicaz.

—Señor Lezcano, no tengo ni idea de a qué se refiere.

"¡Maldita sea!", pensó con fastidio, "sabía que no sería tan fácil."

—La han visto salir de dudosos negocios en Parker Street. — Diego estudió su reacción antes de concluir—. Además de rondar

la casa de una famosa meretriz.

Diego se calló y experimentó una gran satisfacción ante su expresión descompuesta.

—Señor Lezcano —musitó Mary, lo más calmada que pudo —, ¿ha estado usted siguiéndome?

Él negó con la cabeza.

—De modo que lo reconoce.

Mary intentó que no se le sofocara la voz. Pero la rabia que sintió en aquellos momentos hizo que le hirviera la sangre. Respirando entrecortadamente, condujo su silla hacia la puerta.

—Yo no reconozco nada, señor.

—Solo dígame a qué fue allí.

—No tengo por qué darle ninguna explicación a usted. Si ha venido a hostigarme y no va a hablarme de nada más interesante, puede irse por donde ha venido.

—¡Maldita sea! —exclamó Diego con furia contenida mientras le interrumpía el paso—. Puede que a mí no tenga que darme explicaciones. Pero me pregunto qué pensará el conde de sus recientes excursiones, milady.

—No sería capaz... —susurró ella achicando los ojos.

Diego bajó la cabeza hasta quedar a su altura.

—Puede darlo por seguro.

Mary le devolvió la misma mirada furiosa y sus respiraciones se agitaron al unísono. Su mente funcionaba a toda velocidad. Estaba claro que aquel hombre no había ido a hacerle ninguna visita de cortesía, sino más bien a todo lo contrario. Aquello, además de un atentado contra su libertad, parecía un chantaje en toda regla.

Tenía que haberlo sospechado desde el principio; la insistencia de Robert por llevárselas a Londres no era más que una estrategia para mantenerla vigilada. Al parecer, el perro guardián había hecho un buen trabajo. No solo la había seguido, sino que estaba al tanto de todo. "¡Idiota! Y tú preocupada por tu aspecto", se reprendió a sí misma al recordar los tres vestidos que se había probado antes de bajar a la biblioteca.

En aquellos momentos odió a los hombres. A los hombres y a su maldita necesidad de controlar

todo lo que las mujeres hacían y pensaban. Pero, sobre todos ellos, al que más odiaba era a Diego Lezcano. No había ido allí porque quisiera verla o porque la echara un poquito de menos, ni siquiera porque se preocupara por ella. Solo trataba de proteger la reputación de su amigo en un alarde machista.

Mary se dirigió hasta una de las mesas de roble macizo que había en el centro de la gran estancia, apoyó sus manos en la madera y se levantó de la silla.

La figura de él se movió con

agilidad por la habitación y al instante estuvo a su lado.

—¿Qué está haciendo? —  
murmuró desconcertado.

—¡Déjeme, puedo sola!

Mary hizo un gesto para apartarlo y se volvió hacia él, apoyándose con ambas manos en la mesa. Lo primero que vio al girar fue su amplio pecho a pocos centímetros de su nariz. Olía maravillosamente bien a jabón y almidón. La sorpresa casi le hizo perder el equilibrio. Pero entonces, dos fuertes manos en su cintura impidieron que se

cayera al suelo.

—¿Qué hace? —preguntó él de nuevo, aunque ya no había rastro de brusquedad en su voz.

La pequeña estatura de lady Luton le permitía una visión completa de la parte de arriba de su encantadora cabecita. Los rayos de sol, que entraban a través de la ventana a su espalda, arrancaban fulgurantes reflejos dorados a su pelo. Atónito, Diego contempló el efecto óptico y tomó dolorosa consciencia de la calidez del cuerpo femenino a través de sus manos que parecían

inmensas en su pequeña cintura.

—Solo quiero decirle a la cara lo despreciable que es usted, señor Lezcano.

Ella levantó la cabeza y sus ojos azules lo atravesaron como la pica de un lancero. Diego se quedó sin habla, completamente mudo, incapaz de hilar alguna de sus mordaces respuestas.

El corazón de Mary se aceleró cuando se percató de la intensidad con que la miraba. La rabia comenzó a abandonarla. Estaban tan cerca que su cálida respiración le hacía cosquillas en

los párpados. Soltó la mesa y se aferró a los fuertes antebrazos de él. Se fijó en sus labios finos y bien formados; notó que comenzaba a ruborizarse al recordar su sabor. Se apoyó contra su cuerpo de forma inconsciente, le gustó comprobar que él se removía inquieto y tragaba con dificultad.

Diego separó la cabeza con una mueca de dolor en el rostro. Aquello no lo estaba ayudando precisamente a mantener la situación bajo control. Si no la hubiera conocido bien, habría creído que ella, lady Luton,

quería que él la besase. Antes de perder la cabeza, Diego se sacudió la mente e intentó concentrarse de nuevo en su enfado.

—¿Por qué fue a ver a Edén Smith? —consiguió preguntar con un hilo de voz.

Ella lo miró furiosa.

—¡Váyase al demonio!

Diego la depositó con cuidado en la silla y se alejó hasta el otro extremo de la biblioteca. Necesitaba guardar una distancia que le permitiera pensar.

—Creo que escribiré hoy

mismo a lord Luton. Estoy seguro de que este es un motivo más que justificable para acortar su viaje.

El se encaminó hacia la puerta muy lentamente. Quería darle tiempo a barajar sus opciones.

—¡Está bien, maldita sea! — gruñó Mary.

Una sonrisa triunfal se dibujó en los labios de Diego antes de volverse hacia ella y poner toda su atención.

## CAPÍTULO 06

AY, ¡CÓMO ODIABA A AQUEL HOMBRE!

Mary sabía que tendría que retrasar como fuera el momento en que su familia se enterara de su faceta como diseñadora. Lo tenía todo planeado: primero se lo diría a Sara, y ella la ayudaría a preparar el terreno para contárselo a Robert. Su madre se enteraría luego, cuando ya no pudiese prohibirle desempeñar una profesión. Pero allí estaba Diego Lezcano, dispuesto a

terminar con su pequeño reducto de libertad y a echar todos sus planes por la borda.

—Está bien —repitió—. Pero antes, dígame por qué le interesa tanto.

El mal humor de Diego se reavivó.

—No me interesa a mí —exclamó casi gritando—. ¿Cuántas veces he de decirlo? Pero cualquier trato suyo con contrabandistas y prostitutas es de la incumbencia de su hermano.

Mary resopló y puso los ojos en

blanco.

—El señor Tao no es un contrabandista, es solo un anciano muy simpático que era amigo de mi abuelo.

Ella le lanzó una fugaz mirada de soslayo. Él se acercó desde la otra punta de la habitación y se cernió amenazante sobre su silla.

—Sé que le compró telas —susurró con superioridad—. Así que, pruebe otra vez.

—Señor Lezcano, nuestra economía familiar no siempre fue tan holgada. Como sabrá, mi abuelo era comerciante, y mi

madre conoce al señor Tao desde siempre. Yo he visitado su tienda desde niña cada vez que tocaba renovar mi vestuario. Tiene los mejores tejidos al mejor precio.

Él seguía sujetando la silla con ambas manos y con su cara a escasos centímetros de la de ella.

—¿Y nunca pensó que eso se debía a alguna actividad ilícita?

Mary negó con la cabeza y pestañeó de forma coqueta. Él la miró con intensidad y aspiró con fuerza antes de soltarla.

—¿Y qué hay de Edén Smith?

—Solo es una amiga —

respondió ella con inocencia.

—Creo que no —dijo Diego, lacónico.

Mary lo miró con fastidio.

—Pero, entonces, ¿qué clase de relación piensa que me une a ella?

El rostro de él volvió a estar muy cerca del suyo, observándola con dureza.

—No lo sé —masculló—. Dígame usted.

Los ojos de Mary vagaron por su rostro contraído y percibió o, más bien, supo que la inquietud del señor Lezcano sobrepasaba

cualquier compromiso de amistad adquirido con su hermano.

—Señor Lezcano, no pensaré que yo... —resolló con incredulidad—. No creeré en serio que yo...

Entonces, la sonrisa que formaban sus labios se ensanchó hasta convertirse en una carcajada.

Él levantó una ceja y cruzó los brazos sobre el pecho, mientras la observaba reírse a su costa.

—No lo puedo creer, le juro que no lo creo —consiguió decir Mary con la voz rota de risa—. La

verdad, señor Lezcano, no sé si su impertinencia me ofende o me halaga. ¿Qué clase de negocios cree que puedo tener yo — preguntó señalando su silla— con la señorita Smith?

—¡Maldito si lo sé! —gritó furioso—. Pero como no me lo diga ahora mismo, me largo a escribirle a su hermano.

Mary lo miró con dulzura. Le encantaría que todo aquel mal genio se debiera a que él se preocupaba realmente por ella o incluso que estuviera un poquito celoso.

—Soplón —respondió con una suave y provocativa sonrisa.

La ira de Diego alcanzó cotas tan altas que creyó estallar como una caldera a presión. Se dio vuelta y atravesó la habitación a grandes zancadas.

—¡Vestidos!

El grito de ella lo detuvo antes de que alcanzara la puerta. Se volvió y la miró de nuevo.

—¿Vestidos?

—Sí, vestidos. Ese es el motivo por el que he visitado a Edén Smith.

Días más tarde, Mary observaba la calle con concentración a través del escaparate de la tienda en la que Olivia y ella habían entrado en busca de nuevas ideas.

—Olivia, acércate —dijo sin apartar la mirada mientras le hacía un gesto con la mano a su modista.

Olivia Carlisle dejó los tejidos que la dueña de la tienda le mostraba y se aproximó a su socia.

—Fíjate en ese niño, ¿no lo has

visto en alguna otra parte?

Olivia miró al chico que estaba apoyado contra una farola y observaba atento algo que tenía entre las manos. Negó con la cabeza.

—Estoy segura de que es el mismo chico que lleva días rondando mi casa. Ven, vamos a comprobarlo.

Mary se disculpó con la dependienta y le indicó a Olivia que la empujara fuera de la tienda. Ambas salieron a la concurrida calle de Bow Street, por la que circulaban

concentrados hombres de negocios y numerosas damas con sus doncellas cargadas de cajas de las exclusivas tiendas.

Cuando las vio, el lacayo abrió la puerta del carruaje de los Luton que las esperaba afuera.

—Iremos dando un paseo hasta la siguiente tienda, Charles, no se moleste.

Mary no miró en ningún momento al chico, solo le indicó a Olivia que continuara empujándola por la acera. Cuando estaban cerca de un cruce, Mary bajó sus manos hasta

las ruedas de la silla e hizo un brusco giro que sorprendió a la modista.

—Pero ¿qué hace, milady? — preguntó Olivia al darse cuenta de que aquello era un callejón sin salida.

Mary le indicó que guardase silencio y que la siguiera tras una estructura de madera que las ocultaba a ambas.

Pegadas contra la pared, Olivia miraba confundida a lady Luton, que, en aquellos momentos, respiraba agitada. Entonces, el niño que ella le había señalado

en la tienda pasó frente a ellas corriendo. Cuando hubo pasado, lady Luton salió al medio del callejón para cortar una posible huida.

—¿Quién eres tú y por qué nos estás siguiendo?

Cuando se supo atrapado, el niño trató de escapar corriendo. Pero, al intentar esquivarla, Mary lo atrapó. Con el deseo de escabullirse, el chico casi la derriba de su silla. Pero ella lo abrazó con fuerza. Era pequeño, no tendría más de ocho años, y, aunque era más grande para su

edad, su pequeño cuerpo pronto perdió las fuerzas para resistirse. Llevaba ropa vieja como cualquier vagabundo, aunque desprendía un agradable olor a jabón.

Cuando dejó de luchar, Mary lo estudió sin soltarlo. Su gorra se había caído al suelo, y al contemplarle la cara se quedó asombrada. Era un niño guapísimo: tenía una espesa mata de pelo castaño, una nariz pequeña y la boca en forma de corazón. Pero lo más bonito eran sus ojos: enormes y de un castaño dorado parecido al color de la miel, que mostraban un

brillo inteligente y tierno.

—¿Por qué nos estás siguiendo? —preguntó Mary con suavidad para no asustarlo.

En cuanto la miró a la cara, la boca del niño formó un óvalo de sorpresa.

—Tiene los ojos violeta — espetó emocionado con su vocecilla infantil.

Ella sonrió y no se apartó cuando el niño le tocó la cara con la mano.

—¿Eres un hada?

La sonrisa de Mary se amplió ante su inocente pregunta.

—Sí, pero de las buenas. Solo me enfado cuando los niños mienten. ¿Cómo te llamas?

El niño la observó durante un buen rato antes de responder.

—Eric —contestó e inclinó la cabeza con desconfianza para volver al tema que más parecía interesarle—. Y si eres un hada, ¿por qué no puedes andar?

La expresión ahogada de la señorita Carlyle lo asustó de nuevo. Mary le hizo una seña a su socia para que no los interrumpiera.

—Verás, Eric, yo olvidé

aprender antes de perder mis alas y ahora no consigo recordar cómo se hace.

El niño asintió comprensivamente. Parecía que la respuesta había logrado convencerlo, y dejó de resistirse.

—¿Por qué nos sigues, Eric? — volvió a preguntar Mary, liberándolo por completo.

—Es mi trabajo.

—¿Tu trabajo es seguirme?

El asintió.

—Y, después, informar lo que hace —concluyó con desparpajo.

Mary intercambió una mirada

con la señorita Carlyle. No sabía por qué, pero estaba segura de saber quién estaba detrás de todo aquello.

—¿Y a quién debes darle la información?

—No puedo decírselo. Es un secreto.

La lealtad del muchacho conmovió a Mary. Le sonrió de una forma tan radiante, que el niño pareció desconcertado.

—No tienes que decírmelo. Soy un hada, ¿recuerdas? Tengo poderes y, si me miras, podré leerlo en tu mente. Así que Eric

—Mary lo tomó con suavidad por los brazos y se acercó hasta que sus caras casi se tocaron—, mírame a los ojos.

"No pienses en el señor Lezcano, no pienses, no pienses..." La mente de Eric era incapaz de parar. Entonces aquella mirada violeta lo atravesó y cerró los ojos, asustado.

—Aja —exclamó Mary palmeándose las piernas—. ¡Conque el señor Lezcano te pidió que me siguieras!

Los ojos de Eric se abrieron

como platos al instante.

—¿Cómo lo supo?

—Magia —contestó ella con una sonrisa.

¿Cómo no haberlo sospechado antes? Si pasaba meses sin tener noticias de él, y luego acudía a su casa con información acerca de todas sus actividades y movimientos. Estaba claro que tendría que haber contratado a alguien para que la siguiera. Pero utilizar a un niño le parecía algo de lo más rastrero y falto de escrúpulos.

Durante su conversación en la

biblioteca, Mary le había contado los detalles de sus nuevas actividades. Aunque seguía enfadado, el señor Lezcano pareció comprender lo importante que era para ella tener una distracción. Tras discutir los términos durante más de una hora, ambos alcanzaron un acuerdo: ella prometía dejar de visitar barrios peligrosos y ya no tendría relación directa con las clientas, porque su modista se encargaría de servir de nexo. A cambio, el señor Lezcano le había prometido su confianza y su silencio.

Mary observó al pequeño Eric. Menuda forma tenía aquel hombre de confiar en ella; abusar de un pobre niño para que la siguiera a todas partes y luego le informara todos sus movimientos. Ella había cumplido su parte del trato: no había regresado por la tienda del señor Tao y tampoco había vuelto a entrevistarse con ninguna clienta; solo se había ocupado del diseño. A la pobre Olivia le había tocado hacer el resto. Se sintió una tonta porque él no había respetado su acuerdo ni un solo día. No había confiado en ella ni por un

momento. El enorme enfado que Mary sentía le agitó la respiración. Todavía no sabía qué, pero estaba segura de que algo tendría que hacer para resarcirse de un acto tan despreciable.

Entonces centró su atención en el niño.

—¿Tienes hambre, Eric?

—Ya he comido en la oficina — contestó, negando con la cabeza.

A Mary se le escapó un jadeo de incredulidad. Aunque decidió pasarlo por alto.

—¿Estás seguro de que no

quieres probar el chocolate que prepara mi cocinera?

Los ojos infantiles brillaron al oír la palabra "chocolate".

—Bueno, quizá podría probarlos. Además...

—¿Además qué, Eric?

El niño la observó con suspicacia.

—Usted no va a ir ninguna parte, ¿no?

Mary cerró la boca y, achicando los ojos, juró para sus adentros que, cuando lograra echarle el guante a Diego Lezcano, iba a hacer que se arrepintiera por ser

tan mentiroso y manipulador.

No muy lejos de allí, Diego observaba uno a uno a los hombres que lo acompañaban sentado a la gran mesa de reuniones de su oficina. En aquellos momentos, debatían sobre máquinas, construcción, edificios y materiales. Últimamente, todo su trabajo tenía como tema central la gran exposición que se planteaba llevar a cabo en la ciudad. Muchas de sus empresas estaban directamente relacionadas con la

organización del evento. De hecho, el hierro para la construcción del gran edificio de cristal en Hyde Park estaba saliendo de sus fundiciones al sur del país.

Para Luton, la exposición significaba el triunfo de una serie de valores en los que él creía con una pasión inquebrantable. El conde depositaba toda su fe en el conocimiento científico. Del que decía que liberaría a la sociedad inglesa de siglos de opresiones religiosas. Para Diego, siempre más práctico que su socio y amigo, la gran exhibición no

dejaba de representar más oportunidades de negocio y dinero. De hecho, tras su visita a las obras, llevaba días dándole vueltas a las posibilidades del hierro en la construcción de edificios más altos. Aquel era, precisamente, el tema central a tratar en la junta de aquella mañana.

Pero, aunque la conversación de los caballeros que lo acompañaban le interesaba, su mente no dejaba de perderse constantemente en los recuerdos de otra reunión mantenida días atrás. Aquel encuentro en el que

lady Luton había vuelto a sorprenderlo con una nueva locura. Desde luego, estaba claro que, a pesar de que la conocía desde hacía años, jamás dejaría de admirar su vigor. Diego no fue consciente de la sonrisa de ternura que acudió a sus labios cuando recordó cómo la muchacha le mostraba sus dibujos mientras le hablaba de recursos, inversiones y costos con una seriedad que habría rivalizado con la de cualquier industrial. Él había querido mantenerse enfadado, pero su cara iluminada de emoción le

alcanzó directamente el corazón. La entendía y la admiraba; solo Dios sabía que podría conseguir lo que fuera de él con solo mirarlo de aquella forma.

Si bien sus conocimientos de moda eran nulos, debía reconocer que sus dibujos eran bonitos. Por lo tanto, más turbado que enfadado, Diego le había propuesto un acuerdo: ella se limitaría a diseñar dejándole la parte comercial a su socia y, a cambio, él le otorgaría su confianza y su silencio. Acuerdo del que por cierto, él solo pensaba respetar esta última

parte por el momento, ya que conocía de sobra la temeridad con que la muchacha solía proceder. Diego necesitaba seguir al tanto de sus movimientos, porque una independiente lady Luton era lo mismo que una problemática lady Luton.

—Así yo no podré hacer nada —había protestado obstinada mientras lo observaba ceñuda y con los brazos cruzados.

—Usted podrá diseñar vestidos, que es lo que más le gusta en el mundo —había contestado él con sarcasmo,

haciendo suyas las melosas palabras con las que ella había intentado convencerlo hacía un momento.

El ligero carraspeo del señor Paxton trajo a Diego al presente.

—¿Se encuentra usted bien, señor Lezcano? —preguntó con ligera preocupación el arquitecto.

Diego, consciente de la cara de bobo que, con certeza, había puesto al recordar su conversación con lady Luton, asintió e intentó concentrarse de nuevo en el tema de la reunión.

## CAPÍTULO 07

WILLIAM REEDS SE LLEVÓ EL PURO A LA BOCA Y LE DIO UNA profunda calada. A través del humo de su exhalación, observó la cara de concentración de su acompañante, el conde de Hampshire.

—¿Lady Luton? —murmuró Davenport pensativo—. ¿Esa no es la hermana del conde de Rohard?

Reeds asintió.

—¿Pero no era paralítica?

—Y lo es.

—Me estás tomando el pelo — contestó Davenport con una media sonrisa en los labios—. ¿Me estás diciendo que, para conseguir la dote más alta de Inglaterra, tendré que casarme con una inválida?

Divertido, William volvió a asentir.

—¿Pero qué mierda de información es esa Reeds? — estalló furioso el conde, molesto por la risita de su amigo—. Sabes que mi situación es desesperada, así que no intentes joderme. Porque no me costaría nada

divulgar cuáles son tus gustos en la cama y arruinaros a ti y a tu familia.

El gesto de William se tensó. Miró a su alrededor para ver si alguien había escuchado la amenaza de Davenport, pero comprobó aliviado que el número de caballeros en el salón de fumadores de White's todavía era escaso a aquella hora.

—La dote de la hermana de Luton es de quinientas mil libras —anunció.

Los ojos verdes de Davenport se abrieron por la sorpresa. Sus

manos temblaron y la copa de coñac casi se le cae a la alfombra.

—¿Quinientas mil? —dijo con voz trémula—. ¿Pero cuánto dinero tiene ese tipo?

Reeds confirmó con un movimiento de cabeza. Conocía bien aquella mirada de Davenport: su cabeza estaba funcionando a toda velocidad, pensando en todo lo que haría con aquella inmensa fortuna.

—¿Luton? —preguntó Reeds retóricamente—. No creo que lo sepa ni él. Según me han informado, todo se lo debe a ese

español que lo acompaña a menudo. Dicen que nadie sabe más de negocios que él y que...

—¿Quién? —interrumpió el conde, desdeñoso—. ¿Esa especie de bulldog que lo sigue a todas partes?

—Creo que su nombre es Lezcano. Y esa "especie de bulldog", amigo mío, es uno de los hombres más ricos y poderosos del país. Nadie sabe realmente hasta dónde se extienden sus tentáculos.

Davenport lo miró con cara de asco.

—Puff —bufó—. Pero si es un patán.

—Sí —confirmó Reeds—, pero un patán muy rico. Él y Luton podrían comprar hasta la Corona.

William observó a Davenport, pero ya no lo escuchaba. Su mirada perdida le indicaba que su mente perversa maquinaba algo.

—Quinientas mil libras, madre mía —murmuró, con un gesto con la mano y silbando—. Esas son unas ganas locas de deshacerse de la hermanita tullida, ¿no te parece?

Reeds volvió a chupar su puro y se guardó su respuesta. Si aquel bastardo no lo tuviese en sus manos, le diría lo que realmente pensaba de él.

—Pero ¿cómo voy a cortejarla si no sale de su casa?

—No te equivoques, Davenport. Según mi hermana, lady Luton es una dama peculiar. Es hermosa e inteligente, incluso demasiado para ser una mujer. Hace tiempo que no asiste a fiestas, porque su residencia habitual está en el campo. Pero su asistencia a los bailes era muy

deseada por los anfitriones por el sagaz ingenio de la muchacha. Al parecer, estás de suerte, porque este año están en Londres y piensan pasar aquí toda la temporada. Creo que Luton aprovechará la ocasión para presentar a su reciente esposa en sociedad.

—Bueno, entonces no debemos perder el tiempo. Tu hermana me la presentará — resolvió el conde con una sonrisa ladina—. Le propondré matrimonio a la tullidita.

Reeds lo miró asqueado.

—Davenport, eres francamente despreciable.

—No, querido —respondió el conde con una mueca despectiva—. Tirarse a una mujer tan poco activa en la cama dista mucho de ser despreciable. Yo diría que es casi una obra de caridad.

Un ruido al otro lado de la estancia sobresaltó a Mary. Podía escuchar los sonidos de la noche en el exterior y el inquietante aullido del viento colándose entre las vigas del tejado de la destartalada tienda. Miró

asustada las altas estanterías repletas de largos rollos de tela, y su miedo aumentó un grado al comprobar el aspecto fantasmagórico de la tienda del señor Tao por la noche; nada que ver con la atmósfera relajada de las charlas y los regateos de los numerosos clientes durante el día.

Entonces volvió a reprenderse a sí misma. De todas sus estupideces, aquella se llevaba la palma. Ya hacía un buen rato que se arrepentía de haber tomado un coche de alquiler para que la

llevara a Parker Street a aquellas horas de la noche. También se arrepentía de haber coaccionado a la pobre Olivia para que la ayudara a salir de la mansión sin ser vista y la acompañase hasta allí. Pero lo que más sentía era haberle pedido a su socia que la subiera al segundo piso y luego se marchara por la puerta de atrás. Ahora, además de estar atrapada en una de las zonas más peligrosas de Londres, también lo estaba dentro del almacén. Si su plan de venganza no salía bien, tendría que quedarse allí hasta la mañana siguiente, que era

cuando el señor Tao regresaba de la ceremonia familiar a la que había asistido.

Desde que había conocido a Eric, Mary le había tomado mucho cariño. El niño la visitaba a menudo y cada vez se quedaba más tiempo en su casa. Para su sorpresa, había descubierto que el señor Lezcano le había prohibido robar y le había enseñado a leer un poquito. Además, Eric demostró ser un as para las sumas y para el dibujo. Por eso Mary le había proporcionado uno de sus cuadernos y varios lápices para

que hiciese sus bocetos.

Pero ella también sabía que Eric seguía pasándole información de sus actividades al señor Lezcano. De modo que, un día, decidió tender una trampa al niño para que escuchara una conversación en la que Olivia y ella fingían planear acudir aquella noche a la tienda de Parker Street para ver unas nuevas telas muy exclusivas. Preocupado y apurado, Eric se había marchado en seguida.

Mary esperaba que fuese directamente a ver a su patrón

para confesarle sus averiguaciones. Ella sabía que Lezcano montaría en cólera en cuanto su pequeño socio le revelase la noticia. La idea de Mary consistía en crear una situación lo bastante extraña y peligrosa para hacer salir al señor Lezcano de su escondite. Sabía que él aparecería allí para aleccionar y gritar, como hacía siempre, enfadado con ella por haber violado su promesa. Pero, entonces, y con su sola presencia allí, él sería el descubierta y la situación se tornaría a su favor, permitiéndole ganarle a aquel

hombre tan insoportablemente seguro de sí mismo. Mary pensó satisfecha que por fin iba a darse el gusto de sermonearlo por haber quebrantado su promesa de confianza haciéndola seguir por un niño.

Otro ruido en la tienda la sobresaltó. Dispuesta esta vez a indagar de qué se trataba, empujó su silla hasta la barandilla del segundo piso desde la que tendría una vista general de toda la primera planta. Pero los tablones del suelo eran tan irregulares que una de las ruedas se engancho en

un hueco. Mary empujó con todas sus fuerzas, pero no logró liberarla. Frustrada y enfadada, saltó varias veces en su silla y, entonces, otro crujido sonó y todo se derrumbó.

Su silla se precipitó al primer piso, y su cuerpo, ya sin ningún punto de apoyo, también habría caído si no hubiese sido porque en el último momento logró aferrarse a los tablones de la barandilla. Mary miró hacia abajo, aterrorizada. Sus piernas colgaban inertes a varios metros del suelo. Si se caía, se las rompería o, quizás, algo peor.

Intentó levantar su propio peso con la fuerza de sus brazos, pero no lo logró. Entonces, las manos empezaron a resbalársele, y supo que iba a caer. Volvió a mirar abajo desesperada y esta vez algo llamó su atención: una sombra a través del cristal de la puerta le indicó que alguien trataba de entrar en la tienda.

Antes de comenzar a gritar, agradeció a Dios que aquel hombre no respetase nunca sus pactos.

Diego se envolvió en su abrigo

de lana porque todavía hacía frío, incluso a pesar de estar a finales de abril. "Supongo que es otro de los encantos de este maravilloso país", pensó con sarcasmo mientras doblaba la esquina de Long Acre y encaraba la larga vía de Drury Lane, por la que todavía circulaban coches de alquiler a aquellas horas de la noche. Varias parejas de rezagados espectadores de los teatros de la zona paseaban por la acera. Algunos caballeros salían de los clubes de juego y trataban de parar algún vehículo. Diego se ajustó su sombrero y bajó la

cabeza para no ser reconocido. Lo que menos necesitaba en aquellos momentos era ser entretenido por un borracho. No quería que nada lo distrajese de su objetivo, que no era otro más que llegar a Parker Street y retorcer el precioso pescuezo de lady Luton.

Más irritado que un toro aguijoneado, se repetía una y otra vez que ni el brillo de su mirada la salvaría esa vez; ya no habría más concesiones. La iba a sacar de la tienda del chino a rastras si era necesario. Y, por Dios, que se saltaría la parte de

escribirle al conde para tenerlo al tanto de todas las locuras de su hermana: pasaría directamente a la acción. Él mismo se encargaría de que no volviese a salir de su casa hasta su regreso.

Los primitivos edificios de madera de Parker Street aparecieron ante él. La calle estaba oscura y silenciosa, y un olor denso a orín y fruta podrida invadía todos los rincones. Diego pisó algunos cristales rotos al pasar por delante de una antigua cantina. El suelo estaba muy irregular por la falta de varios adoquines. El ruido de una rata

rebuscando en un montón de basura hizo que a Diego se le erizara la piel.

Jamás superaría su aversión a aquellos animales.

Diego atravesó la calle hasta un almacén en el que un destartalado cartel que decía "Tejidos de Tao" le indicó que había llegado. Diego escrutó la oscura fachada con curiosidad. ¿Dónde estaba el carruaje de lady Luton y por qué no se veía ninguna luz o actividad en la tienda? Diego sacó su reloj del bolsillo y comprobó que ya

pasaba de la media noche. Según Eric, a aquella hora, lady Luton y su socia debían encontrarse allí negociando con el chino. Pero no parecía haber nadie en la tienda. Diego se acercó en silencio y trató de vislumbrar algo a través del cristal de la puerta de entrada.

Y entonces la oyó.

—¡Socorro!

El grito provenía del interior y era la voz de Mary. Incapaz de pensar, Diego propinó un puñetazo al cristal, introdujo el

brazo para buscar el pestillo y lo rompió con la fuerza que utilizó para descorrerlo. Cuando la puerta se abrió y sus ojos se adaptaron a la oscuridad de la tienda, la sangre casi se le hieló al contemplar la escena. La visión de la silla de ruedas volcada en el suelo y lady Luton colgada inmóvil desde el primer piso lo paralizaron de miedo.

—Me voy a caer —sollozó ella intentando volver la cabeza para mirarlo—. Ya no puedo aguantar más.

Diego reaccionó en seguida. No

tenía tiempo de buscar la escalera hasta el segundo piso ni de llegar hasta la muchacha. Atravesó la tienda a toda velocidad y se colocó debajo de ella.

—Suéltese, yo la atrapo.

Mary, que ya no sentía los dedos, abrió las manos y se dejó caer.

El escaso peso de ella hizo que no tuviera ninguna dificultad para sostenerla. Pero el vestido se abrió en la caída y un revuelo de enaguas le impidió ver donde pisaba. Su bota se topó con un

objeto cilíndrico que giró, desequilibrándolo. Diego intentó caer debajo de ella para que su cuerpo amortiguara el impacto y, así, los dos terminaron tumbados en el suelo de la tienda de telas.

—¿Se encuentra bien? — preguntó él con la voz entrecortada por el esfuerzo.

—Sí —jadeó Mary—, ¿y usted?

Ella intentó incorporarse para mirarlo a la cara, pero al apoyar los brazos en el suelo un agudo pinchazo la hizo gritar.

Asustado por la señal de dolor, Diego se volvió y se incorporó

sobre ella.

—¡Maldita sea! —gruñó, mientras sus grandes manos la exploraban por todas partes—. ¿Qué es, dónde le duele?

Mary permaneció tumbada mirando la cara de profunda concentración de él, mientras la tocaba buscando el origen del dolor. La luz de la luna entraba por la claraboya del techo de la tienda y se reflejaba en su pelo negro. Su cuerpo largo y fuerte se extendía a su lado oprimiéndola contra el mullido montón de organza y terciopelo sobre el que

estaba tendida. Aquel peso sobre ella le pareció lo más exquisito que había experimentado nunca. Y deseó desesperadamente poder estar más cerca de él.

—¿Qué es? —continuó él angustiado—. ¿Son las piernas?

Mary negó con la cabeza y le sujetó los antebrazos para detenerlo. Necesitaba que él abandonase aquella torturadora exploración de su cuerpo.

—Me duelen los brazos —explicó—. Estuve colgada

bastante tiempo.

El gesto de Diego se descompuso. Se sentó en el suelo frente a ella y la ayudó a incorporarse. Se pasó las manos por la cara varias veces. Parecía que en su interior se producía una batalla de emociones. Entonces, la contempló abatido y, sujetándola por los hombros, sus largos dedos comenzaron a descender masajeándole con movimientos circulares los doloridos músculos.

Mary suspiró de alivio.

—Estoy tan enfadado con

usted —murmuró él con aspecto cansado—, tanto que es mejor que la lleve a casa porque ahora mismo sería capaz de estrangularla.

Ella levantó la cabeza y observó su rostro mientras él continuaba con el masaje.

—Yo también estoy enfadada con usted.

—¿Ah, sí? —contestó irónico—. ¿Y sería tan amable de decirme el motivo?

—¿Qué hace usted aquí, señor Lezcano? Creí que habíamos quedado en que dejaría de

seguirme.

Diego detuvo el masaje y le apretó los brazos con fuerza.

—Para empezar, intento que no se rompa el cuello —susurró muy cerca de su cara—. Y parte del trato era que usted no se acercaría por aquí. Mucho menos de noche y sola. ¿Dónde está su socia? ¿Usted sabe todo lo que ha podido pasarle, loca del demonio?

Mary no se ofendió por el insulto y contraatacó.

—Usted no ha dejado de seguirme durante todo este

tiempo. Ya he conocido a Eric — anunció ella, observando con placer cómo cambiaba su expresión— y me parece de lo más rastrero utilizar a un niño para eso.

—Así que todo esto ha sido una trampa —sentenció consternado—. ¿Ha corrido el peligro más grande de su vida solo para darme una lección?

Bajo aquella mirada contrariada, Mary creyó morir. Ella ya había llegado a esa conclusión antes de que él apareciera. Sabía que había sido

una terrible estupidez. Además, la verdad era que él acababa de salvarla y, en agradecimiento, ella lo estaba desafiando. Arrepentida, Mary apartó los ojos y bajó la cabeza.

Diego suspiró exasperado. No sabía si matarla o besarla hasta hacerle perder el sentido. Aquel pensamiento le espoleó la conciencia. La fragilidad de lady Luton lo turbaba sobremanera, lo que en aquel momento le impedía enfrentarse a ella.

—¿Sabe lo que vamos hacer?  
—expuso—. Ahora mismo voy a

llevarla a su casa, y mañana hablaremos mucho más calmados. En cuanto a su pequeño cómplice, también me ocuparé de él mañana.

—No —interrumpió Mary—, Eric no ha tenido nada que ver. Yo lo engañé para que creyera escucharnos y fuera luego a contárselo a usted. Es un buen chico, jamás lo traicionaría. También tuve que engañarlo para saber que era usted el que estaba detrás de todo.

Ella buscó sus ojos con desesperación.

—Por favor, no regañe al chico. Le juro que todo ha sido culpa mía.

—Usted mejor no me jure nada más. —Diego intentó que su voz sonase enfadada, pero no lo logró—. El mocoso y yo hablaremos mañana. Tendré que enseñarle a no fiarse nunca de las mujeres.

Ella levantó la cabeza al percibir la diversión en su voz.

—Le he hecho creer que soy un hada —confesó arrepentida, mordiéndose el labio inferior.

Diego no pudo evitarlo y

sonrió. Había hechizado incluso al chico. Entonces la miró. Si todavía le quedaba algún rastro de enfado, en aquel momento se evaporó. Tenía el pelo revuelto por la caída, y sus ojos resplandecían con el brillo lunar de la claraboya. Sus mejillas estaban encendidas debido al esfuerzo que acababa de realizar. Como un imán, la boca de ella atrajo su atención. El recuerdo de su sabor hizo que se le acelerara el corazón. Guiado por un inexorable impulso, Diego acarició su mejilla acunándola con la mano y bajó lentamente la

cabeza, sin apartar ni por un momento la mirada de aquellos labios. Sabía que no debía, pero solo sería una caricia breve; lo justo para consolarla. Luego la llevaría a casa y jamás volvería a tocarla.

Mary intuyó que iba a besarla, y el ritmo de su pulso se aceleró. Lo deseaba y quería experimentarlo. Anhelaba sentir de nuevo sus labios sobre los suyos, y su lengua explorándola. Había rememorado tantas veces su beso en el jardín, que no podía creer que fuera a suceder otra vez. Impaciente, levantó la

cara,ladeó la cabeza para facilitarle el acceso a su boca y se acercó a él para que sus labios se encontraran cuanto antes. Cerró los ojos y esperó.

Pero el beso no llegó.

## CAPÍTULO 08

—¡ESTÁ SANGRANDO!

La voz preocupada de él disipó el hechizo. Mary abrió los ojos desorientada.

—¿Qué? —logró preguntar con la visión aún desenfocada.

—Tiene sangre en la cara — aclaró Diego, observando su rostro.

El volvió a sujetarla por los brazos y a escrutarla por todas partes.

—¡Maldición! También tiene sangre en el vestido.

Mary bajó la cabeza y comprobó que la tela azul turquesa de su corpiño estaba cubierta de manchas color escarlata. Asustada, se tocó el cuerpo para descubrir la fuente de aquella sangre.

A horcajadas sobre ella y muy nervioso, el señor Lezcano la palpaba por todas partes.

Entonces, Mary se fijó en la mano derecha de él.

—No soy yo —exclamó atrapando su mano—, es usted.

Sus nudillos presentaban un corte profundo por el que

brotaba bastante sangre. Mary le giró la muñeca con delicadeza y comprobó que también tenía heridas en la palma.

—Señor Lezcano, está herido.

Diego examinó su mano y comprendió con alivio que ella estaba bien.

—Ha debido ser al romper el cristal y la cerradura de la puerta. Ni siquiera me había dado cuenta. He manchado su vestido —indicó consternado, como si aquello fuera lo más terrible del mundo.

—Oh, señor Lezcano —musitó

Mary.

Ella se levantó la falda y rompió varias tiras de su enagua. Tomó delicadamente la gran mano de él entre las suyas y comenzó a limpiarle la sangre de las heridas.

—Señor Lezcano —repitió, a punto de llorar—, el vestido no importa, pero usted se ha hecho daño.

A Diego se le secó la boca al instante e intentó tragar con gran esfuerzo. La sensación de ser cuidado por alguien era del todo nueva para él. Cuando se

enfermaba, siempre se atendía solo. Pero más allá de la sorpresa inicial, Diego notó que la visión de lady Luton curándolo hacía que el corazón le martillease con fuerza contra el pecho. Y aquella preocupación en su voz le ablandaba hasta el alma.

Absolutamente aturdido, Diego obligó a sus pulmones a seguir respirando.

—Déjelo —balbuceó, observando su cabeza inclinada sobre él—. No es necesario, no me duele.

—Pero le dolerá —respondió

ella, reprendiéndolo como si fuera un niño—. Además, si no la limpiamos, podría infectársele y luego sería mucho peor.

Mary se concentró en la tarea de vendarle la mano. Al terminar, examinó satisfecha su trabajo.

—Ya está —concluyó—. Cuando llegue a casa, lávela con agua caliente y jabón.

—Gracias.

Algo en su voz le hizo levantar la cabeza y mirarlo. Él había permanecido en silencio, pero Mary había notado sus ojos clavados en ella todo el tiempo.

Al observarlo de nuevo, percibió la tensión de su cuerpo y su larga y agitada respiración.

Emocionada por la vulnerabilidad que descubrió en aquel hombre poderoso, Mary se acercó a él hasta que ambos rostros estuvieron muy cerca.

—No, señor Lezcano, soy yo la que debe darle las gracias. Me ha salvado, como siempre.

Entonces, estimulada por una corriente de sentimientos contra los que ya no le pareció necesario luchar, Mary le tomó la cara entre las manos y le dio un ligero beso

en los labios.

Diego abrió los ojos sorprendido y exhaló un largo suspiro. Cuando ella lo soltó y quiso apartarse, él no se lo permitió. Con un ronco gruñido siguió su boca y se la atrapó de nuevo con la suya. Al principio, la caricia de él fue suave, reverente; una continuación de la de ella. Pero pronto sus labios se hicieron más exigentes. Introdujo su lengua y exploró cada rincón de su boca memorizando cada textura, cada sabor, cada sensación. Sabía que nunca más podría volver a besarla. Pero

ansiaba tanto sentirla que le dolía. Grabaría aquel recuerdo a fuego en su memoria para el resto de su vida y lo veneraría como al más valioso de los tesoros.

Con la respiración agitada, Diego le acarició la mejilla y le levantó la cara para poder ahondar más en su boca. Ella no se alejó.

Demasiado mareada para moverse, Mary levantó las manos de forma automática y le acarició el pelo. La primera vez que la había besado, ella,

excesivamente sorprendida, había sido incapaz de corresponderlo. Pero esta vez estaba más que dispuesta a participar con entusiasmo. De modo que, cuando notó su lengua, ella correspondió a la caricia con el mismo atrevimiento.

El volvió a gemir y todo su cuerpo se puso rígido. Mary se sintió poderosa al comprender que no solo ella estaba perdiendo el control.

Ansioso, Diego la empujó hasta que ambos quedaron tumbados

otra vez sobre el nido de organza que formaban las telas en el suelo. Temblando de emoción, y sin dejar de besar su boca, se estiró junto a ella y cubrió su pequeño cuerpo con el suyo. Profanaba su preciosa boca con largos y húmedos besos, mientras los brazos de ella se movían frenéticos por su espalda tratando de aproximarle todavía más.

La respuesta apasionada de la joven lo conmovió y lo excitó hasta el límite.

El peso del señor Lezcano sobre

ella era lo más placentero que había sentido nunca. Entonces, Mary notó algo que jamás había experimentado: la sangre pareció hervir en sus venas, y un cálido cosquilleo se propagó por su vientre como una llovizna de estrellas fugaces. Aquel descubrimiento la hizo arquearse contra el cuerpo duro de él en busca de una mayor proximidad.

Cuando Diego la notó revolverse para acercarse más, la apretó contra él saboreando la forma en que sus cuerpos encajaban. En tanto con la mano vendada le sujetaba la barbilla,

con la otra la exploraba por todas partes. Le acarició el pecho ahuecándolo con la mano y notó cómo se endurecía bajo la tela del vestido. Bajó por el costado hasta atrapar su cadera y apretarla contra él para que notara su excitación. Jamás se había excitado tanto y tan rápido. Entonces pensó que ella se asustaría, que lo detendría, que trataría de apartarlo, pero nada de aquello pasó. En una clara señal de rendición, ella respondió a su envite arqueando todavía más su cuerpo contra él y gimiendo su nombre contra su

boca.

En aquel momento, la realidad golpeó a Diego con violencia. Mary Luton no iba a detenerlo, porque lo deseaba, lo deseaba a él. Un instante antes de olvidar todos los motivos por los que no debía continuar con aquella locura, Diego se puso de pie y se alejó de ella.

Sus músculos se resintieron y protestaron endemoniadamente. Pero él se obligó a tranquilizarse mientras caminaba de un lado a otro de la habitación. Se pasó la mano por la cara y se mesó el

pelo con desesperación, tratando de controlar su agitada respiración. Entonces, cometió el error de mirarla.

Ella yacía temblorosa y con los brazos abiertos en el suelo de la tienda. Tenía los labios hinchados, la cara sonrojada y lo miraba confundida con los ojos aún nublados por la pasión.

—¿Qué ocurre? —jadeó Mary.

Diego supo que tenía que salir de allí hasta calmarse o volvería junto a ella y cometería el mayor error de toda su vida.

Completamente

desconcertada, Mary lo observó salir apresurado de la estancia. Sabía que no se había marchado, porque podía ver su sombra fuera de la tienda yendo y viniendo de un lado al otro. Se sentó en el suelo y exhaló aire profundamente varias veces con la intención de serenarse. Trató de arreglarse el vestido, y su cuerpo fue apaciguándose lentamente. Su cabeza recuperó el dominio de la situación y tomó conciencia de lo que había estado a punto de hacer. "Ay, Dios mío", pensó angustiada al darse cuenta de que se habría entregado sin

reparos a Diego Lezcano.

El había sido el único con un poco de sentido común para tomar el control y alejarse. Mary debería sentirse agradecida, pero no era así. La certeza de haber perdido la última oportunidad de sentirse amada completamente por un hombre le estrujó el estómago e inundó sus ojos de lágrimas. Apoyándose en las manos y sorbiendo por la nariz para controlar el llanto, se desplazó hasta donde estaba su silla. La levantó y trató de subirse a ella.

Los sonidos del interior de la tienda hicieron entrar a Diego de nuevo.

Mary miró su alta silueta recortada contra el hueco de la puerta. El la observó y atravesó la estancia a grandes zancadas hasta llegar junto a ella. Se agachó a su lado y la levantó en brazos con gran facilidad.

Diego abandonó el almacén con ella en brazos.

—La llevaré a casa —anunció.

—Mi silla no está rota. No tiene porqué cargar conmigo.

—El suelo es demasiado

irregular para empujarla.

Ella observó su perfil contraído en un gesto grave. No la había mirado ni por un momento.

—¿Y la silla? —preguntó.

—Ya volveré a buscarla, ¡maldita sea!

Diego cruzó Parker Street con lady Luton, intentando concentrarse en sus pasos y no en su cara cerca de la de él o en sus brazos alrededor de su cuello. Al llegar a Drury Lane, maldijo para sus adentros al comprobar que ya no circulaban coches.

Las luces de los faroles de

aquella calle le permitieron a Mary una mejor visión del ceño fruncido de él que no la había mirado ni por un instante. Molesta por su indiferencia y harta de aquel incómodo silencio, Mary decidió hablar. No deseaba que lo que acababa de pasar en el almacén de Tao abriese otra brecha entre ellos. Temía que aquello terminase por alejarlo de ella otra vez.

—Señor Lezcano —dijo decidida—, no quiero que sienta lo que acaba de pasar. Sé que una mujer como yo no debería desear esto...

—¡Cállese, Mary! —gruñó él—. Esto no tiene nada que ver con usted.

Mary suspiró al oírlo pronunciar su nombre por primera vez. Continuó, alentada a hacerle saber lo especial que era para ella.

—Pero también sé que si pasara, no podría ser con ningún otro.

Diego se detuvo al instante. Mientras su mente asimilaba el significado de aquellas palabras, agradeció a Dios que se hallaran en medio de la ciudad de

Londres. Porque de estar en cualquier otro sitio, la habría tumbado debajo de él y no habría nada ni nadie en el mundo capaz de detenerlo.

Mary entrelazó las manos detrás de su nuca para sujetarse mejor. Comprobó, satisfecha, el efecto que sus palabras habían provocado en él. El temblor que atravesó su cuerpo y la intensidad de sus ojos, le indicaron que, si el señor Lezcano la rechazaba, no era por falta de deseo.

—Señor Lezcano, yo...

Con la respiración agitada, él la fulminó con la mirada.

—¡Cállese ya, por Cristo!

Algo desconocido en su tono de voz le hizo cerrar la boca de inmediato.

Ni un coche, ni un maldito coche se había cruzado en su camino hasta Grosvenor Square. Había cargado con el pequeño cuerpo de lady Luton por media ciudad y estaba agotado. Aunque no precisamente por el esfuerzo físico, sino más bien por el

esfuerzo mental de no pensar en lo que ella acababa de confesarle. Todo lo que deseaba, lo que más deseaba en el mundo acababa de ponerse a su alcance. Sin embargo, él no podía alargar la mano y atraparlo.

Llevaba mucho tiempo intentando no ponerle nombre a lo que sentía por aquella mujer. Pero era más que evidente: se llamaba amor. La amaba hasta con la última fibra de su ser. Nadie, jamás, había despertado aquellas emociones en él. Quería decírselo, anhelaba declararle su amor, pedir su mano y unirla a él

con todas las ataduras legales que el ser humano hubiese concebido a tal efecto. Pero ¿cómo darle un apellido que ni siquiera era el suyo? ¿Cómo comenzar una vida a su lado sin revelarle todas las mentiras de su existencia? ¿Cómo confesarles a ella y a su hermano que él no era más que un usurpador, que jamás había sido el caballero que creían?

Mary permaneció callada hasta que llegaron a Luton Hall. Había descubierto todas las miradas de soslayo que él le había lanzado durante el camino; también

todos los largos suspiros y posteriores frunces de ceño. Sabía que llevaba todo el tiempo dándole vueltas a algo, aunque no se atrevió a preguntarle a qué.

Diego se detuvo frente a la gran mansión del conde de Rohard. Se alejó de los faroles de la calle para no ser descubierto e inspeccionó con detenimiento la gran fachada de piedra gris de estilo georgiano. Con sus tres pisos, sus azoteas piramidales y las chimeneas apuntando al oscuro cielo de Londres, Diego decidió que su habilidad como escalador de tejados iba a servirle

de poco en aquella ocasión.

—¿Cómo voy a meterla en su habitación sin que nadie se entere? —preguntó para sí mismo.

Mary giró la cabeza hacia su casa, en cuyas ventanas ya no se veía ninguna luz.

—Algunos miembros del servicio salen por la noche a visitar a sus parejas en otras casas —anunció con una sonrisa, volviendo de nuevo la cara hacia él—. Y yo sé dónde guardan la llave.

—¿Cómo no? —se burló Diego

— Todos los revoltosos se conocen.

Mary no se ofendió y sonrió otra vez.

— Yo no soy revoltosa; solo un poco inquieta, eso es todo.

A él se le escapó una risa gutural y la miró con dulzura.

— Sí, como un nido de avispas —aseguró.

El cuerpo de Mary se agitaba de risa mientras la conducía hasta la puerta de servicio y ambos entraban en la oscura cocina. Diego conocía bien la casa, de modo que continuó por

los corredores del servicio, subió hasta el primer piso y se dirigió al pasillo de las habitaciones de la familia. Los candelabros ya habían sido apagados y la casa estaba sumida en la penumbra, quebrantada únicamente por la claridad de las luces de la calle que atravesaban las grandes vidrieras de las ventanas.

Sin dejar de mirarlo, Mary le indicó el camino a su cuarto.

—Ahora a la derecha. ¿Sabe una cosa, señor Lezcano? —preguntó ella en voz baja.

—¿Mmm? —murmuró él,

concentrado en seguir sus indicaciones y no tropezar con ningún mueble.

—Me ha gustado mucho que me llamara por mi nombre. ¿Habría alguna posibilidad de que continuase haciéndolo?

El se paró y la miró confundido.

—¿Qué?

—Antes, en la calle, usted me llamó "Mary" por primera vez. Me gustaría mucho que continuase haciéndolo. —Ella levantó

tímidamente los ojos y prosiguió

—También me gustaría poder llamarlo "Diego", si me lo

permite.

Él observó conmovido cómo sus dulces labios articulaban por vez primera su nombre, y a punto estuvo de decirle que sí.

—No —sentenció tajante—. Eso sería del todo incorrecto y daríamos pie a habladurías. Así que usted seguirá siendo "lady Luton"; y yo, "el señor Lezcano". Y olvidaremos todo lo ocurrido esta noche, ¿queda claro?

Mary suspiró largamente y apoyó la cabeza en su hombro.

—Diego —susurró, saboreando cada sílaba—, no pienso olvidar

esta noche mientras viva.

## CAPÍTULO 09

MARY SE REVOLVIÓ EN LA CAMA CUANDO SU DONCELLA descorrió los cortinones de la ventana y una ráfaga de luz la lastimó en los ojos. Molesta, se cubrió la cabeza con una almohada.

—Cierra eso, Daisy —ronroneó—. Quiero seguir durmiendo, estaba teniendo un sueño delicioso.

¿Sueño? Ese pensamiento la hizo incorporarse de inmediato en el colchón. Su mirada recorrió

la habitación y descubrió su silla en un rincón. "Oh, Dios", rogó para sus adentros, "no permitas que lo haya soñado." Levantó la colcha para ver si llevaba el camisón, y lo que vio la tranquilizó; todavía tenía puesto el vestido azul de la noche anterior. Mary se tocó el corpiño completamente arrugado y cubierto de manchas de sangre, y un profundo estremecimiento la hizo suspirar entrecortadamente. Aquella era su sangre, la sangre del hombre al que amaba, que se había herido para salvarla.

Se cubrió con la colcha hasta la

barbilla y se abrazó a sí misma, emocionada. No podía permitir que ninguna criada viera el vestido, o lo lavarían. Ella deseaba con locura conservar aquellas manchas como un recuerdo de la maravillosa noche en la que había descubierto que el señor Lezcano sentía algo por ella. Mary pensó con fastidio que no le iba a ser nada fácil que él revelase sus sentimientos, ya que era un hombre demasiado hermético. Pero ella llevaba aguardando toda la vida y tenía toda la paciencia y tenacidad de quien sabe esperar.

Hizo un repaso mental de la noche anterior. Todas las piezas comenzaron a encajar como si un gran rompecabezas acabara de adquirir sentido en su cabeza. "Esto no tiene nada que ver con usted", le había dicho él. Mary concluyó que no le mentía porque, ahora estaba segura, todo tenía que ver con él. Por la forma en que había respondido a sus caricias sabía que Diego Lezcano la deseaba, que no se alejaba de ella por su enfermedad, sino porque algo había en él que le impedía acercarse. Ella estaba decidida a

averiguar qué era, porque no añoraba nada más en el mundo que estar con él.

Alarmada al notar que su doncella se acercaba para ayudarla con el aseo, Mary sacó la cabeza de debajo de las sábanas y la miró directamente.

—Daisy, me estoy muriendo de sed. ¿Podrías ir abajo a buscar un vaso de agua?

—Pero si hay aquí —señaló la criada y le mostró contrariada la jarra de agua que todas las noches dejaba sobre la mesilla.

Mary le lanzó la sonrisa más

dulce de la que fue capaz.

—Pero esa está muy caliente.

Daisy suspiró y salió en busca de agua fresca.

Aprovechando que ya estaba a solas en la habitación, Mary se llevó las manos a la espalda para desabotonar el vestido. Como lo había escogido la noche anterior por la sencillez de su cierre, tardó poco más de un minuto en sacárselo por la cabeza. Una aguda molestia le quemó en los músculos de los brazos, lo que sirvió para recordarle el accidente. Sin embargo, casi

agradeció el dolor, porque no era más que otra prueba de que todo había ocurrido de verdad. Se aflojó el corsé y lo dobló con el vestido antes de esconderlos bajo el colchón.

Solo con la camisola interior, Mary volvió a recostarse. Se tapó hasta el pecho con las sábanas y esperó a que Daisy regresara. Observó su silla al lado de la ventana y se percató de que cuando el señor Lezcano se la había devuelto, ella ya debía llevar un buen rato dormida. Un cosquilleo le recorrió la piel al pensar en él observándola

dormir. Inspiró y repasó con una sonrisa inconsciente su última conversación antes de marcharse.

—¿Piensa volver ahora a Parker Street a buscar la silla? —le preguntó ella después de que él la sentó en la cama.

—Mmm —fue su afirmativa respuesta.

—¿Y qué pasará con la tienda? Cuando el señor Tao regrese por la mañana y vea su negocio destrozado, le va a dar un ataque.

Él estaba agachado a su lado, ayudándola a desatar los

cordones de sus botas. Mary observaba con sumo deleite su cabello negro; se permitió fantasear con que aquella situación se repetiría cada noche si él fuera su marido.

—Con todo lo que voy a ofrecerle por ese tugurio, no tendrá motivo de queja.

Aquella respuesta evaporó sus fantasías.

—¿Qué quiere decir con eso, Diego?

—Pues que pienso comprarle la tienda y todo lo que hay dentro.

—¿Y para qué podría querer

usted una tienda de telas?

—Para guardarme el derecho de admisión, milady —concluyó él, levantándose del suelo tras haber terminado de descalzarla—. Y deje de utilizar mi nombre de pila.

Ella lo miró enfadada.

—¿Quiere decir que comprará una tienda solo para impedirme entrar, Diego? —preguntó; añadió su nombre solo para molestarlo.

Él se agachó hasta que sus caras estuvieron a la misma altura.

—Así es...

Volvió a incorporarse y se alejó de ella.

—... lady Luton —terminó de decir, en tanto salía de la habitación y cerraba la puerta.

Furiosa, Mary agarró una de las botas del suelo y se la lanzó, rezando por atinarle en la cabeza. Pero él ya había salido, y solo logró que el zapato se estrellase con estrépito contra la puerta. Menos mal que los criados dormían en la otra parte de la mansión y que su madre no se despertaría ni aunque tuviera

una orquesta de trombones tocando junto a su cama.

Mary volvió a la realidad cuando su sonriente doncella apareció con un vaso de agua entre las manos.

—Hay grandes noticias, milady —anunció con entusiasmo mientras cruzaba la habitación—. El conde acaba de enviar una nota desde la estación para informar de su regreso hoy.

—¿Ya han vuelto Robert y Sara? —se sorprendió Mary lanzando a un lado las sábanas—. ¡Deprisa, Daisy! Ayúdame a

levantarme.

Aquella mañana en su oficina de Bow Street, Diego mantenía una interesante reunión con su empleado más joven.

—Oh, sí, señor. La señorita Mary me deja ir a su casa siempre que quiero. Y, además... —Eric habló en tono confidencial para que Wilson no pudiera oírlo—, tiene poderes mágicos.

Diego no pudo evitar que una sonrisa se le escapase al ver la expresión emocionada del niño al

hablar de lady Luton... de Mary... No, de lady Luton. Desesperado, Diego se pasó una mano por la cara. No le extrañaba que el niño hubiese sucumbido a su embrujo, si él mismo no era capaz de sacársela de la cabeza ni por un segundo.

—Eric —dijo, volviendo su atención al chico—, no puedes confraternizar con aquellos a los que vigilas.

—¿Por qué no, si así puedo controlarlos mejor?

Diego lo miró disgustado.

—Porque no es profesional y

punto.

—¿Quiere decir que ya no podré ver más a la señorita Mary?

—Eso es.

Diego comprobó que por el rostro del niño pasaban en aquellos momentos un montón de emociones. Pero, sobre todo, podría decirse que Eric se había puesto muy triste con la noticia. Y, después de casi un minuto de reflexión, contestó.

—Verá, señor Lezcano, fui con ella porque me descubrió con sus poderes de hada. Nunca me

habría acercado tanto si ella no me lo hubiera pedido. Al principio me daba miedo, como usted, pero ahora ya no. Me obliga a leerle en voz alta, porque cree lo mismo que usted me está diciendo siempre: que tengo que practicar para leer mejor. Me regaló lápices de colores; y nunca antes nadie me había regalado nada. Me abraza todo el rato, y me acaricia así —el niño se palpó la mejilla—. Y a mí me gusta.

Afligido, Eric bajó la cabeza.

—Pero necesito el dinero —  
continuó decidido—. Y si usted

me pide que no vaya allí, no volveré nunca más.

La declaración de Eric fue un golpe directo a su corazón. Si hubiera podido decirle lo mucho que lo comprendía, si hubiera podido contarle cuánto habría deseado él a alguien como Mary Luton cuando era tan solo un pilluelo en las calles de San Sebastián. Diego tragó con dificultad antes de hablar, intentando que la voz no se le quebrase por su absurda sensiblería.

—¿Y para qué necesitas el

dinero?

—¿Qué? —contestó el chico alarmado.

—Llevas meses cobrando una pequeña fortuna y ni siquiera te has comprado ropa nueva — declaró Diego observando la chaqueta raída del niño—. ¿Qué haces con todo el dinero que te pago, Eric?

—No puedo decírselo.

La respuesta no convenció a Diego.

—Quiero saberlo ahora —exigió, golpeando la mesa con el dedo índice—, o no volverás a ver

un chelín más de mi parte.

El niño se revolvió incómodo en la silla. Parecía un animalillo atrapado y desvalido.

—Son para mi casa —dijo al fin.

Pero Diego no se quedó conforme con la exigua respuesta.

—¿Qué casa, Eric? Creí que no tenías familia.

—Y no tengo —se apresuró a aclarar el niño—. Son para mi familia de la calle.

—Ya puede abrir la puerta,

Wallace.

Mary reconoció en seguida a la profunda voz que llegaba desde el otro lado de la puerta principal de Luton Hall: era la de su hermano Robert. Todo el personal de servicio esperaba la llegada de los condes en el vestíbulo de entrada. Para darles la bienvenida, Mary y su madre, como parte de la familia, aguardaban en primer término y un poco apartadas de los sirvientes.

Tras oír las indicaciones, el anciano mayordomo abrió la

puerta. Robert apareció en el umbral con su mujer en brazos. El vestíbulo se llenó de carcajadas y de aplausos por la entrada triunfal de su señor.

—Ves —dijo Robert mirando a su mujer—, te dije que era una buena idea. Gracias, Wallace.

El mayordomo sonrió satisfecho.

—Bienvenidos, señores.

Robert de Rohard, encantado de regresar a su país, entró por fin en la que iba a ser su casa durante los próximos meses, con su preciosa mujer en brazos,

cumpliendo con lo que la tradición dictaba para los recién casados.

—Gracias a todos —exclamó el conde mirando a su alrededor.

Mary no pudo esperar más y se acercó a ellos con los brazos abiertos.

En cuanto su marido la dejó en el suelo, Sara se fundió en un cariñoso abrazo con su mejor amiga.

—¿Cómo estás? —preguntó Mary, acariciando emocionada la oscura melena de su cuñada—. Os hemos echado de menos cada

día.

Mary miró a su apuesto hermano por encima del hombro de su amiga y le dio la mano. Robert fue hasta ella y, después de que Sara se apartara, tomó a su hermana en brazos y la estrechó con fuerza contra sí.

—Y nosotros también a ti — correspondió Robert—. Creo que te hemos comprado un regalo en cada país.

Sara se giró sonriente al resto de asistentes.

—Os hemos traído algo a todos.

—Gracias, milady —fue la entusiasta y unánime respuesta.

—Sí, mi querida esposa se acordó de todo el mundo y olvidó comprarse algo para ella —replicó Robert, lanzándole una mirada de intenso amor a su mujer.

Sara le sonrió con ternura.

—Eso no es verdad. He adquirido un montón de libros interesantes.

—¿De modo que nuestro equipaje ha crecido tan abrumadoramente solo con tus... libros?

Robert miró a su hermana con falso disgusto, y ella le devolvió la sonrisa a Sara. A las dos les encantaba tomarle el pelo a Robert, siempre demasiado serio y distante.

—Con mis libros y los regalos, no te olvides.

Sara, percatándose de la presencia de su suegra, fue hasta ella y le hizo una reverencia.

—Señora, me alegro de volver a verla. También nos acordamos de usted.

Helen Luton le lanzó una fría mirada a su nuera.

—Ah, me alegra saber que mi familia me tiene en tanta consideración como a sus criados.

Sara se sonrojó. Ya se había olvidado del agrio carácter de su suegra. Se parecía tanto a Mary físicamente que a veces no lograba recordar que a la condesa viuda iba a costarle admitirla como la nueva condesa de Rohard. Como uno de los herederos más cotizados del país, Helen Luton siempre había esperado que su hijo desposase a una de las tantas damas de alto linaje que llevaba años presentándole. Pero Robert la

había escogido a ella, que, además de ser su prima lejana, provenía de una familia al borde de la ruina en la que no había ni rastros de sangre azul. Sara estaba convencida de que su suegra jamás la aceptaría, porque, al ser hija de su primo, le recordaba continuamente que ella tampoco tenía orígenes nobles.

—No empiece, madre —dijo Robert mientras todavía abrazaba a Mary—. Permítanos por lo menos deshacer el equipaje.

El conde besó a su hermana en la mejilla.

—¿Te has portado bien? —le susurró al oído.

Mary le devolvió el beso.

—No —contestó correspondiendo a la sonrisa que ya brillaba en los preciosos ojos azules de Robert—. Me he portado tan mal que la policía de Londres ha tenido que ampliar sus efectivos.

Sentado en el coche de alquiler que los conducía hacia el sur de

la ciudad, Diego observaba el rostro enjuto de su criado que no dejaba de mirar por el cristal y negar con la cabeza en señal de desaprobación. A su lado, el pequeño Eric cruzaba sus temblorosas manos sobre el regazo y le lanzaba rápidas miradas de reojo.

Con la curiosidad aguijoneada después de que el niño le hablara de su familia, Diego había pedido un coche de alquiler y ordenado a su secretario que los acompañara a conocer aquel hogar que el niño describía. Eric estaba preocupado por haber

revelado su secreto y se mostraba indeciso y nervioso.

—No te preocupes por nada, Eric —dijo Diego en tono tranquilizador—. Solo tengo intención de ayudarte, nada más.

Aquellas palabras parecieron hacer efecto en el niño.

—No quiero que se enfade conmigo, señor. Pero es que todos los miembros de mi familia juramos mantener el secreto.

—Y el secreto estará a salvo con nosotros.

El niño lanzó una mirada indecisa a Wilson.

—¿Verdad, Wilson? —preguntó Diego.

El secretario se los quedó mirando con gesto descompuesto.

—Por supuesto, la total discreción es parte de mi trabajo —contestó ahogadamente, antes de continuar en voz baja—. Además, nadie me creería si lo contara.

Diego miró al chico, que ya parecía mucho más decidido a mostrarle su secreto.

Tardaron más de una hora en llegar, debido al caótico tráfico

londinense. Después de un montón de paradas e interrupciones, por fin llegaron a una zona de la ribera del río desde la que se divisaba hacia el oeste el puente Waterloo con las humeantes chimeneas de las fábricas al fondo.

Se bajaron del carruaje. Eric los condujo hasta un almacén próximo, hecho de ladrillo y sin ventanas. El niño se detuvo de repente, lo miró y le tomó la mano.

—Así sabrán que viene conmigo —explicó.

Diego observó aquella manita y la estrechó con una cálida emoción aleteando en su pecho, más decidido que nunca a conocer hasta el último detalle de la vida de Eric Nash.

## CAPÍTULO 10

LOS TRES ENTRARON POR LA PUERTA LATERAL DEL ALMACÉN Y SUS ojos tardaron un poco en adaptarse a la penumbra del interior.

La nave tendría unos ochenta metros cuadrados de superficie y unos cuatro metros de alto. Diego achicó los ojos y observó una serie de camastros hechos de madera y paja en el fondo de la estancia. En el centro, había una vieja mesa de madera a la que le faltaban las patas originales, y

que habían sido reemplazadas por cuatro troncos macizos. A un lado del almacén, ardía un hogar sobre el que se estaba cocinando algo en un caldero. Al lado del hogar, había varias sillas destartaladas y vacías. Igual de vacío que parecía aquel lugar.

—Salid, chicos —dijo Eric, y su voz resonó contra las paredes—. Estos vienen conmigo.

Pero no pasó nada.

Diego miró a su secretario, que permanecía al lado de la puerta con la mirada atemorizada, y se volvió hacia Eric levantando las

cejas para indicar su confusión. Después de unos minutos, las sombras de la estancia parecieron tomar vida y unas pequeñas figuras precedidas por sucias caritas comenzaron a surgir de los diferentes rincones. Eran varios niños de más o menos la edad de Eric.

—¡Queréis venir, ya! —chilló el niño, haciéndoles un gesto de apremio con la mano—. Que no tenemos todo el día.

Unos diez niños se aproximaron hasta rodearlos. Todos llevaban ropas viejas y

tenían las caras manchadas de hollín. Una niña que parecía la mayor se acercó a Eric.

—¿Quiénes son? —preguntó, señalando con la cabeza a los dos extraños—. ¿Y por qué los has traído aquí, Eric?

—Este es mi jefe, el señor Lezcano. Y el de la cara de vinagre es Wilson, su secretario.

Un sonido ahogado escapó de la garganta de Wilson.

Demasiado confundido para reírse, Diego tiró de la mano del niño para mirarlo a los ojos.

—¿Ellos son tu familia?

Eric asintió.

—Ella es Martha —dijo señalando a la chica que se había acercado a ellos—, y es la única que sabe cocinar. Ese es Peter —y señaló a otro niño—, y lleva esa cara porque trabaja para un deshollinador. Luego está Paul, Archie, Lizzie...

Eric fue presentándole al resto.

—Y este es Magpie. —Terminó, señalando a un niño de apenas cinco años de edad que se había abrazado a él—. No tenía nombre, y lo llamamos así porque hemos descubierto que le

gustan mucho las joyas.

Diego respondió con un movimiento de cabeza al saludo de cada uno.

—¿Tú te encargas de ellos? — preguntó, atónito.

La que contestó fue la niña que había hablado antes.

—Aquí todos cuidamos de todos.

Eric miró a su jefe y asintió.

—Usted dijo que quería saber lo que hacía con el dinero que me paga. Pues compro carbón para mantener esto caliente por las noches, conseguí mantas nuevas,

y hemos tomado leche y comido carne durante los últimos meses. Pero Martha tiene razón: aquí todos colaboramos.

Diego se sintió un estúpido por haber dudado de aquel niño de ocho años que acababa de darle una lección. Miró a su alrededor y les sonrió.

—Pues habéis hecho un buen trabajo.

Todos parecieron conformes y cada uno volvió a lo suyo; Martha fue a remover el caldero, y los demás se sentaron junto al fuego.

—Entonces, ¿no va a

despedirme? —preguntó Eric, que todavía permanecía a su lado.

Diego lo observó durante unos segundos y solo consiguió negar con la cabeza. Aquel niño le había llegado ya de muchas formas al corazón. Pero ahora, tras conocer la forma desinteresada en que empleaba su dinero, había alcanzado de lleno su alma.

Diego comenzó a pasear por la estancia. Wilson permanecía clavado al lado de la puerta. Eric lo acompañaba, y Martha no le sacaba el ojo de encima, en tanto

removía su almuerzo. Inspeccionó los catres y reparó que en cada uno había una manta nueva. Las tocó y comprobó que eran gruesas y de buena calidad. Miró a Eric, que le sonreía de forma orgullosa, y le devolvió el gesto al chico. Diego confirmó también que el ambiente estaba demasiado cargado por la falta de ventilación y el humo del hogar. Aquello podía resultar mortal. Él conocía casos en los que familias enteras habían muerto envenenadas por los gases. La idea de que Eric corriese aquel peligro le retorció las

entrañas. Y entonces, una idea comenzó a formarse en su mente.

Diego siguió paseando con el niño pegado a sus talones. Distinguió las botellas de leche vacías que los chicos amontonaban en un lado del almacén. Entonces, algo se movió en el suelo de una esquina que llamó su atención: la larga y anillada cola de una rata se agitó cerca de las botellas. La náusea repentina que Diego experimentó le erizó la piel. Se giró de inmediato, tomó a Eric entre sus brazos y antes de salir de allí miró a Wilson con determinación.

—Hay que hacer algo con esto —ordenó, en un tono que no admitía réplicas.

La mesa del comedor principal de Luton Hall estaba tan primorosamente decorada como si se esperase a lo más notable de la sociedad londinense. Pero, en realidad, a la cena de bienvenida de aquella noche solo asistían la familia del conde y su socio. Robert ocupó el lugar principal de la mesa, a su lado su mujer y la condesa viuda, y Diego se tuvo que resignar a ocupar el

asiento frente a Mary.

Aquella tarde había acudido a darle la bienvenida al conde y a ponerlo al tanto de la situación de sus empresas. En cuanto entró en su estudio, Robert se levantó de detrás del escritorio y lo recibió con un afectuoso abrazo.

—Bueno —bromeó Diego, algo abrumado—, me alegro de comprobar que el matrimonio no te ha matado.

Robert lo miró y sonrió radiante.

—Ni mucho menos. Es lo mejor que he hecho nunca. Deberías

pensar en dar el paso, amigo mío.

—No todos tenemos la misma suerte que tú para encontrar a la mujer perfecta.

Robert le sirvió una copa y preparó otra para él.

—¿Sara, perfecta? —dijo negando con la cabeza— No, Diego, mi condesa dista mucho de ser perfecta. Pero adoro cada uno de sus defectos: es perfecta para mí. Ahora, solo tenemos que encontrar a alguien igual de imperfecta para ti.

Diego dio un largo sorbo a su coñac, esperando que el fuerte

licor aflojase el nudo de nostalgia que le estrujaba el estómago. ¿Cómo explicarle? ¿Cómo contarle al conde que aquella mujer estaba en su camino desde hacía años; y muy cerca de Robert: viviendo bajo su mismo techo, para ser exactos?

Diego se sentó en una butaca de cuero frente a Luton. "Sí", pensó con aire de tristeza, "¿cómo decirle que su hermana es absoluta y rematadamente imperfecta para mí?"

—¿Qué te ha pasado en la mano? —preguntó el conde

observando el vendaje que llevaba en la mano derecha.

Diego miró la venda mientras se llevaba otra vez el vaso a los labios.

—Me he cortado —contestó, restándole importancia.

Robert observó a su socio con cierta preocupación. Sabía que Diego no era muy dado a usar la diplomacia cuando se trataba de hacer negocios con ciertas personas desagradables.

—¿Está todo bien, Diego?

Diego asintió e intentó desviar la atención de su mano cuanto

antes. No tenía ninguna intención de contarle al conde cómo se había hecho aquel corte.

—Estoy dándole vueltas a una cosa para la que necesito tu ayuda —anunció—. Algo que, además, sé que te va a encantar.

Luton se arrellanó en el sillón de cuero y lo miró con atención.

—Tú dirás.

Mary levantó los ojos del plato y observó furtivamente a Diego. Estaba arrebatadoramente guapo con la camisa blanca, el chaleco

gris claro y la corbata del mismo color. Aquel toque de luz rompía con el negro del resto del atuendo. Observó su cabeza asentir a algo que acababa de decir Sara. Su boca se arqueó en una ligera sonrisa y unas arruguitas se le formaron alrededor de los ojos. La luz de las velas hacía que la piel de su cuello y mejilla pareciese todavía más bronceada. Aquella piel que ella había explorado y acariciado con sus labios.

—Mary, ¿te encuentras bien?

La voz de Sara arrancó a Mary

de su ensoñación.

—¿Qué? —preguntó sofocada y percibió cómo el rubor encendía su cara al ser descubierta por todos mirando al señor Lezcano con cara de tonta.

—Te ha preguntado si te han gustado tus regalos —dijo Robert.

—Sí —contestó, tratando de aparentar normalidad—, me han encantado. Muchas gracias.

Trató de no mirar en su dirección, pero no pudo evitar echar un rápido vistazo al frente y entonces percibió la mirada de Diego clavada en ella. La

respiración se le aceleró y trató de fijar de nuevo su atención en el plato, o todos descubrirían lo sonrojada y agitada que estaba. Claro que la habría ayudado bastante si él hubiese dejado de observarla de aquella forma desde el otro lado de la mesa.

Robert no dio importancia a lo callada que estaba Mary aquella noche y decidió compartir con ellas el plan que Diego y él habían tratado antes de la cena.

—Me gustaría mucho contar algo en lo que hemos decidido trabajar y que estoy seguro será

del interés de todos. El señor Lezcano ha decidido construir un gran hogar para niños de la calle.

La atención de la mesa se centró en Diego, que sonrió azorado.

—Oh, me parece una idea maravillosa —dijo Sara, que fue la primera en hablar—. ¿Y en qué consistirá el hogar?

—Bueno, tendría que ser algo grande —explicó Diego—. Quiero que tenga un amplio número de camas, cuartos de aseo, una buena cocina, un comedor, servicio médico y varias aulas

para impartir todo tipo de asignaturas: biología, física, matemáticas, música, literatura, dibujo.

En cuanto dijo aquello último, Diego no pudo evitar que sus ojos buscaran los de ella. Entonces percibió su reconocimiento. Solo un gesto; había bastado solo una mirada para que ella descubriera por qué lo hacía. Solo una mirada para que Mary Luton supiese que aquel gran proyecto era algo que ellos dos habían iniciado juntos hacía meses con Eric. Diego intentó pasar por alto el estremecimiento que lo atravesó

y continuar con su explicación.

—Y nada de monjas ni eclesiásticos.

—¿Dónde piensa encontrar el personal? —quiso saber Sara.

—En las universidades — contestó Diego—. Quiero profesores bien calificados que basen sus enseñanzas en el estudio y la ciencia; y que rechacen los métodos violentos de infundir disciplina.

La sonrisa de Sara fue ampliándose a medida que el discurso de Diego avanzaba. Como hija de un profesor de

Oxford, la nueva condesa apoyaba seguramente aquella forma de ver la enseñanza.

—No podría estar más de acuerdo —coincidió y volvió la atención a su esposo—Ni más orgullosa de que participes en algo así. Oh, me encantaría colaborar de alguna forma.

Robert tomó la mano de su esposa y le dio un ligero beso en el dorso.

—Sabía que dirías eso.

—¿Cuándo surgió esta idea? —preguntó Mary de repente, observando a Diego con

detenimiento.

Diego se quedó paralizado bajo el influjo de la intensa mirada. Menos mal que el conde decidió tomar la palabra, porque, si no, sabía que terminaría revelando cualquier detalle inoportuno.

—Esta vez yo no he tenido nada que ver. Todo ha sido cosa suya —dijo Robert, señalando con un movimiento de cabeza a su socio.

La atención de la mesa se centró nuevamente en él.

—Aun cuando esto no le reportará beneficios, ¿está

dispuesto a llevarlo a cabo? — preguntó Sara.

Robert soltó una carcajada y dio un pequeño golpe en la mesa, satisfecho de que su esposa también se hubiese percatado de lo extraño que sonaba que un reconocido hombre de negocios se embarcara en un proyecto completamente desinteresado.

—Ahí es justo adonde yo quería llegar —bromeó Robert—. Díganos quién es usted y qué ha hecho con mi amigo.

Diego lanzó un rápido y consternado vistazo al otro lado

de la mesa. Pero solo pudo percibir el brillo centelleante de los ojos azules de Mary. Si no reaccionaba pronto, tendría que reconocer delante de todos que su corazón se ablandaba por momentos y, de paso, revelaría también quién era la culpable. Claro que lo ayudaría bastante si dejase de observarlo como si fuera un maldito milagro de la naturaleza. Inspiró con fuerza y decidió recurrir a lo que más seguro le pareció en aquel momento: su cinismo.

—Nada se hace por nada, ¿no es cierto? —declaró insolente.

El conde se limpió los labios antes de dejar su servilleta sobre la mesa y lanzó una carcajada.

—Ya decía yo...

—Luton, no me ofende tu sarcasmo, así que deja de intentarlo —contestó Diego sonriendo—. Tan solo imagina todos los jóvenes genios que se esconden en las calles de Londres y que jamás descubrirán su potencial porque nadie les facilitó la posibilidad de hacerlo. Ahora, imagina lo que significa descubrir un talento así y hacerlo trabajar para ti.

Robert le devolvió la sonrisa, complacido. Aquel ya se empezaba a parecer al previsor y exitoso industrial que tan bien conocía.

—Señor Lezcano —interrumpió la condesa viuda, que hasta el momento los había escuchado en silencio—, lo que usted pretende sería modificar el orden de la vida. Eso solo le corresponde a Dios. ¿Acaso quiere que un niño de la calle aspire algún día a ser doctor o abogado o, incluso, rico? Ese no es el orden de las cosas, señor. Los que nacen para ser pobres han de acatar sus

destinos. Imagínese el caos en el que viviríamos si todos esos niños tuvieran aspiraciones. ¿Quién trabajaría entonces para nosotros?

El silencio se extendió por el comedor.

Por eso a Diego no le gustaba participar en aquellos debates de sobremesa y prefería guardar silencio. Así, siempre podía escuchar comentarios como aquel con una sonrisa indiferente. El no era bueno con las palabras; para eso tenía a Luton. El chantaje, el soborno y la manipulación, eran

campos que dominaba a la perfección y en los que la oratoria no servía para nada. Pero el discurso de la condesa viuda había prendido una chispa en su interior que había ido creciendo con cada palabra hasta transformarse en la gran llamarada que en aquellos momentos le abrasaba la sangre.

—Tal vez todos tengamos aspiraciones, milady —aseguró en un tono más mordaz que el que hubiera deseado—. Solo que, no a todos, la vida nos permite la ocasión de alcanzarlas. Lo que pretendo es ensanchar el margen

de las oportunidades para que el matrimonio deje de ser la única forma de crecer socialmente.

De golpe, otra oleada de silencio inundó la mesa.

A nadie pasó desapercibido la clara alusión de Diego a los orígenes de la condesa viuda. Como hija de un comerciante, todo el mundo sabía que Helen Luton se había valido de su belleza para atrapar al padre de Robert: el heredero de uno de los títulos de más notoriedad del reino.

Helen Luton se puso roja de

furia, pero fingió no darse cuenta de la ofensa para no contestar. Robert estaba de lo más satisfecho con la lección que su madre acababa de recibir. No solo porque pensara de aquella forma, sino porque no tenía ningún pudor en exponerla en voz alta. Sara meditó en la conveniencia de levantarse de la silla y dar un efusivo aplauso al señor Lezcano; sin embargo, decidió cambiar de tema.

—¿He mencionado ya que el duque de Devonshire nos ha invitado a la fiesta que celebrará en su palacio la próxima semana?

Robert sonrió con ternura a su esposa.

—Será una gran ocasión para que todos esos nobles rancios te conozcan —dijo, mientras volvía a besar su mano— y se enamoren perdidamente de ti.

—Ya tengo al noble rancio que quiero —contestó Sara devolviéndole una provocativa sonrisa a su marido—. Pero muchas gracias por el cumplido, milord.

La atención de Mary seguía todavía centrada en Diego y en su encendida diatriba sobre las

oportunidades. Tenía tantas ganas de hablar con él a solas y preguntarle si todo aquello se debía a su conversación sobre Eric, aunque tenía la certeza de que así era. Del mismo modo que sabía que no le había contado a su hermano nada acerca de su trabajo como diseñadora. Además, después de escucharlo, de lo que ya no le quedaba ninguna duda era de que, si quería descubrir los cimientos de los muros que Diego levantaba alrededor de su corazón, tendría que conocer su pasado. Estaba segura de que la clave se

encontraba en su infancia en España.

## CAPÍTULO 11

EL GRAN SALÓN DE BAILE DE DEVONSHIRE HOUSE ESTABA DE LO más concurrido aquella noche. Las fiestas del duque siempre atraían a un amplio número de invitados. Mary observaba la pista de baile repleta de elegantes parejas. Ya llevaba un buen rato a solas en el rincón de las debutantes. Su madre había insistido en acompañarla, pero, gracias a Dios, unas damas la habían entretenido con sus charlas. Las muchachas que estaban a su lado habían ido

abandonando sus asientos a medida que recibían invitaciones para bailar o pasear por el salón. Y ella se había quedado sola, como siempre, porque para realizar cualquiera de aquellas actividades necesitaba sus piernas. Aunque, después de diez años transcurridos desde su presentación en sociedad, ya estaba más que acostumbrada a aquella sensación. Era una solterona consumada y orgullosa. Pero esos pensamientos ya no la ponían triste como antes. Se había convencido de que su vida siempre sería diferente y ya no la

afectaba de forma negativa, sino todo lo contrario.

Aquella noche Mary se sentía algo más cansada de lo habitual ya que, desde el regreso de Sara, ambas habían vuelto a su rutina de ejercicios matinales. Todavía no le había confiado a su amiga su pesimismo acerca del éxito de aquellos ejercicios para hacerla caminar, pero por el momento no tenía intención de hacerlo, ya que no deseaba renunciar a aquel tiempo del que disponían a diario solo para ellas. Le gustaba tenerla de vuelta. Adoraba su forma de ser sincera y totalmente

desinteresada. Mary recordó con una sonrisa en los labios cuando, antes, cuando Sara aún era soltera, las dos observaban y comentaban con sarcasmo todo lo que pasaba en el salón.

Mary la buscó con la mirada y se percató de que Sara también la observaba. Llevaba un vestido color grosella con adornos dorados que ella misma le había diseñado. Había elegido aquel color porque ofrecía un contraste muy atractivo con los ojos negros y el pelo del mismo color de su cuñada. El sencillo peinado sin adornos y el collar de perlas

completaban con acierto el atuendo que la convertía en una de las damas más elegantes del baile. Mary se dio cuenta de que Sara le sonreía, mientras su marido la presentaba con orgullo poco disimulado a un grupo de personas. Ella le devolvió el gesto con afecto.

Los primeros días del matrimonio en Londres no estaban siendo todo lo fácil que deberían. Sobre todo debido a su madre, que se había empeñado en hacer de Sara una condesa ejemplar. Lo último de lo que se había enterado aquella misma

mañana era de que su madre había ordenado disponer las dos alcobas principales de la mansión: una para el conde y otra para la condesa. Puesto que creía del todo impropio que un matrimonio usase el mismo dormitorio cada noche. Mary no pudo evitar una sonrisa al recordar el monumental enfado de Robert cuando se enteró y la rapidez con la que todos los objetos de su esposa regresaron a sus aposentos.

Aunque Sara ya conocía su afición al dibujo, Mary aún no le había revelado la pequeña

asociación que mantenía con su costurera. Pero estaba decidida a hacerlo aquella misma semana, porque sabía que Sara sería su gran apoyo en su cometido de transformarse en una profesional del diseño. Bueno, además de Diego Lezcano que, tras su decisión de no revelarle el secreto a su hermano, se había convertido en su otro gran apoyo en aquella cuestión.

Al recordar al señor Lezcano, Mary volvió a echar otro vistazo al salón. Sabía que estaba allí, porque él mismo les había confirmado su asistencia durante

la cena que habían compartido hacía una semana. Todavía no lo había visto, y, sin embargo, todo su cuerpo mantenía una especie de alerta que le indicaba que él la observaba. El señor Lezcano siempre acudía a aquel tipo de fiestas con algún propósito comercial. Así que, si se encontraba allí, seguramente estaría hablando de negocios con algún grupo de caballeros. Pese a que nunca bailaba ni se esforzaba demasiado en ser agradable, a Mary no le había pasado por alto el efecto de fascinación que producía en las damas. Tenía que

reconocer que, aunque el hombre del que se había enamorado no era el más admirado de la ciudad, despertaba pasiones femeninas allá por donde pasaba. La extraña mezcla entre misterio y peligro que emanaba de él parecía ser algo irresistible para las mujeres. Seguramente, más de una había fantaseado con descifrar al atractivo y rico extranjero.

Mary volvió a escrutar el salón, pero no consiguió distinguirlo de entre los invitados. Aunque sí pudo observar que, en aquel momento, lady Cleveland se dirigía hacia ella, acompañada de

un hombre muy apuesto que no era su marido.

—Buenas noches, lady Luton — saludó la duquesa con una cálida sonrisa dibujada en su cara—. Espero que esté disfrutando de la fiesta.

Mary le devolvió la sonrisa y respondió su saludo; deseaba que se apartaran pronto de su campo de visión.

—Buenas noches, excelencia. Lo estoy pasando bien, muchas gracias.

—Lady Luton —anunció la duquesa—, me gustaría

presentarle a un amigo de nuestra familia que hace mucho que ansiaba conocerla. Permítame presentarle a Terrell Davenport, conde de Hampshire.

Lady Cleveland se apartó a un lado, y el desconocido dio un paso al frente. Mary reconoció a aquel nombre que había estado asociado a algún que otro escándalo de alcoba. Pero era la primera vez que veía al conde y tuvo que reconocer que era tremendamente apuesto. Era alto y esbelto, tenía el pelo de un oscuro tono dorado, y sus ojos verde esmeralda centelleaban

con un travieso brillo que a Mary la hizo sonreír en cuanto lo miró.

—Es un verdadero placer conocerla, milady —dijo el conde antes de inclinarse en una reverencia cortés y besar su mano enguantada.

—Mucho gusto, lord Davenport.

Mary fue consciente de que la duquesa se alejaba unos pasos; lo suficiente para que el conde y ella pudieran hablar sin quedarse completamente a solas. Aquel gesto despertó la curiosidad de Mary, ¿qué clase de interés

tendría lady Cleveland en que el conde y ella hablaran en privado? En seguida descartó aquellas cuestiones y se centró en la intensa mirada de lord Davenport.

—No sé si sabrá que es indebido mirar así a una dama, milord —dijo Mary, incómoda bajo el escrutinio de aquel caballero.

Él reaccionó pronto, aunque no dejó de observarla sin apenas disimulo.

—Discúlpeme, pero creo que no hay nada en este salón que

merezca la pena ser contemplado tanto como usted.

Aquella impertinencia no llegó a molestar del todo a Mary; estaba bastante acostumbrada a ser adulada por petimetres. Y todo en el aspecto de aquel hombre, con su perfecto traje de etiqueta, su manicura cuidada y el fuerte olor a perfume masculino, le indicaba que se trataba de otro más de aquellos jóvenes que se acercaban a ella por su dote. Aunque Mary deseaba casarse y tener niños con todo su corazón, jamás había querido a alguien así a su lado.

Mucho menos, después de saberse enamorada de Diego Lezcano y de comprobar lo feliz que era el matrimonio por amor de su hermano y Sara. Ella anhelaba algún día tener aquello mismo.

Pero el aburrimiento que sentía aquella noche la llevó a seguirle el juego al joven lord.

—Lord Davenport —lo reprendió Mary en un tono de falso disgusto—, no debería usted hablarle así a una pobre inválida. Imagínese que le creo y decido hostigarlo con mis

atenciones.

Él reconoció la broma y sus ojos verdes brillaron maliciosamente.

—No podría hallar una mortificación más placentera, milady.

Mary notó que se sonrojaba ligeramente por la desfachatez del desconocido.

Lord Davenport la observó con preocupación.

—Parece usted acalorada, milady. Permítame traerle un refrigerio —dijo él solícitamente, alejándose antes de que Mary

pudiera rechazar su ofrecimiento.

Mary buscó a su madre con la mirada, pero estaba demasiado enfrascada en las conversaciones de su grupo de matronas. A Sara y Robert ya los había perdido de vista. Disgustada, Mary contempló a lord Davenport regresar con dos copas entre las manos y pensó que nadie iba a rescatarla de su compañía.

—Aquí tiene.

Cuando Mary descubrió que el conde le ofrecía una copa de vino, se sorprendió gratamente. Estaba segura de que iría a

buscar un vaso de inocente limonada, como hacían todos. El gesto de Davenport de considerarla una mujer adulta y no una niña le gustó. Sonrió y tomó agradecida la copa, pensando que quizás el conde no fuera una compañía del todo desagradable durante un rato.

Davenport chocó su copa contra la suya.

—Por esta noche —brindó.

Mary dio un sorbo al ardiente líquido y sonrió.

—No sé si debería aceptar de alguien como usted algo que

pueda afectar a mi raciocinio.

Davenport volvió a sonreír y esta vez una hilera de blanquísimos dientes contrastó con el tono ligeramente bronceado de su rostro.

—Exijo una explicación de inmediato, milady. Porque estoy a esto de ofenderme —contestó haciendo un gesto con los dedos índice y pulgar.

—Mi intención no era ofenderlo —manifestó Mary—. Pero debe reconocer y aceptar que su fama de libertino lo precede, milord.

Davenport pareció más divertido aún después de su respuesta.

—No se crea ni la mitad — declaró él, al mismo tiempo que se inclinaba sobre ella y sus ojos verdes la estudiaban con descaro —. ¿Sabe que es usted preciosa?

Mary ladeó la cabeza y le lanzó una desconfiada mirada.

—Creo que las habladurías ni se acercan a describir lo peligroso que es usted, milord —exclamó circunspecta—. Y creo, además, que no debería escucharlo.

Davenport se llevó la mano

derecha al pecho.

—Tocado —respondió con gravedad—. ¿Qué debería hacer entonces un caballero, según usted, para poder decirle a una dama que le gusta lo que ve?

Mary observó cómo en aquellos momentos los invitados comenzaban a dirigirse hacia las puertas de cristal que conducían a la gran terraza del palacio de Devonshire. Los criados, ataviados con elegantes uniformes, les indicaban que salieran porque el duque tenía una sorpresa para todos ellos.

Mary volvió a centrar su atención en lord Davenport y recordó su pregunta. Dispuesta a librarse por fin de la compañía del caballero y encaminarse al exterior con el resto de los invitados, Mary le respondió en tono cortante.

—Cualquier caballero que se precie de serlo, tendría que aprender a mantener las reglas generales del cortejo; antes de asaltar a una dama y abrumarla con halagos indeseados, podría, no sé, comenzar por enviarle flores, por ejemplo. De ese modo, ella conocería su interés y

decidiría si aceptarlo o no sin imposiciones.

Mary giró y condujo su silla hacia el exterior. Pero sus planes para que Davenport la dejase en paz no obtuvieron el éxito esperado, ya que el hombre en seguida estuvo a su lado.

—Permítame llevarla — exclamó solícito, mientras agarraba su silla.

Mary se paró en seco y lo miró con desagrado.

—Puedo sola, lord Davenport.

Él soltó las asas de la silla, pero no se alejó de ella.

Todos los invitados se concentraron en la gran terraza de Devonshire House. La noche era clara y calurosa, pese a estar todavía a finales de mayo, el cuarto creciente de la luna permitía una perfecta visión del astro en el cielo de Londres. Los extensos jardines de Devonshire House ofrecían un maravilloso espectáculo iluminados con antorchas y pequeños farolillos de papel. Más allá, los jardines de Berkeley Square se veían igual de magníficos, aunque menos resplandecientes que los del duque.

Mary se colocó junto a la balaustrada de piedra y observó encantada cómo en aquel momento el cielo se iluminaba con el brillo de decenas de fuegos artificiales. Todos los asistentes profirieron exclamaciones de sorpresa y júbilo. Mary levantó la cabeza y los observó encantada, saboreando la forma en que la brisa nocturna jugaba con sus rizos.

—¿Le gusta, milady?

La voz de lord Davenport junto a su oreja la molestó enormemente. Pero, cuando

Mary volvió su cara para decirle que la dejase en paz de una buena vez, una oscura figura al otro lado de la terraza captó su atención. Entre todas las cabezas dirigidas al cielo, solo aquella, de cabellos oscuros como el azabache, la observaba a ella. Mary lo reconoció en seguida, porque toda su piel hormigueó bajo el escrutinio del hombre que había ocupado sus pensamientos durante toda la noche. Aunque no podía distinguir por completo su cara entre las sombras, el brillo diabólico que captó en sus ojos negros le indicó que quizá

no debía deshacerse tan pronto de la compañía de lord Davenport.

Mary le devolvió una cándida sonrisa al conde y le tocó ligeramente el antebrazo. El parecía muy complacido con el gesto. Ella miró de nuevo hacia las sombras de la terraza. Absurdamente decepcionada, comprobó que allí ya no había nadie.

Diego se envolvió en su capa de gala y bajó la gran escalinata de entrada a Devonshire House con

paso fuerte, decidido a salir de allí cuanto antes. El trasiego de coches era constante frente al palacio. Un lacayo se acercó a él y le aseguró que su vehículo vendría en seguida. Diego asintió, pero una repentina e inquietante sensación de ahogo le impidió quedarse quieto y lo instó a andar.

—Señor, aguarde por favor — exclamó el criado.

Diego ya se alejaba a grandes zancadas por el amplio sendero de grava. Salió a Picadilly donde la gente contemplaba alborotada

los fuegos artificiales que iluminaban la noche de Londres. Diego avanzó abriéndose paso a codazos, mientras cada estallido en el cielo resquebrajaba su mente.

Seguramente, Mary todavía estaba en la terraza junto a lord Davenport. Aquel hombre se había acercado a ella y no se le había despegado en toda la noche. No había conseguido indagar demasiado acerca de él; algunos caballeros parecían reacios a darle información. Pero Diego había averiguado lo necesario: Terrell Davenport era

un conde con una familia de arraigado abolengo desde hacía generaciones. Y él mismo, bueno, él ni siquiera sabía quién era su padre; incluso dudaba de que su madre lo hubiese sabido con exactitud. Diego sonrió con ironía al recordar a su madre. Suponía que aquel era un problema bastante común entre las prostitutas del puerto. Todo lo que le había quedado de ella era su nombre.

—Diles a las monjas que te llamas Diego —susurró aquella mujer, sollozando y besándolo en la frente mientras lo abandonaba

—. Yo volveré en menos de una semana.

Él la aguardó sentado en las escaleras de piedra del convento durante días. Pero su madre no regresó nunca.

No era nadie y no tenía nada que ofrecer. Diego no había llegado a aquella conclusión solo porque Mary Luton pareciera interesada por primera vez en las atenciones de un joven de su clase, sino que siempre la había tenido muy presente. Pero, por alguna razón, todo lo que había pasado entre ellos durante los

últimos meses lo había hecho albergar estúpidas esperanzas.

Sabía que la ardiente tenaza que lo estaba desgarrando por dentro tenía un nombre: celos. Pero también sabía que los celos —aparte de complejos e inseguridades, de los que iba disimuladamente bien servido— consistían en el temor a perder algo que uno tenía; y, por más que le pesara, Mary no era suya y no lo sería jamás.

"Sé que, si pasara, no podría ser con ningún otro." Las palabras de ella le habían alimentado el

alma cada noche, permitiéndole soñar. "Mierda de sueños", pensó asqueado. Un aguijón de furia lo incitó a ir más deprisa hasta que su paso acelerado se convirtió en una carrera a toda velocidad. Su capa ondeaba al viento mientras atravesaba Trafalgar Square como si lo persiguieran todos los demonios del infierno. Siguió la avenida Strand y giró en la segunda bocacalle. Conocía un local en Craven Street en el que todas las noches se organizaban peleas. Eso era exactamente lo que él necesitaba en aquellos momentos: pegar, golpear, partir

varios huesos o, si no, que alguien le hiciera el favor de romperle la cara y dejarlo sin conocimiento.

Quince minutos más tarde, Diego se libraba del frac de su traje de gala y lo mismo hacía con el chaleco y la corbata. Se arremangaba la camisa y soltaba el primer puñetazo.

## CAPÍTULO 12

"ESPERO QUE ESTE SEA UN BUEN COMIENZO. T. D."

Mary releyó la nota del primer ramo de rosas rojas que había llegado antes del amanecer. Teniendo en cuenta que no habían dejado de llegar flores en toda la mañana, aquellas letras de lord Davenport adquirirían a cada hora un mayor significado. Aunque el conde y ella habían mantenido una conversación bastante divertida, Mary meditó, algo confundida, si aquel hombre

estaba dispuesto a cortejarla en serio, a pesar de que la noche anterior ella se había deshecho de su compañía en cuanto había comprobado que el señor Lezcano ya no estaba en la fiesta.

—¿Quieres que lo dejemos por hoy?

La voz de Sara la devolvió a la realidad. Ya llevaban varias horas dedicadas a su entrenamiento matinal, y ambas estaban despeinadas y cansadas.

—Sí, por favor.

Sara se aproximó hasta ella y observó la nota.

—Lord Davenport ha debido de gastarse una fortuna.

—Sí, es una pena que las rosas no me gusten.

—Pues son muy bonitas —dijo Sara, en tanto acariciaba una de ellas.

Mary frunció los labios en señal de desagrado.

—Pero tienen espinas. Y tú sabes lo poco que me gustan las espinas.

Sara asintió y sonrió ampliamente al recordar la vez en que Mary casi quedó atrapada por un rosal al intentar rescatar

su sombrero favorito, que se había enganchado en el matorral tras haber sido arrastrado por el viento. Ella, tan intrépida como siempre y decidida a recuperarlo, había trepado por el espino hasta quedar atrapada. Menos mal que el señor Lezcano estaba cerca y había acudido en su ayuda antes de que las espinas la lastimaran.

—¿Sabes, Mary? Aunque prometí a tu hermano que no te lo diría, creo que debes saber que lord Davenport ha pedido permiso para cortejarte.

Mary la miró alarmada.

—¿Y Robert ha consentido?

—Tu hermano cree que debes ser tú la que decida.

Mary volvió a observar la nota de lord Davenport y suspiró. Bueno, sus sospechas habían quedado confirmadas: el conde la pretendía.

—¿Piensas aceptarlo? — preguntó su cuñada arrodillándose frente a ella y tomándole las manos.

Mary contempló su cara y una sonrisa melancólica acudió a sus labios.

—Creo que no voy a poder —

dijo antes de que el llanto que pujaba por salir de su garganta le quebrase la voz.

Sara buscó su pañuelo y le secó las lágrimas.

—Oh, cariño, ¿qué ocurre?

El llanto de Mary brotaba ya libremente.

—Yo no podría enamorarme de él jamás —balbuceó.

—Pero ¿por qué dices eso? Tal vez, si lo conocieras un poco mejor...

Mary negó impetuosamente con la cabeza. Decidió que, si no abría su corazón y liberaba

aquella angustia que le pesaba como un millón de piedras, se moriría en aquel mismo instante.

—Amo a otro, Sara —anunció.

Su amiga escrutó su cara con atención, y, cuando Mary creyó que iba preguntarle el nombre, Sara la sorprendió.

—Al señor Lezcano, ¿verdad?

Mary volvió a estallar en sollozos.

—¿Es que soy tan condenadamente evidente?

Sara sonrió y le acarició la mejilla con ternura.

—Oh, Mary, hace tanto que lo

sospechaba. Me alegro tanto por ti y por él. Me alegro mucho por los dos.

Mary se sonó en el pañuelo y la miró confundida.

—No deberías, porque soy muy desgraciada. Además, ¿por qué tendrías que alegrarte por él?

Ahora era Sara la que parecía no entender.

—Porque él también te ama, estoy segura de ello. Me he dado cuenta de cómo te mira cuando cree que nadie lo ve.

Mary negó con fuerza y lloró de nuevo.

—No, Sara. Él no me quiere.

—Pero ¿cómo estás tan segura?

—preguntó su cuñada justo antes de que sus ojos se agrandaran por la sorpresa—. Oh, Mary, ¿tú no habrás...?

—Si lo que tratas de preguntarme es si me he declarado, la respuesta es no. Pero he intentado aproximarme, hacerle saber que me interesa. Y él siempre me rehúye.

Sara esbozó una sonrisa comprensiva.

—Pero ¿cómo? —preguntó antes de proseguir con su

discurso tranquilizador—. Verás, Mary, a diferencia de nosotras, puedo decirte por experiencia que los hombres no tienen ninguna capacidad para percibir las sutilezas.

Mary no pudo evitar devolverle una apagada sonrisa.

—Tú me conoces, Sara, y sabes que puedo ser cualquier cosa menos sutil.

Mary notó la mueca de asentimiento de su amiga, pero no se sintió ofendida. Más que nunca necesitaba librarse de aquella sensación de angustia

que le oprimía el pecho y sabía que ella la comprendería. Entonces decidió que aquel sería un momento tan bueno como cualquier otro para revelarle a Sara todos sus secretos.

Aquella mañana, Diego recorrió a toda velocidad la distancia que separaba su hotel de Luton Hall. El conde y él debían ver un par de terrenos al este de la ciudad. Estaban tardando demasiado en adquirir una finca para la construcción del hogar, así que debían agilizar cuanto antes

aquel engorroso trámite.

Diego había intentado que los niños fueran admitidos en algún colegio para sacarlos cuanto antes de aquella pocilga en la que vivían: había llegado a ofrecer cantidades ingentes de dinero dispuesto a conseguirlo. Pero ninguna institución de buena reputación estaba dispuesta a acoger a diez niños, no a todos juntos. Eric le había asegurado que, si los separaban, se escaparían para reunirse de nuevo. Diego comprendía muy bien al niño, puesto que él habría hecho lo mismo. Por lo que optó

por la solución más rápida: se los llevó a todos al San Telmo. Casi dos semanas después, había tenido que subir el sueldo a todo el personal del hotel para evitar que dimitieran. Tanto chiquillo correteando por todas partes y curioseándolo todo podía volver loco a cualquiera.

Aquella misma mañana, y debido a los golpes recibidos la noche anterior, Diego se había levantado con un buen dolor de cabeza. Lo primero que observó al despertarse fueron los ojillos color miel de Eric contemplándolo con sumo

interés.

—¿Sabe que ronca? —preguntó el niño.

Sentado en su cama, el chico no dejaba de mirarlo. Diego se incorporó colocándose un almohadón en la espalda, y decidió pasar por alto su pregunta.

—¿Qué haces aquí, Eric? —rezongó, mientras enfocaba la imagen de su carita sonriente.

Un dolor agudo le atravesó la frente e inmediatamente se llevó una mano a la cabeza.

—¿Ganó la pelea? —preguntó

Eric al percibir sus ojos rodeados de una aureola violeta y el labio hinchado.

Diego lo miró con cara de pocos amigos. Para su desdicha, ninguno de los púgiles con los que se había enfrentado la noche anterior había conseguido derribarlo.

—Lárgate a desayunar —gruñó, levantándose de la cama.

Pero sus regaños ya no hacían el mismo efecto que antes en el niño, porque ya no le temía. Eso lo llevaba a emplear mucho más tiempo y argumentos para

conseguir que Eric le hiciese caso. A pesar de todo, Diego se alegraba de que ya no le tuviera miedo.

El chico se puso de pie sobre el colchón y comenzó a dar pequeños saltitos sobre la cama.

—¿Ganó o no ganó?

Diego se volvió hacia él y lo tomó en brazos para bajarlo al suelo.

—Gané —contestó, sin poder evitar sonreír ante el gesto de orgullo que Eric le devolvió.

—¿Visitará hoy a la señorita Mary?

Diego tardó un poco en asimilar su pregunta. Sabía que el niño no había olvidado a Mary; la consideraba su amiga y, para su desgracia, le gustaba hablar de ella a diario. Aquella mujer había conseguido en muy poco tiempo hacerse un hueco en el corazoncito de Eric. Diego no podía dejar de identificarse con él; Mary Luton se colaba con sigilo muy adentro sin que uno apenas se diera cuenta.

—Debo visitar a su hermano, pero puede que ni siquiera me la encuentre —contestó Diego, decidido a que no le afectase el

desasosiego de no saber cuándo la volvería a ver.

—¿Puedo ir con usted?

—No.

Pero el niño pareció no darse por vencido.

—Ahora ya no trabajo para usted —arguyó, y se volvió a subir a la cama—. Así que ya puedo *contrafernizar* con ella.

Diego terminó de atarse el batín y lo miró confundido.

—¿Contra... qué?

—Usted me dijo que no podía *contrafernizar* con la señorita Mary mientras la vigilaba —

explicó Eric saltando otra vez sobre el colchón—. Intuyo que significa que no podía hablar con ella. Pero ahora que ya no trabajo para usted podré volver a visitarla, ¿no?

Diego no pudo evitar sonreír ante la argumentación del niño.

—Intuyes bien, y se dice "confraternizar" —dijo agarrándolo bajo el brazo y sacándolo de la habitación—. De todos modos, no; no puedes volver a visitarla.

Eric gritó de alegría cuando Diego lo subió al hombro como si

fuera un fardo. Los dos entraron riendo en la salita privada donde los esperaba un succulento desayuno.

Eric había conseguido hacerlo olvidar su dolor de cabeza por unos momentos. Pero ahora que ya había llegado a Luton Hall, su malestar lo asaltó de nuevo. Llamó a la puerta de la mansión y aguardó.

Cuando el mayordomo lo hizo pasar, un fuerte olor inundó sus fosas nasales. En seguida pudo constatar que aquel intenso aroma provenía de las decenas

de jarrones repletos de rosas que se distribuían por todo el vestíbulo de la mansión. En medio de aquel jardín, Luton, con las manos en la cintura, observaba con el ceño fruncido el ir y venir de su madre trasladando flores de un lugar a otro.

—Sea lo que sea, madre —decía el conde—, nada le da derecho a convertir mi casa en un invernadero.

—Oh, Robert, hijo —contestó Helen Luton disgustada—, ¿es que no te das cuenta de que esto

es lo más importante que le ha pasado a la familia en años?

Robert se percató entonces de la llegada de Diego.

—Menos mal —exclamó mirando al cielo—. Al fin alguien con sentido común.

Diego sorteó algunos jarrones que había en el suelo y se aproximó a su amigo, sonriendo por su cara de desesperación.

—¿Qué es todo esto? —preguntó.

La condesa, que parecía haber abandonado de muy buen grado la reclusión en su habitación,

pasó frente a ellos sonriéndole al ramo de flores que llevaba entre las manos. Robert la observó malhumorado y giró tan rápido que a punto estuvo de derribar uno de aquellos floreros.

—¡Salgamos de aquí, por favor!

Cuando entraron en el estudio, Robert se dirigió directamente al mueble de los licores.

—¿Quieres una copa? Porque yo necesito una doble.

Diego cerró la puerta y se acercó hasta donde estaba el conde con una sonrisa de desconcierto.

—Para mí simple, por favor. ¿Quieres decirme lo que pasaba ahí fuera?

Robert le pasó la copa antes de dejarse caer sobre el sillón de su escritorio. Diego hizo lo propio en una de las butacas que había frente a la gran mesa de roble.

—Lord Davenport ha decidido cortejar a mi hermana. Las rosas son suyas; no han dejado de llegar en toda la mañana.

Diego se puso rígido, la sonrisa se le congeló en la boca y todas las alarmas de su cuerpo se dispararon a la vez.

—¿Ha aceptado? —preguntó con brusquedad.

Robert volvió a dar otro sorbo y pareció no darse cuenta de los turbulentos pensamientos que afectaban a su interlocutor.

—Que yo sepa, todavía no le ha dado una respuesta —dijo haciendo una mueca—. Es por eso que no veo la necesidad de que convierta mi casa en un maldito jardín.

—¿Cómo que tú sepas? —gruñó Diego—. Tú eres su hermano, el que debe conceder el permiso.

Dada la rudeza de su voz, la atención de Robert se centró de nuevo en él.

—¿Sabes, Lezcano?: me preocupas —declaró, observándolo con detenimiento—. Desde mi regreso no pareces el mismo. ¿Qué te ha pasado en la cara?

Diego recordó su estado y en un acto reflejo se tocó el ojo.

—No es nada...

—Alguna vez deberías probar arreglar las cosas hablando.

Diego se levantó con rapidez de la silla y depositó la copa sobre el

escritorio con tanta fuerza que parte del líquido se derramó en la madera.

—¡Maldita sea, Luton, no me sermonees! ¿Has dado o no el permiso a Davenport?

—Tranquilízate, ¿quieres? Solo le he dicho que es mi hermana la que debe decidir.

Diego comenzó a pasear de un lado a otro de la habitación. Sentía que, si no se movía, en cualquier momento entraría en combustión.

—Definitivamente, estás loco. El matrimonio te ha obturado el

sentido. —Diego miró a su socio y continuó increpándolo mientras señalaba la puerta con un dedo—. Por lo que he visto en el vestíbulo, tu hermana le habrá dicho que sí. Le has dado vía libre a un tipo que podría ser un violador o un asesino.

Robert observaba con una mueca de incredulidad el ir y venir de su amigo.

—Diego —dijo por fin, después de varios intentos por interrumpir su perorata—, sé que te preocupas por mi hermana y te estoy muy agradecido. Yo mismo

te pedí que lo hicieras durante los últimos meses. Pero de momento no tienes por qué alarmarte. Mary no le ha respondido todavía, y pienso investigar el pasado del muchacho antes de dar el permiso para la boda. Lord Davenport es un conde, y se le supone un caballero. Comprende que no tengo argumentos para negarle el acceso a mi hermana.

En cuanto Diego escuchó la palabra "boda", algo se le desgajó en el pecho.

—¿Quieres argumentos? —

voceó, dirigiéndose a grandes zancadas hacia la puerta—. Yo te traeré argumentos, maldita sea.

Después del portazo, Robert permaneció mirando en la dirección por la que su amigo acababa de irse extrañamente airado, y se preguntó a qué se debían todos aquellos cambios en alguien tan indiferente como Diego Lezcano. Después de un buen rato dándole vueltas al asunto sin llegar a ninguna conclusión satisfactoria, decidió ir en busca de la única persona que siempre lograba ponerlo de buen humor.

Se puso de pie y fue a buscar a Sara, esperando que ella consiguiese hacerle olvidar aquella mañana de locos.

## CAPÍTULO 13

ROBERT ENCONTRÓ A SU MUJER EN EL CORREDOR DEL PRIMER piso, cuando salía del cuarto de su hermana. Llevaba su sencillo vestido revuelto y el pelo despeinado de una forma encantadora. Hasta con aquel aspecto era capaz de excitarlo con solo mirarla. Se acercó hasta ella y la tomó por la cintura aprisionándola contra la pared.

—Buenos días de nuevo, señora —murmuró junto a su oreja—. ¿Cómo van esos

ejercicios?

Sara echó la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a la cara, y le sonrió con dulzura.

—Todo marcha sin grandes cambios, aunque tu hermana siempre consigue agotarme.

Robert le retiró una guedeja de pelo negro de la frente y cubrió la generosa boca de Sara con la suya. Le tomó la barbilla con una mano, mientras con la otra le exploraba el pecho, el costado, y le apretaba la cadera. Sara gimió de placer contra su boca. Tenía que reconocer que la portentosa

estatura de su esposo y sus fuertes hombros siempre le habían infundido aquella maravillosa sensación entre la dominación y la seguridad total. En tanto se puso de puntillas y se abrazó a su cuello, pensó en cuál sería la estrategia a seguir para contarle a Robert todo lo que Mary acababa de confesarle. "Bueno, supongo que poco a poco", decidió, aunque sin mucha seguridad. Dado el exceso de protección al que Robert había sometido siempre a su hermana, Sara sabía que fuera cual fuera la forma en que se enterara, la

reacción de su marido sería completamente exagerada.

Cuando se dio cuenta de que él la empujaba hacia su habitación, Sara se escurrió de entre sus brazos.

—Ahora no, Robert —exclamó riendo mientras lo esquivaba y conseguía escabullirse.

Robert la atrapó de nuevo sin ninguna dificultad. La tomó en brazos y avanzó a grandes zancadas por el corredor.

—Voy a encerrarte el resto del día en nuestro cuarto. Pero no temas, que yo me quedaré a

hacerte compañía —susurró, al mismo tiempo que en su bonita boca se dibujaba una sonrisa provocativa.

Sara, a la que no dejaba de fascinar la velocidad con la que a su marido se le despertaba la libido, se convenció de que iba a ser muy difícil poder dedicar el resto de la mañana a pensar en lo que Mary le había revelado. Al recordar las lágrimas de su amiga, Sara decidió que aliviar su sufrimiento era lo más importante en aquellos momentos. Ella necesitaba decidir cómo hacerlo. Lo que

Robert le estaba haciendo con los labios en el cuello no la ayudaba a pensar en absoluto.

—Estate quieto —dijo, empujando sus puños contra el duro pecho de él—. Ahora no puedo, Robert, te lo digo de verdad. Déjame en el suelo, por favor.

Robert la miró a los ojos y comprobó que hablaba en serio.

—Dios mío —imploró quejumbroso mirando al cielo—, ¿es que hoy todo el mundo piensa volverme loco?

—¿Por qué dices eso? —

preguntó Sara acariciando con ternura la rasurada mejilla de su esposo, mientras la bajaba al suelo.

—Mi hermana, mi madre, mi socio. —Robert volvió a abrazarla y a apretarla contra él—. Y ahora, tú —gimió antes de plantarle otro abrasador beso en los labios.

Sara apartó la cabeza hacia atrás.

—¿El señor Lezcano ha estado aquí? —preguntó, esforzándose en mantenerlo a raya.

—Sí,                   teníamos                   que

inspeccionar unos terrenos para el colegio. Pero en cuanto vio las flores y le hablé de Davenport se puso como un loco. Antes de marcharse dando un portazo me llamó "irresponsable" y dijo algo así como que el conde podría ser un asesino.

—¿De veras?

Robert asintió y observó con diversión los centelleantes ojos de su mujer.

—Ay, ¡pero eso es de lo más maravilloso! —exclamó Sara dando unos saltitos de alegría antes de abrazarse de nuevo a su

cuello.

Robert recibió la espontánea caricia con una sonrisa gutural.

—¿Me lo explicas? —preguntó, buscando de nuevo los oscuros ojos de su esposa con la mirada.

—Luego —susurró ella antes de darle un apasionado beso en la boca—. Ahora quiero que me, ¿cómo era?, ah, sí, que me encierres en el cuarto el resto del día.

—¿Sabes, mi querida Sara? —dijo él lanzándole una apasionada mirada—. Antes me equivocaba por completo.

Ella lo contempló confundida.

—La única que consigue enloquecerme del todo eres tú — explicó Robert.

Sara levantó la cabeza y le besó el cuello.

—Te amo y te amaré siempre, aunque te conviertas en un loquito sin remedio.

—El único peligro al que me expongo cada día es volverme todavía más loco por ti — declaró el conde con ternura.

—Llévame a la cama, Robert.

Sin más demora, él la tomó en brazos.

—Será un placer, milady.

Dos semanas más tarde, Diego salía de lo más satisfecho de White's. Aunque él no formaba parte del club y personalmente prefería otros establecimientos, como Almack's, se había enterado de que Davenport pasaba allí buena parte del día. Entonces, no le había quedado otra alternativa más que convencer a unos cuantos miembros para que lo invitaran. El hecho de que algunos socios del club le debieran mucho dinero, había

influido de manera determinante en su buena disposición para recomendarlo como su invitado. Diego sabía que un extranjero con orígenes tan dudosos como los suyos no era en absoluto bien recibido por el resto de los miembros. En ningún momento le habían pasado desapercibidos los silencios que se extendían por las estancias en cuanto él hacía aparición, o cómo los supuestos caballeros cuchicheaban a su paso, o cómo se excusaban y levantaban para no compartir una mesa con él.

Pero lo cierto era que a Diego

no le importaban lo más mínimo todos aquellos comportamientos. Si los miembros de White's hubieran tenido idea de que los intereses del español habrían dejado muy lejos de sentirse integrado en su sociedad, dejarían en seguida de intentar excluirlo. A Diego no le interesaba ni una maldita cosa de ninguno de ellos. Bueno, sí, solo de uno: todo acerca de Terrell Davenport le concernía. Aunque los nobles siempre estaban más que dispuestos a criticar las debilidades de sus semejantes, tuvo que reconocer que conseguir

la información que deseaba le había llevado mucho más tiempo del previsto. Todavía no sabía cómo, pero el conde ejercía algún tipo de poder sobre sus colegas, lo que hacía que se mostrasen de lo más reacios a proporcionarle los datos que buscaba. Pero afortunadamente para Diego, los aristócratas carecían y ansiaban algo que a él le sobraba: el dinero.

Así que para obtener toda la información que deseaba sobre Davenport, únicamente había tenido que regatear una cantidad y *voilà*. Ahora ya conocía el

motivo por el cual al conde le urgía tanto comenzar a cortejar a Mary: estaba en la absoluta ruina y estimaba que la suculenta dote que Luton había asignado a su hermana lo iba a sacar de más de un aprieto.

Diego caminó por la calle St. James decidido a indagar todo lo posible en el problema de Davenport. Una sonrisa malévola le curvó la boca mientras recorría a grandes zancadas la distancia que separaba el club de su hotel. ¿Luton quería argumentos? Pues él acaba de encontrar uno tan grande como la abadía de

Westminster. Estaba claro que el interés repentino del conde en Mary tenía que deberse a algo de fuerza mayor. Y la ruina encajaba a la perfección dentro de aquella categoría.

"Rosas, por el amor de Dios, le ha regalado rosas", pensaba Diego despectivamente, en tanto se llevaba una mano al bolsillo y sacaba una pequeña margarita de tela. "Aquel tipo no la conoce en absoluto. Ni siquiera sabe que a Mary no le gustan las rosas, que prefiere flores menos pretenciosas como esta margarita." Diego acarició con los

dedos la pequeña flor de tela que había arrancado al sombrero de Mary el día en que se había enganchado en un rosal. Rosal al que ella estuvo a punto de caerse intentando rescatarlo. Si no hubiera sido porque él había llegado justo a tiempo de evitar que se hiciese daño. Diego no se dio cuenta, pero sonreía como un tonto al recordar que aquella había sido la primera vez que la había tomado en brazos. La primera vez que la había reprendido y, por consiguiente, también la primera vez que habían discutido. Después de

asegurarse de que Mary estaba a salvo, él regresó al arbusto a buscar el sombrero para devolvérselo. Pero antes le había arrancado aquella flor de tela que, desde entonces, llevaba consigo a todas partes como una especie de amuleto. Sabía que era una tontería, pero guardar aquella pequeña parte de algo importante para ella hacía que la poseyera de algún modo. Aunque todo lo que pudiera pertenecerle de Mary fuera algo tan insignificante como aquella pequeña flor de tela.

Diego llegó a su hotel y decidió

que al día siguiente comenzaría todas las indagaciones pertinentes a la situación financiera de lord Davenport. Si su problema era el dinero, nadie mejor que él para descubrir hasta el último detalle. Diego conocía bien las puertas que debía tocar para informarse del estado de las cuentas del conde.

Mary levantó la cabeza y observó el apuesto perfil del hombre que la acompañaba. Con aparente aire sereno, lord Davenport paseaba a su lado con

las manos entrelazadas a la espalda. Ella se había dado cuenta de algunas de las miradas de desesperación que el conde le había dedicado mientras trataba de ajustar sus pasos a la escasa velocidad con la que ella era capaz de empujar su silla por el camino de tierra de Hyde Park.

Desde la fiesta en Devonshire House, los dos habían vuelto a coincidir en un baile y una velada musical. Mary estaba empezando a sentirse un poco abrumada por las excesivas atenciones del caballero. Durante toda la semana no habían dejado de

llegar regalos de su parte: alhajas de gran ostentación que poco o nada tenían que ver con sus preferencias.

De modo que, cuando el día anterior había recibido la invitación de lord Davenport para que lo acompañara a pasear por Hyde Park, Mary decidió que aceptaría. Ahora que conocía las intenciones de cortejarla del conde, no podía dilatar más el momento de hablar con él e impedir que siguiese adelante con sus planes. Porque, aunque disfrutaba del sentido de humor algo sarcástico de lord Davenport

y debía reconocer que era uno de los hombres más atractivos que había conocido, nunca podría corresponder a sus atenciones. Además, había algo en su forma de mirar que casi siempre terminaba poniéndola nerviosa. Era como si lo que decían sus ojos nunca coincidiese con lo que expresaba su boca. "Sí", pensó Mary lanzándole otra mirada de soslayo, "lord Davenport puede llegar a ser bastante inquietante."

Mary observó que habían llegado al estanque y decidió que aquel sería un lugar tan bueno

como cualquier otro para hablar con él. El sol de junio se reflejaba en la superficie y arrancaba fulgurantes y cegadores destellos del agua del embalse. Mary frenó su silla y sacó una bolsita con migas de pan para lanzar a los patos. Lord Davenport se acomodó a su lado en uno de los bancos de piedra que había frente al estanque. Mary giró la cabeza y vio que su doncella los seguía a unos cuantos metros. Daisy fingía estar de lo más interesada en una parte de la vegetación de los jardines para permitirles cierta intimidad, pero

sabía que, en el fondo, la doncella estaba muy atenta a salvaguardar la reputación de su señora.

Mary comenzó a lanzar comida a los patos, que pronto acudieron junto a ella.

—Lord Davenport... —inició la conversación, aunque el tono le salió algo indeciso. Tenía que reconocer que estaba algo nerviosa; nunca había tenido que rechazar a nadie. No era una situación de lo más habitual para una mujer como ella.

—¿Sí?

El levantó las cejas en un estudiado gesto de interrogación, y sus ojos color verde centellearon al percibir el nerviosismo en su voz.

Mary dejó de arrojar migas y lo miró directamente.

—Verá, lord Davenport, hace días que quiero hablar con usted sobre un asunto...

—Oh, Mary —la interrumpió él arrodillándose frente a su silla y tomándole impetuosamente las manos—. Soy yo el que debe hablar primero. Quiero decirle, milady, que ardo en deseos de

confesarle lo mucho que la admiro y que sería un honor para mí pedirla en matrimonio a su hermano. Además, quiero decirle que, si usted aceptara ser mi esposa, me haría el hombre más feliz de Inglaterra.

La mandíbula de Mary se aflojó en un gesto de incredulidad total. Conocía la intención de cortejarla de lord Davenport, pero jamás había sospechado que sus sentimientos estuvieran tan avanzados. Aunque "avanzados" tal vez no fuera la mejor definición. Pasados de la raya, quizá, o completamente

desproporcionados. Sí, mucho mejor. Por el amor de Dios, si solo había conversado con él en un par de ocasiones, ¿cómo podía estarle hablando de aquella forma tan impropia?

Por la reacción de la muchacha, lord Davenport creyó que estaba a punto de echarse a sus brazos y aceptar su proposición. Él siempre sabía calcular la dosis justa de drama y romanticismo para dejarlas boquiabiertas. Sin embargo, la reacción de lady Luton no fue exactamente la que él se esperaba. Su expresión perpleja pronto dio paso a otra

de irritación. Frunció sus hermosos labios y comenzó a negar con la cabeza. Entonces todo el cuerpo de lord Davenport se puso alerta.

—Milord, ¿cómo es posible que...? —Mary apenas era capaz de balbucear una respuesta coherente—. Yo no puedo casarme con usted.

Lord Davenport le lanzó una inquieta mirada.

—¿Cómo que no, si todo lo que ha hecho hasta el momento indica lo contrario?

—Por favor, milord —murmuró

completamente roja de aprensión —. Creo que no le he dado ningún motivo que le dé derecho a hablarme con tan poco decoro.

Él parecía haber captado el significado de sus palabras y su alarma pronto se convirtió en furia contenida.

—¿Me está usted rechazando?  
—refunfuñó, incorporándose de inmediato.

Mary tuvo que levantar la cabeza para mirarlo a la cara.

—Lo siento, milord. Pero nunca he tenido intención de que nuestra relación fuera más allá de

la amistad que creo que nos une.

—¿Amistad? —gruñó él muy cerca de su cara—. ¿Usted tiene idea de todo lo que me he gastado en regalos, milady? ¿Qué clase de tonto cree que invierte una fortuna así en una mujer si no es con intención de cortejarla?

Mary bajó la vista y descubrió que efectivamente había esperado demasiado para hablar con el conde. Aunque daba la impresión de que lord Davenport estaba más preocupado por el tiempo y el dinero que había consagrado a ella, que por

conocer el motivo de su negativa. Gracias al cielo, Mary había sido previsora, como siempre. De modo que hizo un gesto a su doncella que se acercó con una caja entre las manos. Mary la recibió y le dio las gracias. Daisy volvió a alejarse, pero no sin antes lanzar una mirada de advertencia al conde, ya que era evidente lo nervioso y disgustado que estaba con su señora.

Mary se giró de nuevo hacia lord Davenport.

—Tenga, aquí están todos sus regalos menos las rosas, que

tuvimos que tirarlas —dijo, y le extendió la caja—. Lord Davenport, créame cuando le digo que siento mucho haberlo confundido y que no me gustaría perder su amistad.

El conde le arrebató la caja de entre las manos.

—¿Es su última palabra? —preguntó con brusquedad.

—Sí, milord.

Entonces, para sorpresa de Mary, él abrió el cofre y comprobó su contenido. Visiblemente conforme, lo cerró de nuevo y lo puso bajo el brazo.

—Se arrepentirá, milady.

El conde le lanzó una furibunda mirada, le quitó la bolsita de migas y la arrojó al agua con rabia. Asustada por aquel arrebató, Mary se llevó una mano al pecho mientras lo veía alejarse visiblemente airado. Si todavía albergaba alguna duda acerca de si la decisión de rechazar a lord Davenport era la acertada, aquel comportamiento tan poco caballeroso por su parte las disipaba todas.

—¿Está todo bien, milady?

La voz de Daisy la devolvió de

nuevo a la realidad. Mary asintió con una sonrisa algo forzada.

—Mire —dijo la doncella señalando con un dedo al estanque—, parecen haberse vuelto locos.

Mary contempló la escena a la que Daisy se refería y no pudo menos que estar de acuerdo con ella. Todos los patos se habían lanzado hacia la bolsita de migas, abalanzándose unos sobre otros y picoteándose entre sí hasta conseguir herirse. Parecía que todo valía con tal de hacerse con el succulento botín.

## CAPÍTULO 14

AQUELLA SOLEADA MAÑANA, MARY HABÍA DECIDIDO QUE NO SE quedaría en su habitación practicando ejercicio. Después de hablar con Sara para comunicarle el cambio de planes, salió al jardín a dibujar un rato. El aire libre la ayudaría a ordenar un poco sus pensamientos. Desde que había rechazado a lord Davenport días atrás, no había dejado de pensar en si había hecho lo correcto. Aunque el deplorable comportamiento de él le indicaba que había obrado

bien, también sabía que al rechazarlo quizá hubiese perdido la única oportunidad de formar su propia familia. "Bueno, supongo que es lo que corresponde", pensó. Pero con un enérgico movimiento de cabeza trató de apartar aquellos sentimientos de autocompasión. Entonces, a su mente acudió de nuevo el auténtico motivo de haber rechazado al conde: Diego Lezcano. Como había imaginado, todo lo que había sucedido entre ellos había terminado por alejarlo por completo. No lo veía desde el día del baile en

Devonshire House: hacía exactamente un mes y ocho días.

Su cuñada estaba segura de que Lezcano sentía algo por ella; incluso ella misma lo había creído en algunos momentos. Pero era un hombre tan hermético y difícil que era posible que jamás la dejase aproximarse hasta él. Y Mary no iba a forzarlo más, ella también tenía su orgullo.

Pocos días después de averiguar el secreto de Davenport, Diego ya conocía todo acerca de los próximos embargos

de sus propiedades y, tras haber investigado con minucioso detalle el estado de sus cuentas, podía asegurar con absoluta certeza que la situación financiera del conde era insostenible.

Aquella mañana, Diego salió de su hotel con un único propósito en mente: poner freno a aquella sanguijuela con título nobiliario y alejarlo para siempre de Mary Luton. Así que para no demorarse lo más mínimo decidió que, pese a ser una hermosa y soleada mañana de julio, alquilaría un coche para que lo llevase cuanto antes a Luton Hall.

—Buenos días, Wallace — saludó Diego.

El mayordomo se apartó de la puerta y lo dejó entrar.

—Buenos días, señor.

—¿El conde está en casa? — preguntó, sacándose el sombrero y volviéndose hacia el anciano criado.

—Sí, señor, pero ahora mismo está reunido con lady Luton. Si lo desea, puede esperarlo en la biblioteca.

Diego se acercó hasta el mayordomo.

—¿Qué lady Luton? —preguntó

en tono confidencial.

El anciano carraspeó, tratando de disimular la sonrisa.

—Su señora madre, señor.

Diego asintió con la cabeza. Estaba más que dispuesto a evitar a aquella lady Luton con todos los medios humanos posibles.

—Bien, pues esperaré en la biblioteca.

—¿Puedo ofrecerle algo, señor?

—No, Wallace, muchas gracias. Ya he desayunado en el hotel.

El mayordomo asintió satisfecho y se alejó. Como amigo

de la familia, el señor Lezcano no necesitaba ser acompañado por el servicio hasta ninguna estancia del primer piso.

Diego atravesó el amplio vestíbulo de Luton Hall. Las vidrieras que llevaban al jardín de la mansión estaban abiertas y por ellas entraba una agradable brisa. Al pasar frente a ellas, la pequeña figura de Mary sentada en su silla de ruedas a la sombra de un árbol centró su atención. Observó que llevaba puesto su sombrero de paja con margaritas, aquel sombrero al que Diego sabía que le faltaba una flor.

Tenía una especie de cuaderno sobre su regazo y se inclinaba sobre él con el ceño fruncido y mordiéndose ligeramente el labio inferior, con la expresión de concentración más preciosa que Diego había visto jamás. Decidido a retirarse en seguida, giró para marcharse a la biblioteca.

Pero no fue capaz de dar un solo paso que lo alejara de allí. Llevaba tanto tiempo sin verla y sin oír su voz. La echaba tanto de menos. "Ah, Diego, es para matarte." Se pasó una mano por la cara y, lanzando un suspiro exasperado, miró de nuevo hacia

el jardín. "Bueno", se dijo, "revelarle a Robert todo lo que he descubierto de Davenport servirá para que anule cualquier relación entre aquel sinvergüenza y

Mary." Pero, a lo mejor, conocer la opinión de la muchacha acerca de Davenport también podía ser de utilidad. Así que, tratando de convencerse de que únicamente lo hacía para que ningún oportunista se aprovechara de la familia de su amigo, decidió acercarse a ella.

Mary ya llevaba un buen rato

borrando más que dibujando. Sabía que cuando llegaba a aquel punto era el momento de dejarlo. Pero debía entregar aquellos diseños a Olivia antes de finalizar la semana, o no podrían cumplir con el pedido. Por lo que, suspirando, trató de averiguar qué era lo que le faltaba a las mangas de aquel vestido de paseo que no acababa de convencerla.

—Buenos días, milady.

Mary dio un respingo y levantó la cabeza de su cuaderno. Ya conocía al dueño de la profunda

voz que la había sobresaltado, pero decidida a verificarlo se llevó la mano a la frente para protegerse los ojos de la luz y poder verlo mejor.

Efectivamente, el señor Lezcano la observaba desde arriba. Se había aproximado hasta ella con tanto sigilo que ni siquiera había presentido que en el jardín hubiese alguien más.

—Buenos días —contestó tratando de que su alteración no resultase tan evidente—. ¿Qué hace aquí?

"No tengo ni la más remota

idea", estuvo a punto de admitir Diego. Aunque después de un instante de vacilación, se decidió por la respuesta obvia.

—He venido a ver a su hermano.

Mary hizo un exagerado movimiento de cabeza para asentir. Dios, por qué estaba tan nerviosa.

—Creo que está en su estudio —indicó.

—Sí, Wallace me lo dijo. Pero está reunido con su madre.

—Ah.

Mary volvió a asentir. Sabía

que su madre estaba hablando con Robert sobre el compromiso. Desde que se había enterado de que Davenport la pretendía, parecía haberse vuelto loca. La perseguía todo el día tratando de averiguar en qué punto estaba su relación. A pesar de que el matrimonio de sus padres no había sido feliz, su madre no dejaba de enumerarle todas las ventajas de una posible unión con un conde. Mary pensó con sarcasmo que la prefería cuando la vida de sus hijos la ponía tan enferma que no salía de la cama en todo el día.

Diego carraspeó, y ella volvió a centrar toda su atención en él. Se había inclinado y observaba el cuaderno por encima de su hombro.

—¿Qué es eso que la tiene tan concentrada? —preguntó.

Mary estudió el dibujo e intentó responderle sin que su cercanía la afectase. Pero la cabeza del señor Lezcano, tan próxima a la suya, hacía de su propósito una tarea casi imposible.

—Son estas dichosas mangas — dijo lanzándole una rápida

mirada de reojo—. No sé qué les pasa.

Diego no tenía ni idea de moda, pero todo lo que veía le gustaba: y no solo lo concerniente al dibujo. Estaba tan cerca de ella que el ala de su sombrero le rozaba ligeramente la barbilla. Olía a flores, como siempre. Su pequeña naricita respingona se torcía en un gesto de ligero disgusto que a Diego había terminado por cautivarlo del todo. Desde arriba, el generoso escote de su vestido de verano ofrecía una espectacular panorámica de la parte superior

de su pecho.

—Pues yo creo que están bien —señaló y tragó con dificultad al notar que comenzaba a excitarse.

Mary giró la cabeza y lo sorprendió observándola. Sus ojos negros vagaban por su cara, y ella percibió un destello de alarma cuando se posaron en su boca.

La mirada de Mary también se fijó en sus labios.

—No —susurró ella—, no lo están.

Y como siempre que estaba a punto de suceder algo, él hizo lo

que solía hacer: salió huyendo. Se incorporó de inmediato y se fue hasta el otro lado de la mesa del jardín. "Eso", pensó Mary con ironía, "coloca todos los muebles que encuentres entre nosotros. Quizá deberíamos irnos al otro lado del cerco, hay unas magníficas estatuas de granito. Seguro que allí estarías completamente a salvo de mí."

Mary bajó la cabeza enfadada y trató de respirar profundamente varias veces para controlar su disgusto y no decir ninguna impertinencia. Aquel hombre lograba sacarla de sus casillas.

Con él todo era un paso adelante y tres atrás. Cuando Mary advertía una pequeña grieta en su coraza e intentaba aproximarse, él volvía a alejarla con todo lo que tuviera a su alcance.

—Creo que debo felicitarla — dijo él mirándola fijamente.

Ella lo miró de nuevo y levantó las cejas, negando con la cabeza.

—Según he oído, un importante caballero ha decidido cortejarla —explicó Diego ante su inconfundible mueca de confusión.

Mary se aclaró la garganta, decidida a corregir su equivocación. Pero cuando lo observó detenidamente algo en él llamó su atención. Aunque aparentemente mantenía la misma mirada y postura indiferente de siempre, su expresión era mucho más rígida que de costumbre. Comprobó también que sus nudillos estaban blancos por la fuerza con que sujetaba su sombrero a la altura de la cintura. Mary ascendió en su exploración y descubrió que su pecho subía y bajaba deprisa con largas y profundas respiraciones.

Entonces se dio cuenta de que Diego Lezcano no estaba en absoluto tan tranquilo como se esforzaba en simular. La intuición de Mary le aconsejó que quizá debería esperar un poco y no sacar tan pronto al señor Lezcano de su error; quizá, después de todo, lord Davenport terminara siéndole de gran ayuda.

—¿Se refiere usted a lord Davenport? —preguntó inocentemente.

El asintió con impaciencia. Mary sonrió para sus adentros.

—Creo que sus noticias están

un poco anticuadas, señor Lezcano; lord Davenport ha pedido mi mano esta semana.

—¿Qué? —rugió él.

Su explosión de furia era justo lo que Mary esperaba. Completamente regocijada, lo observó depositar con brusquedad su sombrero en la mesa y comenzar a pasear enfadado de un lado a otro.

—Lo que ha oído: lord Davenport me ha pedido que me case con él —repitió tranquilamente.

—¿Se lo pidió a usted? —

preguntó él, aunque más para sí mismo que para obtener respuesta—. ¿Y su hermano consintió?

—¿Y por qué no iba a consentir?

Porque tenía que investigarlo, maldita sea.

—Por lo que oigo, usted habrá dicho que sí, ¿no es cierto?

Diego no se dio cuenta, pero aguantó la respiración en espera de la respuesta de ella. Mary lo observó con la cabeza ladeada y no dijo nada; parecía estar meditando en algo.

—¿Por qué, Diego? —contestó al fin, con la voz algo enronquecida—. ¿Acaso usted conoce alguna razón por la que no debería casarme con él? Al fin y al cabo, lord Davenport tiene todo lo que una mujer podría desear: es amable, tremendamente apuesto, tiene dinero y, además, es conde.

Al oír todas aquellas alabanzas, Diego cruzó iracundo el jardín hasta ella. Agarró los apoyabrazos de su silla y se inclinó hasta que sus caras quedaron a escasos centímetros.

—Oh, sí —susurró rabioso—. Tengo una muy importante.

El pulso de Mary inició un galope tan fuerte que creyó que no lo soportaría. Iba a pasar, por fin iba a pasar. El iba a abrirle su corazón y ella lo correspondería con toda su alma. No podía creer que hubiera sido tan fácil. Observó con ternura el enfado de Diego. Justo cuando estaba a punto de revelar que había rechazado a lord Davenport porque lo amaba a él, Lezcano, como siempre, lo estropeó todo.

—Solo se equivoca usted en

una cosa, milady. Lord Davenport no tiene dinero; de hecho, está en la ruina total. —Diego correspondió al gesto de sorpresa de ella con un sarcástico levantamiento de cejas—. Por eso quiere casarse con usted. Está de lo más interesado en la dote que su hermano está dispuesto a pagar. Créame, por lo que me han contado de ese sinvergüenza, no emplearía el dinero en los huerfanitos.

Mary tragó con dificultad, quería que el nudo que tenía en la garganta dejase de ahogarla. Cuando notó que las lágrimas

comenzaban a empañarle la mirada, se mordió el labio y aspiró con fuerza, dispuesta a no llorar.

—Claro, ¿cómo no me había dado cuenta antes? Una mujer como yo no puede pensar que un hombre desea casarse con ella por amor. En seguida debí sospechar que lo que buscaba lord Davenport era el dinero de mi hermano. Menos mal que usted lo ha descubierto, señor Lezcano. Nunca le agradeceré lo suficiente que me haya librado de mis estúpidas ilusiones — concluyó ella, con toda la

mordacidad que pudo reunir. Aunque él ni siquiera llegaba a hacerse una idea de lo terriblemente estúpida que se sentía.

Mary levantó la cabeza y lo miró directamente. Cuando Diego pudo ver las lágrimas que inundaban sus ojos y que habían empezado a resbalar por sus mejillas, se sintió el hombre más miserable del mundo. En un acto reflejo le tomó la cara entre las manos y con los pulgares comenzó a secar los cálidos regueros de sal.

—No llore por ese imbécil, Mary. Porque hay que ser un completo imbécil para no enamorarse de usted.

Otra vez, un paso adelante. Mary sorbió por la nariz y lo observó tratando de descifrar lo que quería decir con aquello. Pero se le hacía muy difícil pensar con claridad cuando la miraba tan intensamente y la acariciaba de aquella forma. De repente, se sintió terriblemente triste y cansada: amar a un hombre como aquel resultaba agotador. Posó sus manos sobre las de él, que todavía seguía afanado en

limpiarle la cara, y con todo el dolor de su corazón decidió que debía enterrar para siempre todos aquellos sentimientos. Porque estaba claro que, si la amaba, como Sara pensaba, Diego jamás admitiría sus sentimientos. Y sus idas y venidas la estaban volviendo loca.

—Señor Lezcano —dijo al fin—, es usted tonto.

## CAPÍTULO 15

—¡MALDITO IMBÉCIL, DIJISTE QUE LO INVESTIGARÍAS!

Robert levantó la cabeza de los papeles que abarrotaban su escritorio y observó a su socio entrar en el estudio, por lo visto, no de muy buen humor.

—Buenos días para ti también —contestó con ironía.

Diego atravesó la estancia a grandes zancadas dispuesto a borrarle la estúpida sonrisita a aquel irresponsable.

—¿Has dado tu permiso para la

boda con Davenport?

Robert suspiró, había pasado toda la mañana hablando de lo mismo. Después de enterarse de que Mary había rechazado a Davenport, su madre llevaba desde el amanecer cantándole las alabanzas del conde e intentando hacerle ver la necesidad de convencer a Mary para que reconsiderara su decisión. Algo en lo que él no tenía ni la más remota intención de colaborar. Mary había dado una respuesta y, para él, el tema Davenport había quedado zanjado definitivamente. Por eso, no

entendía a qué venía ahora aquella perorata de Diego.

—Tiene más deudas que un país, sus casas están a punto de ser embargadas y debe dinero a gente nada recomendable, puedes creerme.

Robert levantó una mano para silenciarlo.

—Lo sé, pero eso qué nos importa ya si...

—¿Que qué nos importa? —gruñó Diego, atónito—. Por el amor de Dios, Luton, ¿estás mal de la cabeza? Sabías todo esto y has consentido en celebrar el

matrimonio.

—Te dije que lo investigaría, ¿no?

Diego pareció desesperarse.

—¿Y?

—Pues que, pese a conocer sus problemas de dinero, he pensado que quizá debería ser mi hermana quien decidiera. ¿Tú no sabías que cuanto más te prohíben hacer algo, más lo deseas?

Diego tenía ganas de romper algo, y la cara de su socio le pareció lo más indicado en aquellos momentos. La única

persona capaz de impedir aquella locura le sonreía como si nada fuera a pasar.

—Además —continuó Robert —, Mary siempre ha deseado formar su propia familia.

A Diego se le heló la sangre en las venas al escuchar aquellas palabras.

—¿Estás hablando de tener hijos? Pero no puede. ¿Cómo puedes pensar...? —farfulló, con la expresión absolutamente descompuesta—. ¿Y si no soportara un embarazo, y si...?

"Muere": la palabra apareció

en la mente de Diego y su significado lo estremeció. Un repentino escalofrío de terror atravesó su cuerpo y notó que las piernas no podrían sostenerlo mucho más. Fue hasta una de las butacas, se sentó frente al escritorio. Se pasó la mano por el pelo. Notó que la sangre le abandonaba el rostro al darse cuenta de que Mary no solo iba a pertenecerle a otro, sino que también podría perderla para siempre.

Al percibir el malestar de su amigo, Robert se levantó de su sillón, rodeó el escritorio y,

cruzando los brazos, se apoyó ligeramente en la mesa mientras observaba su cabeza agachada.

—Pero no entiendo por qué tenemos que discutir esto ahora —declaró.

Aquellas palabras hirieron a Diego como un puñal. Se levantó de un salto y agarró a su socio por las solapas del chaleco.

—¿Qué es lo que no entiendes? —aulló.

Pese a que el conde era fuerte y medía casi diez centímetros más que él, a Diego no le costó ningún esfuerzo levantarlo del suelo y

derribarlo sobre la gran mesa de madera. Sorprendido, Robert agarró sus antebrazos para alejarlo, pero le fue imposible moverlo. Su socio estaba completamente fuera de sí. Así que solo para apartarlo de encima, Robert lanzó un puñetazo que alcanzó la mandíbula de Diego y lo hizo trastabillar hacia atrás.

—No, no lo entiendo —gruñó el conde por el esfuerzo—. Porque mi hermana ha rechazado el compromiso —concluyó, incorporándose y arreglándose la ropa.

Aquellas palabras tardaron unos segundos en penetrar en la obturada mente de Diego.

—¿Qué?

Robert observó su confusión.

—Que Mary le ha dicho que no a Davenport. Creí que lo sabías, ¡maldita sea!

Diego negó lentamente con la cabeza. No, no lo sabía. ¿Cómo iba a saberlo después de lo que ella acababa de decirle en el jardín? Por el amor de Dios, si él mismo había tenido que consolarla cuando se había enterado del verdadero interés

de su prometido. Pero si no era su prometido, entonces, ¿por qué lloraba? Iba a estallarle la cabeza.

Diego volvió a sentarse en la butaca, apoyó los codos en las rodillas y se agarró el pelo con las dos manos.

—¿Ella conocía la ruina de Davenport?

Robert, que lo miraba atónito, ya estaba otra vez de pie a su lado.

—Se lo conté después de que le dijera que no. No quería que aquello influyera en su decisión. Tampoco sería el primer

matrimonio por conveniencia de la historia, ¿no te parece?

Diego apartó las manos de la cara y lo observó con confusión. Mary ya lo sabía cuando él se lo había revelado en el jardín. Pero, entonces, ¿por qué demonios había llorado y por qué demonios había tenido que consolarla?

—Creo que necesito una copa —aseguró, mientras se frotaba la frente.

—Y yo creo que deberías decírselo a mi hermana.

Diego volvió a mirar a Robert.

—¿Decirle qué?

—Que estás enamorado de ella.

—¿Qué? —bramó Diego resoplando y levantándose de inmediato.

Con la mano en la boca y con gesto pensativo, Robert contemplaba fascinado a su amigo, preguntándose por qué no se había dado cuenta antes.

—Mira, si todo esto no se debe a un ataque repentino de celos —expuso con tranquilidad—, debes de estar para el manicomio.

Diego se llevó las manos a la cintura y negó con la cabeza.

—Vete al infierno —masculló.

Robert sintió su sufrimiento como si fuera el de él. Desde luego, su hermana no podría hallar a nadie mejor que a aquel hombre, a quien él le debía la vida y casi toda su riqueza. El mismo que meses atrás lo había ayudado a reconocer que estaba enamorado de Sara, para más tarde ser el padrino de su boda. Diego Lezcano tenía más sentido de la lealtad y del honor que todos los aristócratas ingleses juntos. Descubrir que estaba enamorado de su hermana lo llenaba de alegría. Robert

contempló de nuevo el abatimiento de Diego, fue hasta él y le tocó el hombro para llamar su atención,

—Mi querido amigo —dijo con afecto—, yo solo sé que me sentiría muy honrado de entregar a mi hermana a un hombre como tú.

Robert comprobó cómo Diego levantaba en seguida la cabeza y escrutaba su rostro con atención para, acto seguido, suspirar exasperado. Parecía como si, en su interior, se estuviese librando una batalla entre algunos de sus

demonios. Entonces, su expresión se volvió dura como el granito y lo apartó de un manotazo.

—¡Tú no sabes nada, Luton! — gritó furioso antes de dar un sonoro portazo al salir.

Sara, que se acercaba por el pasillo, vio salir al señor Lezcano muy enfadado del estudio de su marido. Así que, decidida a enterarse de lo que había pasado, llamó a la puerta de Robert y abrió sin esperar respuesta. Metió la cabeza y vio que su esposo se encontraba frente a la ventana mirando al

exterior.

—Hola —saludó en tono jovial—, ¿va todo bien?

Al oír la voz de su esposa, Robert giró y atravesó la habitación hasta ella.

—He visto al señor Lezcano cuando salía, ¿qué le has hecho?

Robert la estrechó por la cintura y le dio un ligero beso en los labios.

—Creo que nuestro querido Diego se encuentra en la primera fase del enamoramiento: la negación.

—¿Cómo dices? —preguntó

Sara con una sonrisa incrédula—.  
¿De quién está enamorado el  
señor Lezcano?

—De Mary.

Estupefacta, Sara abrió mucho  
los ojos y se llevó ambas manos a  
la boca.

—Ay, Dios mío.

Robert se detuvo y observó  
divertido la reacción de su mujer.

—¿Qué?

Ella se quedó muy quieta.

—¿Hablas en serio?

—Estoy completamente  
convencido.

—Robert, tenemos que hablar.

—¿Ahora? —protestó.

Sara lo miró con determinación. No encontraría mejor momento que aquel para contarle a Robert todo lo que debía saber acerca de su hermana.

—Ahora mismo.

Mary observaba los jardines de Grosvenor Square desde el ventanal de su habitación, después de decidir darles un descanso a sus diseños.

Aquella mañana no lograba avanzar, y la visita de Diego Lezcano tenía bastante que ver con su ofuscación. Después de dejarlo en el jardín en plena confusión, más decidida que nunca a olvidarse de él, Mary había intentado terminar los dibujos en su cuarto. Pero después de casi una hora tratando de concentrarse, había tenido que darlo por imposible. La imagen de Diego contemplándola confundido mientras ella se marchaba del jardín volvió a colarse en su mente.

Con fastidio, Mary reflexionó en cómo iba a desenamorarse, cuando no dejaba de pensar en él ni por un instante. Entonces decidió que para dejar de amarlo lo mejor sería racionalizar las cosas: por lo que Eric le había contado durante sus últimas visitas, aquellas que, por cierto, debían mantener en secreto, sabía que Diego se había llevado a diez niños sin hogar a vivir a su hotel. Aquello no era propio de un hombre malvado o egoísta. Así que Mary decidió descartar la perversidad como posible factor de su rechazo.

"A lo mejor es que no te quiere, ¿se te ha ocurrido pensarlo?", se dijo a sí misma. "Pero, entonces, ¿por qué me observa intensamente cuando cree que no me doy cuenta, o por qué siempre que me mira parece querer besarme, aunque luego se reprima? Maldita sea. Maldito seas, Diego Lezcano", pensó intensamente frustrada.

En aquel instante, la silueta oscura de un hombre que descendía cabizbajo las escaleras de Luton Hall centró la atención de Mary. La descarga de energía que la atravesó hizo que lo

reconociese en seguida. Por algún motivo, Diego parecía más alicaído de lo normal al dirigirse al carruaje que lo esperaba al final de la escalinata de entrada.

Mary observó con verdadero deleite cómo se quitaba el sombrero y se pasaba la mano por aquellos rizos negros que ella tanto deseaba acariciar. Comprobó que sus anchos hombros estaban algo más hundidos de lo normal, como si acabase de recibir una mala noticia. Aunque aquel detalle no disminuía ni un ápice la extraordinaria y dominante

energía que emanaba de él. Contempló con embeleso cómo su chaqueta marcaba los poderosos músculos de su espalda hasta perderse en la estrechez de su cintura.

Mary apoyó la mano en el cristal y centró toda la atención en su nuca.

—Mírame —susurró emocionada.

Él siguió andando hasta el carruaje donde un lacayo lo esperaba con la portezuela abierta.

—Mírame, por favor.

Entonces, como si hubiese sido capaz de invocarlo, Diego Lezcano giró la cabeza y la atravesó con sus ojos. Y el tiempo se detuvo para Mary.

Clavado en medio del camino de entrada, él la observaba intensamente mientras su amplio pecho subía y bajaba agitado. Algún tipo de fragilidad pareció aflojar los marcados ángulos de su rostro y, de repente, rompió el contacto visual con un brusco movimiento de cabeza. Subió al vehículo.

Mary contempló alejarse el

carruaje a través de la verja, cómo doblaba y desaparecía perdiéndose entre el tráfico de Grosvenor Square. Soltó la cortina de la ventana y fue hasta el armario. Tras unos segundos rebuscando con la mano, encontró el compartimiento secreto donde había escondido el vestido que llevaba puesto la noche que había ido a la tienda de Tao. Lo estiró con cuidado y acarició con reverencia las manchas de la sangre de Diego. Embargada por la tristeza, se abrazó a la prenda y lloró desconsolada al comprender que

aquello era lo único que iba a tener de él.

El marqués contempló con regocijo el abatimiento de su invitado.

—Te dije que era lista, Terrell.

Arrellanado en el sofá de cuero de enfrente, Davenport dio otra calada a su puro.

—Es una maldita zorra — contestó despectivo mientras le lanzaba una amenazadora mirada a su anfitrión a través del humo para que dejara el tema.

Reeds ya se había divertido bastante a su costa. No todos los días era uno rechazado por una tullida. Aquello era algo tan poco probable que incluso a él le hacía cierta gracia.

Aunque la idea de casarse con una mujer enferma nunca había convencido demasiado a Davenport, después de conocer a lady Luton, para su sorpresa, había llegado a hacerse a la idea bastante pronto. Estaba claro que su dote la distinguía como el mejor partido del país, pero además era guapa. En realidad era una preciosidad a la que solo

su silla de ruedas restaba atractivo. Tenía un agudo sentido del humor y un magnífico dominio de la ironía, lo que lo hacía sonreír casi todo el tiempo que estaba a su lado. "Sí", pensó Davenport dando otra calada, "sería bastante fácil imaginarme casado con ella." Era una lástima que la dama en cuestión, no hubiera tenido el buen gusto de aceptarlo.

Unos ligeros toques en la puerta de la biblioteca arrancaron al conde de sus cavilaciones.

—Adelante —dijo Reeds.

Uno de sus criados entró y anunció que una dama deseaba hablar con lord Davenport. Acto seguido, los dos hombres se quedaron de piedra cuando el sirviente anunció a la condesa viuda de Rohard. Reeds observó su reloj y comprobó que casi eran las diez de la noche. Miró confundido a Davenport, quien le devolvió el mismo gesto de sorpresa.

Los dos se pusieron de pie cuando la condesa entró en la estancia.

—Caballeros —saludó la dama con un altivo movimiento de cabeza—, espero no importunarlos.

Como anfitrión, Reeds se dirigió a ella y la saludó inclinándose a besar su mano.

—Usted nunca importunaría, milady. ¿Desea un refrigerio?

Helen negó con la cabeza.

—Es usted muy amable, milord, pero no deseo nada, muchas gracias —contestó con una sonrisa antes de inclinarse y observar al conde—. Aunque sí me gustaría poder hablar unos

minutos a solas con su invitado.

Antes de retirarse, Reeds lanzó una mirada significativa a Davenport.

Terrell contempló a la condesa viuda y tuvo que reconocer que, pese a ser una mujer mayor, todavía podía ser considerada una belleza. Comprendió entonces de quién había heredado Mary aquellos rasgos tan hermosos.

—¿Cómo ha sabido dónde encontrarme, milady?

—Los criados hablan, lord Davenport —contestó altiva—.

Cuando desee ocultar problemas de dinero, impida que la servidumbre se entere.

—¿Qué desea, señora? — preguntó insolente: un sermón era lo que menos le interesaba en aquel momento.

—Quiero saber qué piensa hacer usted para conquistar a mi hija.

## CAPÍTULO 16

DAVENPORT SE ACLARÓ LA GARGANTA PARA DISIMULAR LA RISA.

—Creo que se encuentra algo desinformada, milady. He cortejado a su hija, y ella, además de hacerme perder un tiempo precioso, me ha rechazado.

Mientras había durado su cortejo a lady Luton, los rumores sobre su ruina se habían extendido por todos los círculos sociales de Londres. De modo que las oportunidades de conseguir

una buena dote se habían reducido bastante. De hecho, iba a tener que conformarse con cualquier candidata de inferior categoría.

Con calma, la condesa entrelazó las manos e inclinó ligeramente la cabeza antes de contestar.

—Mi querido lord Davenport, yo creí que los jóvenes de ahora eran mucho más impulsivos. Además, suponía que no se daban por vencidos tan pronto.

—Su hija fue muy clara y, por qué no decirlo, bastante soberbia

al responderme, señora.

—Mary siempre ha sido algo impetuosa —declaró, restándole importancia con un movimiento de la mano—. Pero, tal vez, ella, al igual que cualquier otra muchacha, solo espere de su enamorado un acto más contundente —concluyó la condesa, dedicándole una cómplice sonrisa.

Aunque Helen Luton trataba de aparentar calma, los nervios en su interior vibraban como las cuerdas de una guitarra. Pero el recuerdo del inadecuado

matrimonio de Robert le dio fuerzas. Ella, que se había sacrificado para conseguir una buena posición para su familia, solo había logrado que su hijo, un heredero que habría podido tomar por esposa a cualquier princesa, eligiera a una mujer vulgar sin posición ni título. Cuando ya lo creía todo perdido, un conde se había fijado en su hija. Un conde arruinado, sí, pero un conde, al fin y al cabo. Desde luego, mucho más de lo que habría podido aspirar su pobre Mary.

Helen sabía que lo que estaba

a punto de proponerle a lord Davenport no era la mejor forma de comenzar un matrimonio, ni tampoco era la opción más ventajosa para la reputación de Mary, pero también sabía que los escándalos se olvidaban pronto; sobre todo, los de una condesa del reino.

Después de un buen rato observándola detenidamente, lord Davenport pareció comprender.

—¿Está usted proponiéndome que secuestre a su hija, milady?

—No utilice esa palabra, milord

—respondió la condesa con una ensayada mueca de disgusto—. Yo prefiero verlo como un rapto por amor. ¿Acaso no es esa la máxima expresión de romanticismo a la que aspira cualquier jovencita?

Pese a no encontrarse demasiado bien aquella mañana, Sara había decidido que iría a las oficinas que la compañía de su esposo tenía en Bow Street. Deseaba poder hablar a solas con el señor Lezcano e intentar descubrir por qué no se decidía a

declararse a Mary.

"Sara, no te entrometas", le había dicho Robert después de contarle la discusión que había tenido con su socio. Sara sonrió al recordar las palabras de su marido, quien, por cierto, la había sorprendido bastante al no conceder gran importancia al hecho de que su hermana desempeñara una profesión. "Eso la distraerá", dijo de lo más tranquilo después de que ella le revelase la asociación que Mary tenía con su modista. Claro que Sara había decidido omitir algunos pequeños detalles, como

que una de sus principales dieras era la prostituta más famosa de la ciudad.

Sara había decidido involucrarse en el proyecto del colegio que el señor Lezcano y su marido habían comenzado. Aquella misma mañana tenía una reunión con ellos a las diez. Pero había llegado mucho más temprano para poder mantener una pequeña charla a solas con Diego.

Justo en el momento en que el coche se detuvo, Sara pensó en Mary. El señor Lezcano siempre le

había caído muy bien y, desde luego, le deseaba lo mejor. Pero a Mary la amaba como una hermana y haría lo que fuese para verla feliz. Por lo que, más decidida que nunca a poner al español entre la espada y la pared, aceptó la mano que el lacayo le ofrecía y descendió del carruaje.

Bow Street era un auténtico hervidero de gente: las damas entraban y salían de las exclusivas tiendas, y los caballeros caminaban deprisa muy distraídos en importantes conversaciones de negocios.

Agobiada con toda aquella actividad, Sara se llevó una mano a la cintura y miró al cielo por encima del ala de su sombrero. La luz del sol le molestó en los ojos y un profundo malestar le revolvió el estómago.

—¿Se encuentra usted bien, milady? —preguntó el lacayo con preocupación.

Sara giró hacia él y le devolvió una sonrisa tranquilizadora.

—Sí, gracias. He debido de marearme un poco con el traqueteo del coche, eso es todo.

Sara entró en el edificio, donde

los empleados la saludaron con alegres reverencias. Tras corresponder a sus atenciones, les dijo que tenía una reunión con el conde y su socio. Los empleados le comunicaron que el conde todavía no había llegado, y que el señor Lezcano se encontraba en su despacho del primer piso. Algunos de ellos se ofrecieron a acompañarla, pero ella rechazó amablemente sus ofrecimientos.

—Podré encontrarlo sola, muchas gracias. No me gustaría importunarlos; por favor, continúen con su trabajo.

Sin aguardar respuesta, Sara cruzó el vestíbulo y se dirigió hacia las escaleras de mármol que ascendían caracoleando hasta los pisos superiores. Subió decidida los primeros escalones, pero al llegar al primer piso se sintió terriblemente cansada. Unas figuras masculinas al final del pasillo llamaron su atención: el señor Lezcano, de pie frente a la puerta abierta de su despacho, hablaba con dos caballeros que Sara no reconoció al encontrarse de espaldas. Sara intentó caminar hacia ellos, pero notó que sus piernas no le obedecían. En un

último intento por no perder el equilibrio, logró sujetarse al pasamano de hierro. Entonces todas sus fuerzas la abandonaron y el mundo comenzó a fundirse en negro ante sus ojos. Antes de desmayarse, Sara pudo ver al señor Lezcano corriendo hacia ella con los brazos extendidos.

Diego dio gracias al cielo por haber llegado justo a tiempo de impedir que la esposa de su amigo cayera escaleras abajo. Al verla llegar tambaleante y completamente pálida, se dio cuenta de que algo no marchaba bien y había ido en seguida hacia

ella. Cuando se desfalleció, Diego ya estaba a su lado. La tomó en brazos y la llevó al interior de su despacho.

—Wilson, que alguien avise al conde en la fábrica de tornillos, y haz que venga el médico. ¡Rápido! —gritó a su secretario, que contemplaba la escena anonadado.

Diego la tumbó con cuidado en el sofá de su despacho. Desató el lazo de su sombrero y se lo sacó, al igual que los guantes. Si no hubiera sido completamente indecoroso, también le habría

quitado el vestido y le habría aflojado aquellas prendas íntimas que las mujeres tenían por costumbre llevar, incluso en días tan calurosos. Mientras la observaba impotente, pensó que no era de extrañar que yendo tan condenadamente comprimidas se quedasen sin aire y sufriesen desmayos como aquel.

Fue hasta el pequeño aseo que había mandado instalar en su despacho para cuando se quedaba a trabajar por las noches, empapó una toalla con agua fría y regresó. Tras sentarse a su lado, le mojó la nuca como

había visto hacer en Cuba cuando los esclavos sufrían golpes de calor.

La condesa pronto respondió al reconfortante frescor y fue volviendo en sí poco a poco.

—Oh, señor Lezcano —susurró, parpadeando y tocándose la frente—, ¿qué me ha ocurrido?

—Se ha desmayado, milady.

—¿De veras?

Sara intentó incorporarse, pero todo le dio vueltas. Así que, después de una mueca de dolor, volvió a recostarse.

—No intente moverse, milady.

El conde estará aquí en seguida y también el médico.

—Oh, ¡cuántas molestias he ocasionado! —exclamó Sara, apesadumbrada.

—Creía que habíamos quedado a las diez, condesa.

Sara lo observó con afecto sabiendo que él no tenía ni idea de cuáles eran sus motivos para llegar con casi una hora de antelación: y que no eran otros más que acorralarlo hasta que reconociese de una buena vez sus sentimientos por Mary. Pero teniendo en cuenta que acababa

de salvarle la vida, el hostigamiento ya no le pareció tan buen plan.

—¿Sabe qué, señor Lezcano? — dijo mientras le sonreía a aquel hombre tan excepcional—. Debería usted dejar de llamarme "condesa". Porque cada vez que lo hace, creo que mi suegra va a aparecer por alguna parte.

Diego le devolvió una amplia sonrisa.

—Y ya sé que habíamos quedado a las diez —continuó ella—. Pero es que antes quería hablar con usted.

Él levantó las cejas en señal de sorpresa.

—¿Y para qué quiere hablar conmigo? —preguntó.

Sara le tomó la mano y lo observó intensamente.

—Verá, señor Lezcano, no hace mucho que nos conocemos, pero el afecto que mi marido y mi cuñada le tienen —Sara hizo una pequeña pausa y observó complacida cómo la referencia a Mary había provocado una sacudida en su interlocutor— me hacen confiar plenamente en usted.

Sara se detuvo y lo observó tímidamente.

Él la contempló confundido.

—Hay confianza —declaró Diego, suponiendo que ella necesitaba una confirmación.

La respuesta satisfizo a Sara y le infundió ánimos para continuar.

—Entonces, ¿puedo preguntarle una cosa y esperar que usted me responda con total sinceridad?

Diego asintió y se revolvió impaciente, pues no entendía a qué venía tanta reverencia por

parte de la condesa. La incomodidad de Diego creció cuando ella lo miró con intensidad, como si supiese algo de él que ni siquiera él mismo había llegado a sospechar.

Entonces, disparó la pregunta.

—¿Está usted enamorado de Mary?

"¡Esto ya empieza a parecer contagioso!", pensó Diego, desesperado con la manía persecutoria de aquellos dos. Los condes de Rohard eran una pareja encantadora que se había casado por amor y parecía haber

contraído una terrible necesidad de unir a todos los que se encontraban a su alcance. Pero ¿cómo conseguir desanimarlos en su propósito de acercarlo a la hermana del conde, sin contarles que él nunca podría tener lo mismo que ellos, que las mentiras de su pasado le impedían tomar lo que más deseaba en el mundo: a Mary Luton? Y que cada vez se le hacía más complicado mantener sus principios sobre aquel aspecto; en especial, después de que Robert le hubiese dado prácticamente su bendición y el

acceso a ella. Claro que ¿qué pensaría el conde si supiese que él ni siquiera era quien decía ser? ¿Qué opinaría Luton de entregar a su hermana a un usurpador?

—Yo no puedo enamorarme, milady —fue su sucinta respuesta.

Sara se incorporó de inmediato sobre los codos.

—¿Está casado?

—No —contestó Diego, sin poder evitar una risa gutural ante la ocurrencia de la dama—, y quédese quieta o volverá a marearse.

Ella volvió a tenderse sobre el sofá, visiblemente aliviada con la respuesta.

—Pues estaría encantada de escuchar cuáles son los motivos que no le permiten enamorarse, señor Lezcano.

—Y a mí me encantaría contárselos, milady. Tal vez, en otra vida —concluyó, irónico.

Sara le devolvió una mueca de fastidio.

—No bromea, ¿quiere? —lo reprendió—. Ella lo ama, ¿sabe?

Atónito, Diego enmudeció, mientras su cabeza funcionaba a

toda velocidad. ¿Cómo lo sabía? ¿Acaso se lo había dicho ella? Y, si era así, ¿qué había dicho exactamente: "confío en el señor Lezcano y, si tuviera que perder mi virginidad, lo haría con alguien como él", o "amo al señor Lezcano"? ¿Había utilizado el verbo "amar"? Diego creyó volverse completamente loco con todas las preguntas amontonándose en su mente. A pesar de todo, lo que ella sintiese por él no debería importarle.

De modo que, ante la perspicaz mirada de la condesa, Diego hizo lo que le pareció más seguro en

aquellos momentos. Se levantó del sofá al instante y salió al pasillo a gritar a sus empleados.

—¿Viene o no viene ese maldito médico?

Desesperado, Robert paseaba de un lado al otro del pasillo, mientras el doctor revisaba a su esposa en el despacho de Diego. Había llegado minutos antes que el médico, completamente sofocado tras haber corrido las tres millas desde la fábrica de tornillos.

—La condesa se ha desmayado en las oficinas, milord —Había tenido que gritar el mensajero junto a su oreja, debido al ruido de los tornos de la fábrica.

Robert se puso lívido y salió corriendo. Llegó a las oficinas a una velocidad increíble para un hombre a pie y subió los escalones de tres en tres hasta el despacho de su socio. Todo el camino hacia Bow Street había sido una maldita pesadilla, hasta que pudo comprobar por sí mismo que Sara no había sufrido ningún daño.

Diego, que permanecía apoyado contra la pared del pasillo con los brazos cruzados sobre el pecho, observó con disgusto el ir y venir de su amigo.

—¿Quieres estarte quieto? Estás consiguiendo ponerme nervioso a mí también.

—¿Cuánto tiempo más necesita ese matasanos? Por el amor de Dios, si ya lleva ahí dentro más de media hora —gruñó Robert mirando a Diego. Aunque sin dejar de pasear, porque sentía que, si se detenía, explotaría.

Mientras Diego contemplaba

con diversión la mueca de sufrimiento del conde, pensaba en que era increíble lo que podía obrar el amor en un hombre, incluso en uno tan poderoso como Luton.

El médico salió entonces, y Robert lo asaltó.

—¿Qué tiene, doctor Bradford? ¿Por qué ha tardado tanto?

Diego también se incorporó hasta colocarse detrás de su amigo.

El médico observó tras sus gruesos anteojos la impaciencia del conde y sonrió ligeramente.

—La condesa está perfectamente, milord. Solo que a partir de ahora debe intentar reducir un poco el ritmo de sus actividades debido a su estado.

—¿Su estado? —preguntó Robert.

—Su esposa está embarazada de aproximadamente sesenta días. Enhorabuena, milord.

Robert miró con una sonrisa radiante a Diego, estrechó la mano del doctor y, sin mayor dilación, entró en el despacho para reunirse con su mujer. Diego se dio cuenta de que también

sonreía cuando miró en la dirección por la que el conde había desaparecido. Tras un ligero carraspeo del anciano doctor Bradford, Diego volvió a la realidad y en seguida se hizo cargo de la situación. Pagó y despidió al médico con una profunda alegría bailando en su pecho.

Después de la insistencia de los condes, Diego los había acompañado a Luton Hall para dar la fabulosa noticia a la familia. Robert hizo llamar a su madre y hermana, y todos se reunieron en la biblioteca.

—Quiero compartir una fantástica noticia —anunció el conde mientras tomaba la mano de su esposa y le daba un ligero beso en el dorso—. Sara y yo vamos a tener un hijo.

—O una hija —puntualizó su mujer.

Robert sonrió.

—O una hija —concedió, pasándole la mano por la cintura y acercándola a él.

—Esperemos que por lo menos sea un varón —exclamó la condesa viuda sin apenas disimular su escaso entusiasmo.

A diferencia de su madre, Mary permaneció callada mirando de hito en hito a su hermano y a su cuñada. Llevó las manos a las ruedas de su silla y atravesó la estancia hasta ellos.

—Enhorabuena, Robert —dijo mirando hacia arriba.

Pero, cuando contempló a su amiga, la emoción la embargó al comprender su dicha.

—Sara... —comenzó a decir, y no pudo continuar, se le quebró la voz.

Sara se agachó y la abrazó con fuerza.

—Soy tan feliz —sollozó Mary —, soy tan inmensamente feliz por vosotros.

Miró a su hermano por encima del hombro de Sara. Entonces, a través de la cortina empañada por sus lágrimas de alegría, Mary se percató de la oscura silueta que se movió por detrás de Robert. Un espasmo la atravesó al reconocer al invitado de excepción: junto a la ventana, el señor Lezcano presenciaba la escena con una extraña intensidad brillando en su mirada.

## CAPÍTULO 17

AQUELLA MISMA TARDE, MARY DESCANSABA EN LA *CHAISE LONGUE* de su salita privada antes de la llegada de su pequeño amigo Eric, con el que había quedado días atrás. El niño venía a verla más o menos una vez por semana, y ella intentaba animarlo para que durante aquellas visitas repasasen sus lecciones y practicasen la lectura. Sabía que vivía en el hotel del señor Lezcano con otros niños. Mary notaba cómo se le iluminaban los ojos al chico

cuando hablaba de él; se notaba la gran admiración y afecto que le profesaba. Eric también le había hablado de sus compañeros, y ambos se habían reído con las divertidas anécdotas con el personal del hotel.

—El cocinero, que se llama Gastón y es francés —le había explicado Eric—, es un hombre muy gordo con el bigote más largo que he visto en la vida. Cada vez que nos ve aparecer por su cocina se pone a gritar en francés como un loco. Nosotros no entendemos nada, pero nos hace gracia ver cómo se mueve su

retorcido bigote mientras nos persigue con una sartén en la mano. El señor Lezcano nos ha prohibido acercarnos a la cocina. Me dijo: "Eric —continuó el niño imitando la voz grave de Diego—, si no quieres que Gastón me vuelva loco y que nos mate de hambre a todos, deja de ir a la cocina a molestarlo".

Recostada en el cojín de terciopelo, Mary sonrió al recordar la perorata del niño. Eric era un niño tan bueno y listo que a cualquiera le habría gustado ser su madre; a ella, sin ir más lejos, le habría encantado poder

adoptarlo. Era una pena que la sociedad jamás le permitiera hacer algo así a una mujer soltera. La adopción era concebida para parejas de ricos como algo que no iba más allá de un mero acto benéfico. Por otro lado, en las clases trabajadoras, los niños eran acogidos como capital humano, para que ayudasen en la economía familiar con su trabajo. Mary pensó apenada que, si a ella la dejasen adoptar a Eric, lo querría como si fuese suyo. "Mío", pensó melancólica, observando sus manos entrelazadas sobre el

vientre, y con la imagen de Sara oscilando en su mente. "¿Qué se sentirá al tener una vida creciendo dentro?"

Arrullada por el silencio de la habitación y aquellos pensamientos en su mente, Mary se quedó dormida y soñó, soñó con algo maravilloso.

Sara y ella estaban en el jardín de Sweet Brier Path. Era verano y hacía un día radiante. Sara estaba sentada en una silla y acunaba a su hijo en los brazos mientras tarareaba una hermosa melodía. Ella la observaba, maravillada con

el espectáculo. En aquel momento aparecía Robert y alguien venía con él: era el señor Lezcano. Robert se acercaba a Sara y, tras depositar un ligero beso en la frente del bebé, besaba a su esposa en los labios. Con la llegada del padre a escena, la imagen crecía en espectacularidad.

Pero entonces ocurría algo de lo más desconcertante: el señor Lezcano se aproximaba a ella, le acariciaba la mandíbula y la besaba en la boca.

—¿Cómo están mis dos

pequeños tesoros? —preguntaba con su voz profunda, en tanto se agachaba y posaba una mano en su vientre.

Ella miraba entonces en aquella dirección, y una emoción interior la paralizaba al contemplar el abultamiento en su cuerpo. ¡Esperaba un hijo! Mejor dicho: ¡Diego y ella esperaban un hijo!

Mary levantaba los ojos y lo miraba absolutamente dichosa.

— Creo que deberías saber que te amo —le decía.

—Lo sé...

—Lo sé, lo sé, maldita sea — exclamó lord Davenport girando hacia la condesa viuda y bajando la voz al ver que Mary estaba dormida—. Deje de atosigarme o me iré por donde he venido.

Helen Luton lo había conducido hasta la salita privada de su hija y no dejaba de insistir en que no hiciese ruido, pero él ya sabía que no debía hacer ruido. Si alguien se enteraba de lo que estaba a punto de hacer antes de poder comprometer del todo a la muchacha, iría preso y,

probablemente, terminaría muerto a manos de su propio hermano.

La condesa cerró la puerta apresurada, y Davenport observó el sofá donde Mary parecía profundamente dormida. Por la expresión de satisfacción de su cara, se habría dicho que estaba soñando con algo más que agradable. Se acercó hasta ella y la estudió desde arriba. Era muy menuda, con lo que no le costaría demasiado cargarla en brazos. Los condes habían salido, y Helen Luton le había asegurado que mantendría ocupados a los

criados, con lo que Davenport concluyó que no le llevaría mucho tiempo bajarla hasta el carruaje que aguardaba en el callejón.

Mientras la condesa se retorció nerviosa las manos, Terrell sacó una cuerda y un pañuelo del bolsillo. Se arrodilló frente al sofá y se dispuso a atar las muñecas de Mary.

Ella abrió los ojos, sobresaltada por el contacto.

—¿Pero qué...? —soltó desconcertada—. Lord Davenport, ¿qué hace aquí?

Mary miró hacia abajo y agitó los brazos al darse cuenta de que aquel hombre intentaba maniatarla.

—¿Qué hace? ¡Suélteme ahora mismo y salga de aquí!

Lord Davenport logró terminar con un fuerte nudo, pese a que ella ya había empezado a revolverse con fuerza.

Mary no sabía lo que pretendía aquel hombre, pero en seguida comprendió que no quería averiguarlo. Cuando abrió la boca para gritar, contempló a su madre junto a la puerta.

—¡Madre, gracias a Dios! — exclamó aliviada—. Rápido, avise a los criad...

Pero Lord Davenport la amordazó con el pañuelo y no la dejó terminar la frase. Se puso de pie e inclinándose sobre ella la tomó en brazos.

Aterrorizada, Mary se dobló por la cintura e intentó con todas sus fuerzas desequilibrarlo, pero pesaba demasiado poco como para lograr su objetivo. Lord Davenport la condujo a la puerta sin apenas esfuerzo. Mary miró a su madre, que permanecía

asombrosamente impasible y gimió implorando su ayuda. Pero, para su sorpresa, ella no interrumpió el paso a aquel hombre, sino todo lo contrario. Abrió la puerta a lord Davenport y lo precedió por el pasillo, indicándole el camino.

Intentaban secuestrarla. Mary se dio cuenta inmediatamente de que el conde no estaba allí por error, que quería llevársela de su casa y que su madre, su propia madre, lo estaba ayudando a conseguirlo.

Mary se revolvió con violencia,

se dobló y se agitó con todas sus fuerzas. Pero todo aquello no logró detener el avance de Davenport. De modo que abrazó al conde por el cuello y lo arañó, al mismo tiempo que intentaba estrangularlo con la cuerda.

—Hija de... —exclamó él, conteniendo un grito de dolor.

La condesa giró la cabeza al momento.

—No haga ruido —siseó, visiblemente disgustada—. ¿Qué le ocurre?

—Que su hija es una gata, eso es lo que ocurre.

La condesa se detuvo y ayudó al conde a deshacerse del ataque de Mary.

—Colóquela sobre la espalda —indicó apresuradamente.

Mary observó a su madre, mientras ayudaba a aquel hombre a inmovilizarla para raptarla de su casa. Los ojos se le inundaron de lágrimas.

El conde la agarró por la cintura y la cargó sobre los hombros como un fardo. En aquella postura, Mary apenas pudo moverse. Su madre y Davenport reanudaron su camino

hacia las escaleras de servicio.

La condesa había hecho un buen trabajo entreteniendo al servicio, ya que nadie los había interrumpido durante su trayecto a la puerta trasera. Terrell salió con Mary al hombro, y la condesa abrió la puerta del carruaje. El lanzó dentro a su futura esposa, pero, cuando se disponía a subir, la condesa lo sujetó por el brazo.

—¿A dónde la llevará?

—La tendré en Winchester unos días. He hablado con el párroco, y está dispuesto a celebrar la boda.

—Bien —asintió la condesa—, pero no puede durar más de tres días o el escándalo será mayor.

—De acuerdo, usted intente serenar al conde.

El se dispuso a subir al coche otra vez, mientras Helen Luton lo observaba molesta.

—Yo me ocuparé de mi hijo. Usted ocúpese de lo suyo y... —la condesa pareció recordar algo y volvió a retenerlo por el brazo— no le haga daño.

Davenport le lanzó una perversa sonrisa.

—La primera vez siempre

duele, milady. Usted debería saberlo.

Ella, que sabía por experiencia lo cruel que podía volverse un hombre durante aquellos momentos, lo observó con dureza.

—Usted haga lo que tenga que hacer, milord —replicó—. Pero no le cause más daño del preciso.

El asintió ligeramente y, acto seguido, entró en el carruaje. Tras cerrar la portezuela, el vehículo emprendió su marcha a toda velocidad.

Helen entró en la casa por la

puerta de servicio y agradeció a Dios que todo hubiese salido bien. Ahora solo debía contener la rabia de Robert durante un par de días, luego, todo quedaría en una anécdota que se comentaría durante las reuniones sociales: con una ligera sonrisa de desaprobación en los labios de las damas y suspiros entrecortados por parte de las jóvenes debutantes. Porque todas ellas envidiarían la suerte de su hija, que para entonces ya sería la condesa de Hampshire.

Pero lo que Helen Luton no sabía era que, al otro lado del

callejón, un niño lo había presenciado todo, que en aquellos momentos atravesaba las calles de Londres como alma que lleva el diablo; más que dispuesto a arruinar todos sus planes.

Eric fue directamente hacia la única persona que podía evitar que a la señorita Mary le hicieran daño.

—Tengo que hablar con usted —resolló, prácticamente sin aliento.

Diego, que permanecía sentado en uno de los sillones del gran salón de su hotel, miró al chico.

—Ahora no, Eric. Hablaremos antes de acostarte como todas las noches.

Diego se volvió de nuevo hacia su interlocutor, un empresario americano del jabón e intentó continuar con su conversación.

Pero el niño no estaba dispuesto a esperar ni un minuto más.

—Un hombre ha atado y amordazado a la señorita Mary; la ha secuestrado delante de mis

propias narices.

Diego se volvió otra vez hacia el chico y se fijó en su aspecto: Eric tenía el pelo revuelto, la cara enrojecida y sudaba profusamente. La gravedad de lo que acababa de decir, combinada con la intensidad de su mirada, indicaron a Diego que debía escucharlo.

—Estos niños... —dijo mientras se levantaba—. Señor Proctor, le ruego que me disculpe un momento.

El hombre le sonrió con condescendencia y asintió,

mientras tomaba un diario y se concentraba en la lectura.

Diego agarró a Eric del brazo y prácticamente lo arrastró hasta el despacho de recepción. Cerró la puerta y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Qué has dicho? —exclamó, más que dispuesto a oír lo que el niño tenía que contarle.

Debido a las sacudidas del carruaje, a Mary le llevó un buen rato poder agarrar el asidero de cuero de la puerta. Cuando lo

logró, consiguió incorporarse por fin y dejar de dar tumbos de un lado a otro en el asiento. Sentada frente a Davenport, observó satisfecha cómo se limpiaba la sangre del cuello.

—Además de muy bonita eres peleona, y eso siempre me ha gustado en las mujeres.

Mary gimió, deseando poder mandarlo al infierno.

—Eso es, mi amor, lucha. Cuanto más pelees —aseguró él sonriendo aviesamente—, más excitado me pondré y mejor lo pasaremos esta noche.

Ella le lanzó una mirada completamente espantada.

El terror en sus preciosos ojos todavía incitó más a lord Davenport, que no pudo resistirse a tocarla. Se arrodilló en el suelo del coche, la aferró por los brazos y la tumbó en el asiento inmovilizándola con el peso de su cuerpo.

—Deseaba hacer esto desde la primera vez que te vi en la fiesta de Devonshire —jadeó Davenport mientras le lamía el cuello y le aplastaba un pecho con la mano.

El conde comenzó a

manosearla por todas partes. Mary se revolvió y gimió con tanta fuerza que la garganta le escoció de dolor. Comprendió entonces que su resistencia todavía lo excitaba más. Así que se quedó muy quieta y, con una náusea retorciéndole el estómago, resistió todos sus manoseos.

Cuando Davenport percibió que por fin la había subyugado, se incorporó ligeramente y miró su cara surcada de lágrimas.

—Tranquila, mi amor — susurró, pasándole la mano por

el pelo—, no voy a tomarte en un sucio carruaje. Solo quería que supieras lo inútil que te será resistirte y lo mucho que te deseo —concluyó él tomando su mano y empujándosela hasta su entrepierna para que ella pudiese comprobar que le decía la verdad.

Mary trató de disimular una mueca de asco antes de que él la soltara y regresara a su asiento. Sofocada, trató de incorporarse de nuevo. Cuando por fin lo logró, comprendió que de momento estaba a salvo, aunque no podía asegurar hasta cuándo.

Mary lanzó una rápida mirada a la espigada figura del conde y comprobó que su pecho subía y bajaba agitado, mientras la observaba en silencio. Respiró hondamente varias veces y trató de serenarse. Intentó dar con algo que la ayudase a huir. Pero ¿cómo iba a huir de él si no podía caminar? Desconsolada, se dio cuenta de que no podría regresar a su casa por su cuenta. "¡Maldito Davenport, maldita mi madre, y malditas mis piernas!", pensó furiosa.

Mary suspiró exasperada, resignada ante la idea de que su

única esperanza radicara en que alguien acudiese en su ayuda. "Por favor, Dios, por favor, rogó con los ojos cerrados, haz que mi hermano se entere; que Robert se entere y que mi madre no logre ocuparse de él", terminó, recordando lo que su madre le había dicho a Davenport antes de subirse coche.

"Como esto sea otra de sus encerronas voy a matarla", pensaba Diego antes de que el mozo de cuadra del hotel le tendiese las riendas de su caballo

negro. Pero cuando se disponía a montar, algo tiró ligeramente de su gabán.

—No dejaré que ese hombre le haga daño, ¿verdad? —preguntó Eric, ansioso.

Diego se acuclilló frente al niño y le tomó los brazos con firmeza.

—Si lo que me has dicho es cierto, sé quién la tiene y a dónde se dirige. Me llevaré a *Bruma* —dijo, señalando al caballo con un movimiento de cabeza— y conseguiré ganar tiempo. Pero —continuó Diego con el semblante ensombrecido— si descubro que

esto es otra de sus trampas, yo mismo la estrangularé. Y después regresaré aquí y te daré unos buenos azotes por desobedecerme cuando te ordené que no la visitaras más.

Diego observó al niño esperando haberlo asustado lo suficiente como para que confesase si se trataba de un engaño, pero Eric ni se inmutó ante sus amenazas.

—¿Qué espera? —contestó impaciente con su vocecilla infantil—. ¡Vaya a rescatarla, maldita sea!

Diego se subió a su magnífico caballo y meditó en lo acertado que había sido no solo investigar a Davenport, sino también todas sus propiedades. Si Eric había oído correctamente, le aguardaban casi dos horas de buena cabalgada hacia el sur: hasta Winchester, un pueblecito cerca de Southampton en donde se encontraba Davenport House, una de las mansiones que el conde conservaba todavía en un mínimo estado de habitabilidad.

Minutos después, justo cuando el sol se ocultaba por el horizonte y el atardecer arrancaba reflejos

dorados al plomizo cielo de la ciudad, un oscuro jinete cruzaba Londres a toda velocidad.

## CAPÍTULO 18

A LO MEJOR DEBIÓ AVISAR A ROBERT ANTES DE EMPRENDER ÉL solo el posible rescate de Mary; como hermano suyo, el conde tenía derecho a saberlo. Pero si lo que había visto Eric coincidía con la realidad, su madre había servido de cómplice, infundiendo al asunto mucha más gravedad todavía. Diego descartó todas aquellas cuestiones en seguida: había actuado con la rapidez que exigía la cuestión. Ya daría las pertinentes explicaciones al conde cuando comprobase por sí

mismo que su hermana se hallaba en perfecto estado.

"Ella lo ama, ¿sabe?" Las palabras de Sara reverberaban constantemente en la cabeza de Diego mientras cabalgaba. Recordó cómo Mary le había dejado creer que iba a casarse con Davenport, y sus lágrimas cuando él le había asegurado que el conde solo buscaba su dinero. Se acordó también de la forma en que ella había respondido a sus besos y caricias; entonces, se atrevió a creer que, quizá, después de todo, Mary Luton sí sentía algo por él. Una intensa

emoción le sacudió el pecho; algo inexplicable que se encontraba suspendido entre la alegría más desbordante y el miedo más atroz. Diego sujetó con fuerza las riendas, se inclinó sobre el cuello de su caballo y, clavando con fuerza los talones en sus flancos, aumentó la velocidad de cabalgada, porque algo en su interior le dijo que debía darse toda la prisa posible por encontrarla.

Mary contempló el perfil de lord Davenport, mientras él le

desamarraba la cuerda de las manos para luego volver a atárselas por separado al cabecero de madera maciza de la enorme cama en la que acababa de acostarla. Ella llevaba la mordaza y no podía hacerse entender. Quería que el conde la mirara, quería que supiera que no tenía por qué atarla, que no tenía ninguna intención ("posibilidad" era una palabra mejor) de escapar. Pero Davenport, concentrado en realizar unos buenos nudos, ni siquiera se molestó en echar una ojeada a su cara.

Cuando finalizó su tarea, el conde se puso de pie y la observó con las manos en la cintura y con una sonrisa maliciosa asomando a sus labios.

—Creo que en las piernas no hará falta, ¿verdad?

Mary achicó los ojos y le lanzó una mirada de lo más significativa, lo que le arrancó una carcajada a él antes de dirigirse a la salida de la habitación.

—Voy a ver si la cocinera nos ha dejado algo de comer — anunció saliendo por la puerta—.

Debemos reponer fuerzas, mi vida, porque esta noche va a ser de lo más movidita.

¡Había criados! La información atravesó como un rayo de luz los frenéticos pensamientos de Mary. Cuando llegaron a la mansión del conde todo estaba a oscuras y ella creyó que, debido a su deterioro, la casa estaba deshabitada. Pero ahora que sabía que no era así, tal vez, si conseguía sacarse aquel maldito pañuelo de la boca y gritar, alguno de los sirvientes acudiría en su ayuda. Mary se incorporó y trató de acercar la boca a la

mano, pero ésta estaba demasiado lejos, y todos sus intentos fueron infructuosos. Probó con la otra mano, pero los resultados fueron exactamente los mismos. Agotada por el esfuerzo, se dejó caer sobre las almohadas gimiendo de frustración.

Davenport regresó cargando una bandeja y, antes de acercarse a la cama, dio una patada a la puerta para cerrarla. Hizo sitio en la mesilla y fue depositando sobre ella platos con lo que a Mary le pareció algún tipo de consomé, tostadas, queso, y una

ensalada de fruta.

El conde se inclinó sobre ella y se dispuso a sacarle la mordaza.

—Antes de nada, te informo que, si has pensado en gritar, te resultará de lo más inútil. No hay ningún criado; resulta demasiado caro mantenerlos —explicó con una sonrisa contrita—. Pago a unas señoras del pueblo para que vengan a limpiar una vez por semana. En cuanto a la cocinera, ya se ha marchado a su casa. Así que nadie podrá oírte.

Aquella nueva información desanimó a Mary en lo más

hondo. Lo que había significado su última oportunidad de lograr ayuda acababa de irse al demonio.

Después de desatar el pañuelo, el conde volvió a inclinarse sobre ella, acercándole un trozo de queso.

—Davenport —dijo Mary mirándolo fijamente—, todavía estás a tiempo de reparar todo esto. Si me llevas a casa, te prometo que no te delataré ni permitiré que mi hermano te haga daño.

El conde sonrió.

—Mi querida niña, si te devuelvo a tu casa sin haberme casado contigo, tu hermano me degollará vivo.

—No —interrumpió ella—, no lo hará. Yo sé cómo hablarle. Lo convencería para que no te hiciera daño.

Davenport soltó una carcajada.

—Creo que tu madre y tú tenéis excesiva confianza en vuestra influencia sobre él. Pero ¿tú has visto el tamaño de tu hermano, querida? Me haría pedazos —concluyó, negando con la cabeza—. Además, como verás

—dijo haciendo un gesto con la mano en derredor—, necesito el dinero de tu dote desesperadamente. Por otro lado, y contra todo pronóstico, te deseo; te he deseado desde el primer momento en que te vi. Así que, por todo ello, he de decirte que no solo necesito nuestro matrimonio, sino que también lo quiero.

Cuando Mary intentó replicar, él le introdujo más comida en la boca. Ella se sintió invadida por la náusea. Aun así, siguió comiendo y masticando cada bocado con extraordinaria

lentitud, dispuesta a ganar tanto tiempo como le fuera posible.

Lamentablemente, los dos terminaron demasiado pronto con todo el contenido de los platos. El conde volvió a colocarlos en la bandeja y la dejó sobre una cómoda al otro lado de la estancia. Antes de volver junto a Mary, tomó uno de los cuchillos.

Mary lo contempló acercarse a ella con el arma en la mano y con una extraña sonrisa dibujada en la cara.

—Vamos a ver lo que hay

debajo de toda esa ropa.

Aterrada, Mary no pudo soportarlo más y gritó con todas sus fuerzas.

—¡Socorro! ¡Ayúdenme por favor!

Y gritó, y gritó, y gritó, hasta casi quedarse sin voz.

Davenport sonrió mientras se sacaba la camisa.

—Ya te lo dije, preciosa. Aquí solo estamos tú y yo —dijo, subiéndose a la cama con los ojos centelleantes.

Mary miró hacia abajo y comprobó que él estaba cortando

su vestido con el cuchillo. Tras hacerle un buen corte, agarró las dos partes y dio un fuerte tirón hasta que la tela terminó rasgándose por completo. El conde apartó las dos mitades del vestido y contempló extasiado los montículos de los pequeños pechos que el corsé oprimía elevándolos. Agarró el cuchillo y dio otro tajo a la enagua hasta conseguir abrirla también. Davenport observó con verdadero deleite las suaves curvas de Mary a través de sus calzones. Tenía una erección tan fuerte que ya no pudo resistirse

más a tocarla.

Mary gritó otra vez cuando él la aplastó con todo el peso de su cuerpo. Davenport le abrió las piernas con su rodilla y le tapó la boca con una mano, mientras con la otra aferraba su pecho y descendía hasta sus nalgas. Mary gemía desesperada. Él comenzó a empujar su pelvis contra su entrepierna y ella notó la amenazadora dureza de su excitación contra la fina tela de sus calzones. Entonces, el llanto comenzó a ahogar su garganta y a empañarle los ojos.

Davenport se mecía sobre ella mientras respiraba entrecortadamente junto a su oreja. Él levantó la cabeza y la miró intensamente.

— Quiero besarte en la boca — jadeó—. No hagas ninguna tontería, ¿eh?

Mary sofocó un grito cuando él apartó la mano y aplastó su boca contra la de ella. Pero cuando el conde introdujo su lengua, ella ya no pudo soportarlo más y lo mordió con todas sus fuerzas, girando la cara de un lado a otro para producirle el mayor daño

posible.

Davenport soltó un grito de dolor y se incorporó al instante sujetándose la boca con ambas manos. Mary vio horrorizada cómo a través de sus dedos brotaba sangre a borbotones.

—Hija de perra —resolló él, propinándole un bofetón tan fuerte que la atontó.

Se puso a horcajadas sobre ella y comenzó a romper lo poco quedaba de su ropa interior.

—Voy a hacerte mía —farfulló, salpicándola con la sangre que manaba de su boca—. Ahora.

Completamente aturdida, Mary notó que sus fuerzas comenzaban a abandonarla. Se encomendó a Dios y le pidió que aquello terminara cuanto antes. El Señor pareció oírla, porque, tras el sonido de varios cristales rompiéndose, el peso del conde dejó de estar sobre ella.

Unos aterradores bramidos hicieron que Mary se incorporara para ver lo que pasaba, y un grito de alivio se le atragantó al ver cómo un hombre volteaba a Davenport en el suelo. Mary suspiró y se dejó caer sobre las almohadas. Al fin, su amado

hermano había acudido en su ayuda. Pero entonces, una voz con un profundo acento la hizo erguirse de nuevo. Mary conocía aquel acento y sabía que se notaba mucho más cuando su dueño se enfadaba. No era Robert quien en aquel momento levantaba a Davenport como si fuera un muñeco de trapo, sino Diego. Diego Lezcano acababa de atravesar la ventana para salvar su vida, otra vez.

Davenport emitió un terrible alarido, cuando otro potente puñetazo le hizo trizas las costillas.

—Voy a reventarte las entrañas  
—rugió Diego.

Tenía al conde contra la pared y, mientras con una mano lo sujetaba por el cuello levantándolo varios centímetros del suelo, con la otra ponía todo su empeño en romperle el hígado. Davenport escupía sangre e intentaba desesperadamente explicarse, con el terror dibujado en la cara.

—No he hecho nada —  
balbuceaba una y otra vez,  
paralizado por el miedo.

Davenport jamás había

contemplado tal ferocidad en un rostro humano. Miró otra vez a aquel hombre que iba a matarlo. Antes de perder la conciencia lo reconoció: era aquel extranjero, el socio de Luton. ¿Cómo se llamaba?

Pero antes de recordarlo, se desmayó.

—¡Despierta, hijo de puta! — gritó Diego mientras le golpeaba la espalda contra la pared intentando que volviera en sí, para seguir infligiéndole dolor.

—Diego —resolló Mary apenas sin voz—, Diego.

Las palabras de Mary parecieron devolverlo a la realidad. Entonces, aquella cortina roja que le había nublado la vista, cuando, a través de la ventana contempló cómo Davenport le pegaba e intentaba violarla, comenzó a disiparse. Controló la velocidad de su agitada respiración y dejó al conde, cuyo cuerpo se derrumbó inerte en el suelo. Se pasó una mano por la cara y volvió la mirada hacia la cama. Se aproximó lentamente. Al vislumbrar la escena, las piernas comenzaron a temblarle con

tanta fuerza que creyó que iba a derrumbarse: Mary yacía atada por las muñecas a la cama, tenía la ropa rajada de arriba abajo y había sangre por todas partes.

Diego notó que la ira volvía a hacerlo su presa. Bufando como un animal se volvió de nuevo a Davenport con la intención de terminar lo que había empezado.

—Diego, Diego —se apresuró a decir Mary, intentando desesperadamente llamar su atención al ver aquella terrorífica expresión en sus ojos—; Diego, te necesito. Ayúdame, por favor.

El ruego resultó, porque él acudió junto a ella al momento y se sentó en la cama. Acarició su cara y le limpió el rastro de lágrimas, con una abrumadora conmoción oprimiéndole el pecho.

—Mi amor —susurró Diego—, ¿qué te han hecho?

A punto de volver a llorar al oírlo llamarla así, Mary consiguió sobreponerse y dibujar una débil sonrisa.

—Estoy bien. No ha conseguido su propósito —informó, contemplando cómo él exhalaba

un profundo suspiro de alivio—. Desátame y sácame de aquí, por favor.

Diego deshizo los nudos tan rápido como se lo permitió el temblor de sus manos. Estudió con el ceño fruncido el ensangrentado surco que la cuerda había producido en las delicadas muñecas de Mary e intentó aliviar su dolor frotándole ligeramente los antebrazos para que la sangre volviese a circular.

Mientras se afanaba por desatar a Mary, un ruido en el

suelo llamó la atención de ambos. El conde había recuperado el conocimiento, se había puesto de pie y había conseguido abrir la puerta.

Diego se incorporó, dispuesto a impedir que se marchara. Pero Mary le sujetó las manos con fuerza y lo miró implorante.

—Por favor, déjalo ir. Y sácame de aquí en seguida.

Él volvió a centrar su atención en ella, y Davenport salió tambaleante de la habitación.

Diego la tomó en brazos sin apenas esfuerzo y fue hacia la

puerta. Había llegado hasta allí después de trepar por un cobertizo que había en la parte de atrás de la mansión, pero con ella en brazos ya no podría regresar por el mismo sitio. Así que encaminándose hacia el pasillo, Diego dejó la habitación dispuesto a matar a cualquiera que decidiera interponerse en su camino.

Como le había dicho Davenport, la casa estaba completamente abandonada y a oscuras. El conde debía de haberse escondido en alguna otra habitación de la primera planta.

Mary contempló el duro perfil de Diego bañado por las sombras de la casa y se abrazó con fuerza a su cuello, enterrando la cara contra la dureza de su hombro.

Deseaba salir de allí cuanto antes. Diego la guió con paso firme hasta el exterior de la casa, en donde un enorme caballo negro los esperaba. Con una fuerza extraordinaria él la elevó hasta subirla a la silla. Mary quedó sentada a horcajadas sobre el caballo, al revés de como se montaba normalmente. Apoyó las palmas de las manos contra el cuero de la silla intentando no

perder el equilibrio. Diego se sacó el gabán y se lo pasó.

—Ponte esto.

Ella lo agarró y se lo vistió con cuidado de no caerse. Cerró los ojos al instante, disfrutando del calor del cuerpo de él que aún conservaba la prenda.

—Gracias —contestó Mary, abrazándose a sí misma.

Diego montó con un ágil movimiento, de forma que sobre el caballo los dos estuvieron uno frente al otro. Agarró las piernas de ella y las subió, quedando prácticamente sentada sobre sus

muslos.

—Ahora sujétate a mí y no te caerás —dijo él, mirándola con un gesto grave de concentración.

Ella lo observó alarmada.

—Diego, no puedo ir a casa. Por favor —exclamó implorante—, no me lleves a casa con este aspecto.

Diego abrió los brazos para tomar las riendas y la rodeó con ellos, cobijándola bajo la protección y el calor de su cuerpo.

—No te preocupes. No vamos a regresar a Londres ahora.

Mientras el caballo se ponía en marcha, Mary se abrazó a él y tuvo que reconocer que llevar el vestido y la enagua abiertos en dos, le proporcionaba una comodidad extra en aquella posición.

—Entonces, ¿adónde vamos?  
—preguntó, lanzándole una rápida mirada.

Diego bajó la cabeza y enterró la nariz en su cabello despeinado. Allí no halló el rastro de ningún perfume, pero la floral frescura que siempre parecía envolverla inundó sus fosas nasales. Diego

juró al cielo que jamás permitiría que nada ni nadie volviera a intentar arruinar la inocencia de Mary. Su Mary.

—Calla —susurró él antes de darle un ligero beso en la frente—. Y trata de descansar.

Diego la apretó contra él y espoleó a su caballo. Mary ahogó un grito, asustada por el aumento de la velocidad, y se abrazó a Diego con todas sus fuerzas. No le importaba a dónde se dirigieran, siempre y cuando fuera con él.

Diego puso rumbo hacia el

Sudeste y un relámpago lejano resquebrajó el cielo nocturno. Miró las nubes que cubrían cualquier posibilidad de contemplar las estrellas y rogó para que el chaparrón con el que amenazaban aguardara para desatarse; por lo menos el tiempo que iban a tardar en llegar a Portsmouth.

## CAPÍTULO 19

PERO HUBO POCA SUERTE, YA QUE DIEZ MINUTOS DESPUÉS DEL primer relámpago, la tormenta se desató justo sobre ellos. La lluvia caía a raudales, y Diego apenas lograba ver por dónde iban. Abrazó más fuerte a Mary, que temblaba violentamente contra su cuerpo, y se encomendó al buen instinto de *Bruma*.

Cuando un relámpago iluminó la noche, y a pesar de la fuerte lluvia, Diego pudo distinguir las almenas del viejo castillo

normando. Dio unas palmadas al caballo en señal de felicitación y sin perder más tiempo se dirigió hacia allí.

Al entrar en el patio de armas, el ruido de los cascos sobre el empedrado suelo resonó contra las murallas con más fuerza que el constante alboroto del aguacero. Completamente desorientado, Diego buscó la luz del viejo farol que había sobre la puerta de entrada de la torre principal, que era la única construcción todavía habitable del castillo. Cuando por fin la distinguió, tiró de las riendas

para encaminarse hacia allí.

Diego desmontó de prisa y golpeó la aldaba de hierro de la gruesa puerta. Se volvió y elevó los brazos hacia Mary.

—Vamos, ya hemos llegado.

Ella lo observó confundida.

—¿A dónde? —preguntó antes de notar cómo un estremecimiento de frío la atravesaba—. ¿Qué es esto?

—De momento, un buen refugio —contestó él, haciendo un gesto de impaciencia con la mano.

Mary se aferró con fuerza a sus

hombros y desmontó. Él la sujetó por la cintura con un brazo y con el otro dio un ligero golpe en la grupa del caballo para que se marchara en busca de abrigo. La puerta se abrió.

—Lo siento —dijo la anciana que apareció al otro lado—. Pero esto no es una fonda. Tendrán que ir al pueblo a resguardarse.

Cuando la mujer se disponía a cerrar, Diego adelantó una pierna e interpuso su bota en la trayectoria del portón.

—¿Desde cuándo no recibimos a dos viajeros cansados, señora

Carpenter?

Al oír la voz de Diego, la mujer levantó el farol y sus pequeños ojos marrones se agrandaron por la sorpresa.

—¡Señor Lezcano! —exclamó abriendo la puerta al instante y haciéndose a un lado para permitirles entrar—. ¿Qué está haciendo aquí?

Al entrar en el gran vestidor de la torre, Diego fue dejando un rastro de agua a su paso.

—La dama y yo —contestó él mirando a Mary— estábamos de excursión, cuando sufrimos un

pequeño accidente. Necesito que encienda la chimenea de la habitación más pequeña, para que se caliente cuanto antes y...

—Pero señor —lo interrumpió ella—, la única que está preparada es la suya, y es la más grande.

Diego hizo un gesto de fastidio.

—Bueno, pues habrá que encender la chimenea de mi habitación, aunque tardará un poco más en caldearse. Si pudiera poner al fuego unos baldes de agua. Ah —dijo mientras comenzaba a subir ya las

estrechas escaleras de piedra—, traiga unas toallas y dígame a su marido que suba la tina a mi cuarto.

—Muy bien, señor —contestó la señora Carpenter mientras desaparecía por uno de los arcos que circundaban el vestíbulo.

Mary, que había permanecido en un atónito silencio hasta el momento, se abrazó al cuello de Diego y contempló su perfil anguloso mientras ascendían al segundo piso.

—Te conoce —susurró ella junto a su oreja—, te conoce, y

tienes un cuarto.

Él le lanzó una rápida mirada de reojo y no pudo evitar que la comisura de su boca se elevase en algo parecido a una sonrisa.

Impaciente, ella le propinó un ligero golpe con la mano.

—¿Por qué te conoce, Diego?  
¿Qué es esto?

Diego se detuvo en medio del oscuro pasillo, iluminado únicamente por la luz de algunas antorchas. Una amplia sonrisa acudió a su boca y a sus ojos, antes de que se posasen con ternura en ella. Iba allí siempre

que el corrompido aire de Londres lo agobiaba, pero jamás le había hablado de aquello ni tan siquiera a su socio. Así que no le extrañó que ella se sorprendiera.

—Esto es un castillo, y yo soy el dueño. Por eso la señora Carpenter me conoce. ¿Ha quedado satisfecha su curiosidad, milady?

La boca de Mary se abrió por la sorpresa.

—¡Tienes un castillo! Pero yo creí... —titubeó—, creí que no querías tener una casa y que por

eso vivías en el hotel.

—Y así es —confirmó Diego, mientras reemprendía la marcha—. Pero esto no es una casa, es un castillo.

Mary lo observó, tratando de entender qué lo había llevado a comprar un castillo prácticamente en ruinas. Pero en seguida lo descartó mentalmente, ya que siempre habría algo completamente incomprensible para ella en aquel hombre; quizás ese era el motivo por el que le parecía tan excepcional.

Entraron en una estancia

oscura. Diego atravesó la habitación con suma pericia, sin tropezarse con ningún mueble y la depositó sobre una superficie suave y mullida. Mary oyó las pisadas de él resonar en el suelo.

—Diego —lo llamó nerviosa cuando sintió que se alejaba—, no me dejes.

Él le habló para tranquilizarla.

—No me marchó a ninguna parte, solo voy a encender la luz.

Diego salió un momento del cuarto y regresó con una de las antorchas del pasillo, con la que fue encendiendo las velas que se

distribuían en los apliques de hierro de la pared. El característico y dulce aroma a miel que la cera de abejas desprendía al arder pronto inundó hasta el último rincón de la estancia.

Mary pudo contemplar entonces la austeridad con que la habitación estaba decorada. Las paredes de piedra desnuda carecían de cualquier adorno, salvo por los candelabros. En el centro, se hallaba la gran cama cuadrada de más de dos metros por cada lado, en la que ella permanecía sentada. Miró a su

alrededor y vio que cada una de las esquinas de aquel lecho estaba delimitada por un grueso poste de madera más alto que cualquier hombre. El viejo dosel que colgaba hasta el suelo por los cuatro costados estaba confeccionado por una gasa tan fina que presentaba ya algunos agujeros por el paso del tiempo. Además de un gran arcón a los pies de la cama, el resto de mobiliario se reducía a un pesado escritorio de caoba sobre el que había amontonada una veintena de libros y un sillón tapizado en cuero rojizo al lado de la ventana.

En el centro de la pared opuesta a la cama, se encontraba la gran apertura de la chimenea, apagada y oscura en aquellos momentos, sobre la cual colgaba lo que parecía un antiguo tapiz con escenas náuticas.

Mary cruzó las manos sobre el regazo y observó a Diego ir de un lado a otro. Cuando hubo terminado, la habitación quedó completamente iluminada. Alguien golpeó la puerta y, tras abrir, Diego dejó paso a la señora de antes, que cargaba con un montón de toallas blancas, y a un hombre robusto de unos sesenta

años que la seguía con una pequeña pileta de madera.

Diego se apresuró a ayudarlos. Durante los siguientes minutos, Mary contempló el ir y venir de los tres mientras acomodaban la pileta frente a la chimenea. La señora Carpenter tomó un poco de leña de un montoncito cercano, se arrodilló frente al hogar y, en menos de dos minutos, encendió el fuego.

Diego se volvió entonces hacia Mary.

—Voy a ayudar al señor Carpenter a subir los cubos de

agua caliente; la señora Carpenter te hará compañía.

Mary miró a la anciana, que le devolvió una sonrisa insegura, y asintió.

Cuando los dos hombres salieron de la habitación la mujer habló.

—El señor Lezcano nos deja vivir aquí como caseros. Es un hombre muy bueno.

—Sí que lo es —convino Mary.

La anciana pareció muy complacida y se acercó hasta ella más confiada.

—Debe sacarse ese abrigo

mojado o se enfermará, señorita —anunció, solícita.

Mary miró la manga del gabán de Diego y asintió. Estaba calada hasta los huesos, y el calor que ya había comenzado a caldear la habitación no era capaz de atravesar las empapadas capas de tela.

—Verá, señora Carpenter, yo no puedo caminar —dijo, y en seguida escuchó el gemido de sorpresa de la anciana—. Así que, si fuera tan amable de ayudarme.

La anciana se aproximó hasta ella al instante. Se limpió las

manos en su delantal blanco y se inclinó hacia ella servicial. En cuanto Mary bajó el gabán de los hombros, la mujer dio un respingo hacia atrás y se llevó ambas manos a la boca.

—¡Santo Cielo! —exclamó horrorizada—. Pero ¿qué le ha pasado, niña?

Mary miró hacia abajo y, al contemplar su despedazado atuendo salpicado con su propia sangre y la del conde, comprendió la cara de susto de la señora Carpenter.

—Me atacó una bestia salvaje

—explicó.

El miedo ensombreció el rostro de la anciana.

—¿Lobos?

Mary asintió sin dar más explicaciones, ya que no quería asustarla. Claro que no mencionó que el depredador que la había herido era mucho más peligroso que un lobo: nada más y nada menos que un par del reino. Alguien al que todo el mundo respetaba y suponía altamente civilizado.

La señora Carpenter tomó una de las toallas que había dejado

sobre la cama y extendiéndola frente a Mary la envolvió con ella. Mary suspiró, agarró la esquina de la tela y se secó la cara, agradecida de su suavidad y calidez.

En aquel mismo instante el señor Carpenter y Diego regresaron, cargando cada uno con dos pesados baldes de agua humeante. En cuanto entró por la puerta, Diego observó que Mary le sonreía, envuelta en una enorme toalla. Se detuvo inconscientemente bajo el quicio de la puerta prendido de sus centelleantes ojos, que se habían

vuelto de un singular tono azul marino.

Diego volvió a la realidad cuando el señor Carpenter, que ya había dejado sus cubos frente a la chimenea, regresó junto a él para ayudarlo con los suyos.

—Lo hago yo —dijo sonriendo al anciano—. Muchas gracias por todo.

El señor Carpenter asintió complacido antes de retirarse. Su mujer, en cambio, permaneció casi un minuto paseando su mirada de Diego a Mary y frotándose las manos con

nerviosismo. Pero si tenía algo que objetar ante la indecorosa situación de que una joven se quedara sola en la habitación de un hombre que no era su marido, la señora Carpenter no dijo una palabra al respecto. Tras una ligera reverencia dedicada a ambos, se retiró detrás de su esposo.

Diego lanzó una furtiva mirada a la pequeña figura de Mary sentada en la cama y se esforzó por controlar los frenéticos latidos de su corazón. Se llevó las manos a la cintura y miró en derredor, enumerando

mentalmente todo lo que debía hacer para preparar el baño. Dispuesto a realizar un trabajo metódico y a que la presencia de ella dejase de afectarlo, fue hasta el arcón, cuyos goznes rechinaron al abrirlo, y tomó una sábana de lino con la que cubrir el fondo de la tina. Volcó después tres de los cuatro baldes humeantes en su interior. Volvió al arcón y buscó dentro uno de aquellos jaboncitos de lavanda que la señora Carpenter elaboraba. Tras localizar el pequeño paquete y desenvolverlo, lo dejó con cuidado en un saliente de la

pileta.

Diego había sido plenamente consciente de la forma en que ella lo seguía con la mirada por toda la habitación. Se había mantenido en silencio, observándolo en su ir y venir mientras preparaba el baño. Él contempló el resultado de su trabajo con las manos otra vez en la cintura, repasando mentalmente que todo estuviera en su lugar. Y, suspirando de forma bastante audible, hizo un último esfuerzo por serenarse.

—¿Diego? —susurró Mary

mientras contemplaba los rígidos músculos de su espalda.

—¿Sí? —respondió él con la mirada perdida en el resplandor del fuego.

Diego se dijo que debía limpiarle todas aquellas manchas de sangre y hacerla entrar en calor lo antes posible o se enfermaría. Ambas cosas se conseguían con el sencillo y efectivo acto de darse un baño. Pero el problema radicaba en que Mary iba a necesitar que la ayudara. Entonces pensó que lo que hasta hacía un minuto le

había parecido bastante factible, ahora, que había llegado el momento, le estaba costando mucho más de lo previsto. Porque, aunque sabía que debía contemplarla como alguien que sencillamente necesitaba su ayuda para un acto cotidiano, era imposible pasar por alto que era ella; no cualquier persona, sino ella.

—Diego —insistió Mary—, ¿te importaría ayudarme a desatar esto?

Diego giró en seguida hacia ella y lo que contempló lo volvió a

dejar petrificado en el sitio: Mary ya se había sacado el maltrecho vestido y la enagua, se había quitado las horquillas del pelo, y únicamente con las medias y los calzones, se retorció intentando llegar con los brazos a los lazos posteriores de su corsé para desatarlos.

—¡Diego, ayúdame! —exclamó impaciente.

Diego suspiró pasándose una mano por la cara.

—Eh, sí, bien...

Se subió a la cama por detrás de ella. Cuando Mary notó el

cambio de peso sobre el colchón, no pudo evitar que una risita nerviosa escapase de sus labios.

—Me muero por meterme en el agua caliente.

Diego respiró hondamente una y otra vez mientras intentaba deshacer los nudos que se habían formado en las cintas del corsé. A causa del temblor que había empezado a afectarle repentinamente los dedos, le costó algo más de lo previsto.

—Ya está —declaró con voz pastosa cuando terminó de aflojar las tiras una a una.

Ella se deshizo del corsé y, tras unos segundos en los que pareció estar meditando en algo, agarró decidida el borde de su camisola interior y se la sacó por la cabeza. Diego, todavía arrodillado en la cama, contempló atónito cómo sus bucles dorados se derramaban desordenados por su espalda desnuda.

Mary se bajó las medias y tiró de la puntera para quitárselas. Ya solo le quedaba el calzón para estar completamente desnuda delante de él. Tenía ganas de bañarse, eso era cierto; pero, de repente, deseaba mucho más que

Diego la contemplara tal y como era. Todas sus inseguridades parecieron quedar atrás, los temores se enfriaron y ya no hubo más vergüenza. Parecía como si todo lo que le había sucedido estuviera tomando sentido. Todo la había conducido hasta allí por algún motivo, y ella, más valiente que nunca, estaba más que dispuesta a descubrirlo. De modo que se desató las cintas del calzón y, sujetándose a la columna de la cama, se incorporó para que la prenda íntima se deslizase hasta sus talones.

A Diego se le secó la garganta

de repente. Había querido protestar, decirle que podía bañarse con la ropa interior. Pero, demasiado concentrado en seguir respirando, fue absolutamente incapaz de articular sonido alguno. Era delicada y menuda, eso ya lo sabía, pero lo que nunca había llegado a imaginar era que bajo sus vestidos se escondieran todas aquellas curvas. En una torturadora exploración de su cuerpo, Diego se fijó en cómo sus esbeltas piernas se perdían en un trasero de nalgas redondeadas y firmes que, ascendiendo hasta

una cintura muy estrecha, otorgaba al conjunto de su figura una marcada forma de pera.

Con un escalofrío recorriéndole la columna vertebral, Mary notó sus ojos clavados en ella y cómo su respiración se volvía más profunda. A pesar de que temblaba como una hoja en un temporal, se apoyó en el poste de la cama y se obligó a volverse muy lentamente.

Él permanecía todavía arrodillado en la cama, sentado totalmente sobre sus piernas. Los brazos le colgaban inertes y sus

manos descansaban juntas sobre el regazo. Tenía los ojos entornados bajo sus espesas pestañas negras, fijos en algún punto de la colcha, y su pecho subía y bajaba visiblemente agitado.

Mary se humedeció los labios.

—¿Me llevas a la bañera? — susurró, con el corazón a punto de salirsele del pecho.

## CAPÍTULO 20

DIEGO SE ATREVIÓ A LANZARLE UNA RÁPIDA MIRADA. LO QUE VIO le produjo al instante la mayor erección que había experimentado en la vida. El fuego de la chimenea se recortaba contra la figura desnuda de Mary, apoyada en la gruesa columna de la cama. La gasa transparente del dosel se enredaba sinuosa en su cuerpo. Su pelo, que centelleaba con reflejos de oro, le llegaba hasta la cintura y cubría parcialmente la visión de su vientre plano y de

unos pequeños y redondeados pechos de punta rosada. En aquel momento, en aquel mismo momento, Diego supo que nada volvería a ser igual.

Mary contempló cómo se le escapaba un sonoro jadeo entre los dientes antes de levantarse del colchón. Él se puso de pie y, agarrando una de las columnas con la mano, rodeó lentamente la cama sin apartar ni por un instante la mirada de ella. Mary observó que sus ojos nunca habían sido tan negros, resplandecientes a la luz del fuego como el más puro

azabache. Diego se acercó despacio y se detuvo a unos cuantos centímetros de ella. No llegó a tocarla, pero el cuerpo de Mary hormigueó de anticipación. Notó que su piel ardía, como si el calor de la habitación hubiese subido de pronto un montón de grados.

De pie frente a ella, Diego sintió los músculos duros como piedras cuando contempló su cabeza desde arriba e intentó no fijarse en sus pechos ni en el triángulo de suave vello que distinguía entre sus piernas. Subió una mano y notó que ella

contenía la respiración. Pero no la tocó, ni tan siquiera la rozó, solo comenzó a desabotonarse lentamente la chaqueta. Al terminar, la dejó caer al suelo e hizo lo mismo con el chaleco. Ella miraba sus manos, pero no levantó la vista de su pecho. Su respiración era entrecortada y se mordía el labio inferior nerviosa, en lo que a Diego le pareció la forma de seducción más sencilla y condenadamente efectiva que había presenciado nunca. No llevaba corbata así que tras desabrocharse los puños, continuó con el resto de los

botones de la camisa. Se la sacó de debajo del pantalón y, después de un breve titubeo, la dejó caer con el resto de su ropa mojada.

Mary permaneció aferrada a la cama, contemplando embelesada el trabajo de sus largos dedos mientras se deshacía de su ropa. Admiró la firmeza de sus poderosos hombros, el conjunto de músculos que se marcaba a lo largo del tórax y el vello oscuro que cubría su pecho y descendía en una línea más fina por su estómago hasta perderse bajo la cintura de sus pantalones.

Comprobó que algunas cicatrices cruzaban su torso en diagonal, pero no se atrevió a preguntar.

El ruido de la lluvia que golpeaba con fuerza contra el cristal de la ventana y el crepitar del fuego eran los únicos sonidos que quebrantaban el silencio de la habitación. Diego permaneció frente a Mary con los brazos extendidos a lo largo del cuerpo. Tras un profundo suspiro, ella levantó la vista y se atrevió a mirarlo a la cara.

De repente, él gruñó y se agachó para levantarla en brazos

sin ningún esfuerzo. Mary ahogó un grito por la brusquedad del movimiento y se agarró a su cuello con firmeza. Mientras la conducía a la bañera, ella fue intensamente consciente de las cosquillas que el vello de su cuerpo le producía en el costado y deseó abrazarse a él más estrechamente para poder sentirlo mejor.

—Diego.

—¿Qué? —dijo él con la voz enronquecida.

—Nada —susurró Mary—, solo Diego.

Él sonrió y la miró con los ojos centelleantes hasta dejarla en la bañera. Mary exhaló un hondo suspiro de placer cuando el agua caliente rodeó sus músculos doloridos. Se arrellanó todo lo que pudo en la pequeña pileta, se tapó la nariz con los dedos y sumergió la cabeza y los hombros. Cuando emergió varios segundos después, lo hizo con una sonrisa de puro deleite.

—Dios mío —exclamó—, esto es maravilloso.

Mientras se arrodillaba a su lado, él no pudo estar más de

acuerdo: era una diosa, era lo más maravilloso y fascinante que sus ojos habían contemplado jamás. Tomó la pastilla de jabón y se la extendió por el pelo. Diego se inclinó sobre ella enjabonándole la cabeza y frotando con suaves movimientos circulares. Mary observó embelesada el movimiento de sus enormes bíceps mientras le lavaba el pelo. Después de varios minutos mirándose en silencio, él tomó el otro cubo y derramó su contenido con cuidado sobre ella para aclarar el jabón. Extasiada, Mary suspiró inclinando la cabeza

hacia atrás mientras se pasaba las manos por el pelo.

Una vez terminado el proceso de aclarado, Diego volvió a su lado. Ella le sonrió y comprobó que su rostro se ensombrecía al observarle la cara.

—¿Te duele? —preguntó él con tono dolorido mientras tocaba con la punta de los dedos el moratón que cruzaba su pómulo derecho.

Recordando la fuerte bofetada del conde, Mary colocó su mano sobre la de Diego para tranquilizarlo.

—No. En realidad, yo le hice más daño a él.

El semblante de Diego se endureció.

—Bien hecho —susurró, tocándole la cara con una mano mientras con la otra le masajeaba la nuca.

Mary suspiró cuando él le levantó la cabeza y se inclinó para besarla en los labios. Ella tomó su cara entre las manos y, acariciando la aspereza de sus mejillas, le devolvió el beso con toda el alma. Mientras su boca la saboreaba, Diego dejó su nuca, y

su mano se perdió bajo el agua en un febril descenso por su columna. Con la palma abierta para abarcar la mayor superficie posible, exploró su espalda hasta el inicio de las nalgas, subió por su costado y tomó su pecho sopesándolo y acariciándolo con el pulgar. Complacido y completamente excitado, notó que el pequeño pezón se erguía contra la palma de su mano.

A Mary se le cortó la respiración y todo su cuerpo pareció incendiarse bajo sus caricias. Con un ronco gruñido contra su boca, buscó frenética

una mayor proximidad. Se abrazó a su cuello y él la envolvió en seguida con sus fuertes brazos. La bañera se inclinó a punto de volcar, y parte de su contenido se derramó por el suelo. Sin dejar de besarla, Diego la sacó del agua y la condujo a la cama. Mary se agarró con fuerza a su cuello y jugueteó con sus cabellos negros mientras exploraba su boca con húmedos y lánguidos besos.

Diego sabía que aquella noche no era la más indicada, que ella necesitaba descansar y que él debía secarla y dejarla dormir. Pero el deseo por Mary contenido

durante tantos años exigía a gritos ser satisfecho. Por una vez, Diego se olvidó de sus deberes: la tumbó sobre la colcha de lana, que absorbió en seguida la humedad de sus cuerpos, y se colocó encima de ella. Mary jadeó al sentir el vello del torso masculino contra sus húmedos pezones. Lo abrazó con fuerza apretándolo contra ella, anhelaba sentirlo cerca, muy cerca. Deseaba que él la envolviera con su cuerpo que parecía esculpido en mármol, y que la liberara de aquella creciente ansiedad que la

quemaba por dentro.

Frenético, Diego abandonó sus labios hinchados y descendió besándole la mandíbula y el cuello. Aferró su cadera y la apretó contra él para que pudiera sentir su poderosa erección.

—Mary —jadeó—, Mary, no creo que pueda parar.

Ella lo miró con los ojos nublados de pasión.

—Si paras ahora, te mato.

Diego ahogó una carcajada, la observó con adoración y se inclinó para tomar su delicado pezón entre los labios. Mary gritó

ante la sorpresa del contacto y el espasmo de placer que le recorrió el cuerpo. Atrapó su cabeza con las manos y se arqueó todo lo que pudo contra él. Diego aprovechó el movimiento y le acarició las nalgas apretándola todavía más contra su dureza. Él deslizó la boca hasta el otro pecho y succionó con fuerza hasta que Mary gimió y se estremeció entre sus brazos.

Diego llevó una mano hasta la parte de atrás de su rodilla y le separó las piernas muy lentamente. Ascendió acariciando el interior de su muslo, hasta que

enredó suavemente los dedos en su vello íntimo, apartando los pliegues que cubrían su centro de placer. Ella enterró los dedos en su hombro y escudriñó su rostro.

—¿Notas esto? —preguntó Diego mientras jugueteaba con la cálida humedad del interior de su cuerpo.

Mary asintió.

—¿Y te gusta? —quiso saber él, más que dispuesto a darle todo el placer que pudiese sentir.

—Sí —musitó insegura—, creo que sí.

El apartó la mano, y Mary

arqueó la cintura instintivamente, buscando de nuevo su contacto en aquella zona. Diego sonrió y volvió a besarle el pecho. Le besó el plano estómago y bajó hasta su vientre donde se entretuvo unos segundos en su ombligo, hasta que con un rápido movimiento descendente colocó su cabeza entre las piernas de ella. Mary protestó e intentó apartarlo, pero él la sujetó firmemente por las caderas y comenzó a besarla en aquel lugar en el que ella jamás pensó que se pudiera ser besada. Él separó, frotó, y lamió

con devota paciencia hasta que ella se retorció contra su boca.

La luz de las velas se difuminó ante sus ojos y la habitación pareció dar vueltas a su alrededor. Mary se aferró con las uñas a la colcha y gritó cuando violentas ondas expansivas quemaron su cuerpo desde dentro, desde el centro mismo donde Diego la besaba en aquellos momentos. Gritó sorprendida por una violenta liberación.

Entonces, él se bajó del colchón y, sin apartar los ojos de

ella, se sacó el pantalón y la ropa interior. Mary, todavía aturdida y jadeante, recorrió su cuerpo con una ávida mirada.

—Quiero darte placer —susurró ella, cuando Diego regresó a su lado—. Enséñame qué debo hacer.

Ella le acariciaba los costados, el pecho, el vientre. Sus manos se veían infinitamente pequeñas sobre las vigorosas formas del cuerpo de Diego. Él le atrapó la muñeca para detener aquella tormentosa exploración y la miró intensamente.

—Jamás había gozado tanto — susurró inclinándose a besarle el cuello— tan solo viendo gozar.

Ella se sonrojó y lo miró ceñuda.

—¿Sí? —preguntó y alzó una de sus delineadas cejas—. Yo también quiero verte gozar.

Mary se soltó y posó su mano sobre la enorme dureza de su sexo. Complacida cuando notó la sacudida del cuerpo de Diego y maravillada por aquel tacto sedoso, lo exploró con lentas y prolongadas caricias. A Diego se le incendió la sangre y se le cortó

la respiración. Con un brusco gruñido se colocó sobre ella y le separó las piernas con la rodilla. Guiada por un instinto tan viejo como el tiempo, Mary atrapó las estrechas caderas de él y, arqueando su cuerpo lo más que pudo, lo guió hacia ella.

Diego la besó y la penetró despacio, pero de forma continuada.

Ella jadeó y se revolvió incómoda cuando se sintió invadida.

—Es demasiado grande, Diego —musitó nerviosa—. Creo que no

voy a poder.

—Podrás —aseguró él antes de enterrarse por completo en ella.

Mary gritó cuando un agudo dolor la rompió en dos. Diego se quedó quieto, jadeando por el esfuerzo de contenerse. Era muy estrecha y envolvía su sexo por completo en su cálida humedad. Se apoyó en el colchón intentando distribuir su peso para aliviarle el dolor.

—¿Mejor ahora? —preguntó con la voz ronca.

Mary lo miró con el gesto contraído y asintió. Aunque el

escozor no había disminuido en gran medida, sentir su largo miembro en su interior le permitió experimentar la agradable sensación de pertenecerle por completo. Ella arqueó la cintura a modo de invitación, y él comenzó a moverse a un ritmo lento. Diego le besaba la frente y gemía con cada embestida. La molestia que existía al principio fue desapareciendo paulatinamente, hasta que él pudo deslizarse sin fricciones en su interior. Diego aumentó la velocidad de sus acometidas, mientras los jadeos

de ella crecían en intensidad.

Él separó la cabeza y la miró con las pupilas completamente dilatadas.

—Oh, Mary.

Entonces ella creyó morir cuando las mismas oleadas de placer de antes, pero intensificadas un millón de veces, le derritieron las venas. Diego se estremeció cuando notó las contracciones del éxtasis de ella y empujó con más fuerza. Con un desgarrador grito e incapaz de retirarse a tiempo, se enterró en Mary hasta alcanzar la mayor

liberación de toda su vida.

Después de unos minutos en que ninguno de los dos pudo moverse, Diego se hizo a un lado y la arrastró con él hasta que ambos quedaron envueltos en un estrecho abrazo. Besó su pelo todavía húmedo y se dedicó a disfrutar de aquel embriagador aroma a flores. Entonces, un violento estremecimiento atravesó a Mary. Él se dio cuenta de que habían mojado la cama y de que sus cuerpos ya habían comenzado a enfriarse. Aún con las piernas algo temblorosas, se puso de pie y sacó la colcha y las

sábanas para dejarlas cerca del fuego. Fue al arcón. Sacó una manta más gruesa que la anterior. Volvió junto a ella y la extendió sobre los dos. Mary se acurrucó, buscando el calor del cuerpo de Diego.

Tras varios minutos abrazados contemplando el fuego, Mary notó que él cavilaba en algo. Suspiraba y fruncía el ceño mientras le acariciaba el pelo y la besaba en la frente. Casi podía oírlo pensar. Pero tuvo miedo de preguntar. No quería oírlo decir que nunca deberían haber hecho el amor o que se arrepentía o

cualquier cosa por el estilo. Permaneció callada, disfrutando del sedoso tacto de su vello pectoral al pasar entre sus dedos.

Pero entonces, él atrapó su mano y rompió el silencio.

—Mary —murmuró un tanto inseguro—, creo que deberíamos hablar de lo que ha pasado esta noche.

Ella levantó la cabeza y le dio un ligero beso en los labios.

—Hemos hecho el amor, y ha sido maravilloso. No lo estropeemos hablando —concluyó, volviendo a recostarse

contra su hombro.

Él sonrió complacido.

—No, me refiero a lo que pasó antes: al secuestro.

—Es verdad —exclamó ella, levantando la cabeza y mirándolo con curiosidad—; ¿cómo lo supiste?

—Eric lo vio todo y corrió a avisarme.

A Mary se le iluminaron los ojos antes de volver a abrazarse a él.

—Creo sinceramente que ese niño es mi ángel de la guarda.

—Bueno —respondió Diego

con una sonrisa de orgullo—, él cree que tú eres su hada madrina.

Mary resopló, también sonriendo.

—Estás rodeado de criaturas fantásticas.

Él echó la cabeza hacia atrás hasta observar sus brillantes ojos color violeta. Comprendió que, con seguridad, había algo extraordinariamente fantástico tanto en ella como en el niño.

—Mary, lo que intento decirte —continuó él, poniéndose serio otra vez— es que, aunque

Davenport no logró su objetivo, ha conseguido comprometer muy seriamente tu reputación.

—¿Te importa?

Él la miró, sorprendido por la pregunta.

—Pues claro que me importa. La gente te menospreciará por algo que no ha sido culpa tuya.

—Bueno —dijo ella tranquilamente—, llevo años de duras prácticas y he logrado que no me importe nada lo que piensen o digan los demás.

Diego se revolvió incómodo, ya que aquella conversación no

estaba transcurriendo como debía. Tenía que ser ella quien llegase a la conclusión obvia de que, después de lo que había ocurrido con Davenport por un lado, y, por el otro, el hecho de que había hecho el amor con él, tendría que casarse. Entonces sería cuando él se ofrecería, más que dispuesto a solucionar su problema.

—Pero murmurarán. No se acercarán a hablar contigo. Serás una paria.

Él quería que aquello sonase aterrador, pero lo único que

consiguió fue que ella volviera a sonreír.

—Nada que no hayan hecho ya —aceptó.

El se incorporó hasta sentarse del todo en la cama.

—Mary, creo que lo de esta noche va mucho más allá. Piensa en lo que esto afectará a tu hermano, a tu amiga y a su futuro hijo. —Cuando Diego comprobó cómo se ensombrecía su rostro, supo que aquello no fallaría. También supo que estaba jugando sucio, pero estaba más que dispuesto a utilizar toda la

artillería para conseguir lo que quería—. No deberías tomártelo a la ligera, y creo que tendrías que hacer algo al respecto — concluyó.

Ella se apoyó en un codo y lo observó con atención.

—¿Y qué debería hacer?

Diego le lanzó una rápida mirada.

—Casarte —respondió conciso.

Mary abrió los ojos como platos.

—¿Cómo? —resolló—. ¡Jamás me casaré con Davenport!

—Con Davenport no —dijo

desesperado.

—Pero tú acabas de decir que su secuestro me obligaba a casarme.

—Demonios, sí, pero no con él.

—¿Entonces con quién?

Furioso, Diego la tomó por los hombros antes de responder.

—Conmigo, maldita sea. Deberías casarte conmigo.

## CAPÍTULO 21

—¿QUÉ? —PREGUNTÓ MARY ATÓNITA—. DIEGO, NO BROMEES CON ESTO.

Él la contempló muy serio.

—No estoy bromeando, simplemente te estoy pidiendo que te cases conmigo.

—No, Diego —respondió enfadada—, me estás diciendo que me harías el favor de casarte conmigo.

Mary notó que las lágrimas acudían a sus ojos, pero se resistió a llorar. Había deseado

tantas veces escuchar aquellas palabras de su boca. Pero aquello no era tal y como ella lo había pensado; así no era cómo debería ser. Él no hablaba de amor, solo de deber. Le decía que debía casarse y que allí estaba él, dispuesto a sacrificarse por ella, por su hermano y por toda su familia.

Diego la miró enfadado.

—Regresaremos a Londres. Nos casaremos y no se hable más — sentenció tajante.

Aquel tono de seguridad terminó por enfurecerla.

—Jamás me casaré si no es por amor. ¡Entérate ya, maldita sea!

—Mary —dijo él, mirándola con dureza.

Ella le devolvió la misma mirada.

—Diego.

Sentados en la cama en la que acababan de hacer el amor, ambos se observaban agitados y con determinación a no ceder en sus pareceres. Diego jamás había contemplado tan de cerca la posibilidad de tener lo que más deseaba en el mundo. Todo se había confabulado a su favor:

tenía el permiso de su hermano, el secuestro la comprometía y acababa de hacerle el amor. Pensaba que planteándolo desde un punto de vista racional, Mary no tendría excusa para rechazarlo. Y, sin embargo, lo estaba rechazando. Él se moría por volver a besarla y gritarle al mundo que le pertenecía. ¿Quería amor? Maldita sea, él la amaba por los dos. Pero todo era más seguro si el matrimonio se celebraba por deber. Ella lo aceptaría sin más, y él no tendría que abrirle el corazón y exponerse a que los oscuros

secretos que guardaba allí salieran a la luz, interponiéndose entre ellos.

Diego suspiró exasperado y se frotó los ojos, tratando de buscar algún otro argumento eficaz para convencerla.

Mary observó su incomodidad y se sintió morir. Diego la conocía, sabía lo suficiente de ella como para saber que jamás se habría entregado a un hombre al que no amara. Sin embargo, allí estaba él: hablándole de deberes y planteándole situaciones perentorias, como si

todo aquello fuera una condenada reunión de negocios. Llevada por una profunda tristeza, hizo lo que más quería en aquel momento: le dio la espalda a aquel idiota, enterró la cara en la almohada y se echó a llorar desconsoladamente.

Aturdido, Diego contempló la espalda desnuda de ella y cómo se sacudía con cada sollozo. Una violenta ansiedad lo llevó a hacerla girar en seguida. Su pecho se estremeció al verle la cara empapada de lágrimas. Habría sido capaz de soportar cualquier tortura, excepto su llanto. Las

lágrimas de Mary le dolían como mil cuchillos al rojo vivo clavándosele en el pecho. La observó. Se sintió el hombre más imbécil del mundo. "Ella lo ama", las palabras de Sara volvieron a colarse en su mente. Diego rogó al cielo por que la mujer de su amigo no se equivocara.

—Bueno, entonces casémonos por amor —susurró, con la voz a punto de quebrársele mientras la besaba en la boca, en las mejillas, en los ojos. Intentaba contener su tristeza por todos los medios —. Porque, Mary Luton, te amo más que a mi vida.

Mary lo contempló a través de las lágrimas.

—Lo dices para que me case contigo —contestó ceñuda, sorbiendo por la nariz.

Diego sonrió y asintió.

—Sí, porque es lo que más deseo en el mundo.

Mary observó su rostro anhelante durante casi un minuto.

—Entonces —dijo apoyándose en los codos para verlo mejor—, ¿me amas?

Él la miró vulnerable.

—Con toda mi alma —

respondió—. ¿Y tú a mí?

Mary se limpió las lágrimas con los dedos, mientras él la ayudaba.

—¿Que si te amo, Diego Lezcano? —preguntó en forma retórica con una sonrisa de dicha creciendo en sus labios—. Es para matarte.

Mary observó cómo le devolvía la sonrisa y, dispuesta a demostrarle lo que sentía por él, se abrazó a su cuello y le cubrió la cara a besos.

Él rió y la estrechó con fuerza entre sus brazos. La derrumbó

sobre las almohadas y, colocándose de nuevo entre sus piernas, exhaló todo el aire que cabía en sus pulmones mientras la penetraba largamente, dispuesto a demostrarle que se pertenecían para siempre.

Ella arqueó la espalda, facilitándole el acceso a su cuerpo.

—¿Me quieres? —jadeó Diego, cuando ella lo envolvió en su interior.

Mary le tomó la cara entre las manos y, al mirarlo, se vio reflejada en las oscuras

profundidades de sus ojos.

—Eres mi vida, Diego.

Emocionado por aquellas palabras, él la acometió con otra profunda embestida.

—Te amo —susurró ella retorciéndose de placer—, te amo, te amo...

A cada arremetida del cuerpo de Diego, Mary respondió con palabras de amor. Esto lo hizo aumentar el ritmo hasta hacerla gritar y arquearse repentinamente contra él. Entonces, a punto de estallar de puro goce, Diego se retiró de ella

y se derramó en las sábanas, más que dispuesto a no comprometer nunca más su salud con un posible embarazo.

Exhaustos, los dos durmieron abrazados hasta que la luz de la mañana los sorprendió, apenas dos horas después. Diego abrió los ojos y notó que Mary lo observaba fijamente. Se revolvió perezoso y se acurrucó contra ella, disfrutando del tacto de su sedosa piel contra su cuerpo.

A Mary la había despertado un sonido atronador que parecía provenir de la ventana.

—¿Qué es eso?

—¿Qué? —contestó él con la voz enronquecida por el sueño.

—Ese ruido, ¿no lo oyes?

Diego se incorporó ligeramente. El fuego se había apagado hacía rato y la habitación estaba fría y en silencio.

—No.

—Creo que viene de la ventana, pero no es el viento.

—Ah —contestó Diego, sonriendo al comprender a lo que Mary se refería—, eso es el mar.

Ella lo contempló maravillada.

—¿El mar? Oh, llévame a verlo, por favor.

Aunque no estaba en los planes de Diego salir de la cama, no pudo resistirse a su centelleante mirada. Se levantó y se puso los pantalones, envolvió a Mary con la manta y cruzó la habitación con ella en brazos. Se sentó en el asiento de la ventana, la acomodó sobre su regazo y se acercó al cristal señalando con un dedo hacia fuera.

—Ahí lo tienes, mi amor. Todo para ti.

Mary se quedó sin palabras al

contemplar la vista. El castillo se erguía sobre la roca de un pronunciadísimo acantilado, donde el mar se estrellaba con violencia hasta formar verdaderas nubes de espuma.

Ella lo miró emocionada.

—Es la primera vez que lo veo. ¡Es abrumador!

El observó satisfecho su pasión y le dio un tierno beso en el cuello.

—¿Ves aquella línea? —dijo señalando el horizonte.

Mary asintió.

—Detrás, está España.

Ella exhaló lentamente y disfrutó de la pasión que descubrió en los ojos de Diego al nombrar a su país.

—Ahora lo entiendo —afirmó.

—¿Qué cosa?

—Anoche me preguntaba qué te había llevado a comprar un castillo si siempre habías preferido el hotel.

—La vista me convenció —replicó él con una sonrisa.

Ella negó con la cabeza.

—No es una casa, ¿verdad? Pero es tu ventana a ella.

Diego la miró confundido hasta

que comprendió lo que ella quería decirle; creía que echaba de menos su país. Pero nada estaba más lejos de la realidad.

—No, mi amor —susurró y la besó en los labios—, mi hogar está junto a ti. Mi país nunca me dio nada. De hecho —concluyó sonriendo irónico—, me lo quitó todo.

Mary se concentró en su rostro, en sus facciones endurecidas por los recuerdos y por fin se atrevió a hablar de ello.

—Desearía tanto que me lo contaras...

El negó con la cabeza, y Mary notó que su cuerpo se tensaba.

—Después tendría que matarte —contestó, tratando de eludir el momento con una de sus mejores armas: el sarcasmo.

—Diego, sé que es algo que te pasó en España y sé que es algo malo. Pero sea lo que sea, jamás, escúchame bien —dijo Mary tomándole la cara entre las manos para que él no pudiese apartar la mirada—, jamás podría romper el amor que siento por ti. Haremos una cosa —continuó, decidida—: tú me cuentas una

cosa mala de tu pasado, y yo te cuento una del mío.

Diego le devolvió una sonrisa irónica.

—¿Tú tienes cosas malas en tu pasado?

Ella lo observó con dureza, dispuesta a dar el primer paso para que nada se interpusiera entre ellos.

—Mi padre jamás me quiso, y mi madre... Bueno, una criada a la que despidieron me dijo una vez que yo no podía caminar, porque mi madre había intentado matarme antes de

nacer. Jamás lo creí, siempre pensé que lo había inventado todo por despecho y que, pese a su frialdad conmigo y con mi hermano, mi madre nos quería a su manera. Pero después de lo que pasó con Davenport... —El llanto quebró su discurso.

Diego la abrazó con fuerza.

—¡Ya basta, Mary! —exclamó con el corazón, martilleándole contra el pecho—. No quiero que hablemos de estas cosas.

Mary se secó las lágrimas.

—Has dicho que no tenía cosas malas —aseguró resuelta—. Pues

acabo de empezar, así que ponte cómodo.

Diego suspiró exasperado, dispuesto a que ella dejara de atormentarse como fuera.

—¡Está bien, maldita sea! Pero quiero que me des tu palabra de que no romperás el compromiso.

Ella levantó la mano derecha.

—Te juro que no hay nada en el presente, pasado, o futuro que me impida ser tu mujer.

El sabía que aquello no era cierto, pero ya era demasiado tarde para echarse atrás. Como siempre, Mary lo había

desarmado con su vulnerabilidad. De modo que, preparado a abrir su corazón para que ella lo destrozase, Diego se dispuso a revelar su auténtica identidad.

—Nací en algún puerto de España, no sé muy bien en cuál. Aunque los primeros recuerdos que tengo son de San Sebastián, que está atravesando un poco de Francia y casi en línea recta, justo detrás de ahí —dijo Diego señalando con una risa melancólica la ventana—. Mi madre era prostituta y me dejó en un convento a los cinco años cuando un cliente quiso pagarle

por estar conmigo. Me largué de allí en cuanto pude, antes de que las monjas me mataran con sus palizas. Deambulé durante años por las calles de la ciudad haciendo cualquier cosa para sobrevivir...

Mary suspiró de forma audible.

—Por eso cuidas a Eric y a los demás chicos.

Diego la miró con sorpresa, y ella le explicó.

—Eric me lo ha contado todo; sé que los tienes viviendo en el hotel.

—Claro, Eric, el muy bocón —

contestó sarcástico.

—Mary lo contempló con amor y lo besó con ternura.

—Continúa, por favor.

—Un carpintero de ribera llamado Jon Legazpi me acogió en su taller y, a cambio de comida y cobijo, aprendí el oficio. Me gustaba y creo que lo hacía bastante bien. Pero entonces entramos en guerra. Había dos herederos a la corona y los españoles no nos pusimos de acuerdo sobre a quién apoyar: si a la hija del rey, doña Isabel, o a su hermano, don Carlos. Nuestro

trabajo era importante porque los dos bandos ansiaban hacerse con una flota importante, por eso me permitieron quedarme en el taller y no ingresé en las milicias ciudadanas. Dominar la costa era esencial para el transporte de tropas y suministros. Casi toda la flota española estaba anticuada y mal organizada; de hecho, un día nos visitó un agente de la diputación para que realizásemos las obras necesarias para armar un vapor de regatas. Incluso los pesqueros se armaban con cañones de bajo calibre. A partir de 1836, las batallas se

recrudecieron: había apresamientos de buques y de tripulaciones, se sitiaban ciudades y se saqueaban en nombre del candidato al trono de turno. Los ingleses apoyaron a los isabelinos y se instalaron en San Sebastián. En el verano de ese mismo año tuvimos que acudir a uno de los buques británicos, gravemente dañado tras una escaramuza con los carlistas. Apenas llevábamos dos días de trabajo cuando detuvieron a todos los españoles que estábamos a bordo.

Mary lo miró con sorpresa.

—¿Por qué?

—Por lo visto —continuó Diego —, alguien se había llevado un cofre con dinero y documentación importante del camarote del capitán. Nos llevaron a todos a cubierta, nos ataron las muñecas a la espalda y nos informaron lo que había pasado. En cuanto miré a Jon, supe en seguida que había sido él. Recuerdo perfectamente cómo, cuando nos subían, giró hacia mí y me pidió que cuidara de su mujer enferma. Yo estaba tan confundido; no tenía idea de lo que había llevado a un hombre

honrado, cuyo negocio iba bien, a hacer tal cosa. A lo mejor los carlistas le prometieron algo, no lo sé. Fuera como fuese, yo no tenía nada que perder y se lo debía todo. Dijeron que si el culpable no aparecía iríamos todos a la cárcel hasta que lo encontraran. Yo me adelanté, antes de que Jon lo hiciese. Después, todo ocurrió demasiado rápido para asimilarlo. Me llevaron al convento de San Telmo, un cuartel militar, y me torturaron durante días. Querían nombres, números, fechas. Yo no sabía nada, pero soporté el

primer día sin decir una palabra. Después de dos días, ya no pude más y me inventé un montón de datos para ganar algo de tiempo. Cuando tuvieron lo que querían, celebraron un juicio que presidieron los mismísimos don Fernando Fernández de Córdova y Sir Lacy Evans donde, después de dos horas, me condenaron a muerte por intento de sabotaje y alta traición. Pese a no encontrar indicios de que nada de lo que les había dicho fuese cierto, los isabelinos y los ingleses querían disuadir a cualquiera que decidiera apoyar a los carlistas

dentro de sus filas.

—Oh, Diego —susurró Mary, pasando la mano por su pecho—. Esto te lo hicieron allí, ¿verdad?

Inhalando con fuerza, Diego asintió y atrapó su pequeña mano estrujándola contra él, como si su calidez pudiese borrar las cicatrices de su piel y de su alma.

—Era un torturador muy meticuloso —respondió con ironía.

—¿Y qué pasó entonces? ¿Cómo lograste salir de allí?

Diego sonrió con aire cansado.

—Pues haciendo todo lo que había hecho hasta conocer a Jon: robar y mentir.

Mary lo miró asombrada.

—La noche antes de fusilarme, trajeron a un joven soldado inglés que había bebido demasiado y había estado armando revuelo en algunos negocios del puerto. El carcelero se confundió con las llaves del calabozo y, para no subir las escaleras, lo dejó en mi celda. Lo tendrían allí hasta que se le pasara la borrachera y lo echarían al día siguiente. El muchacho

tenía más o menos mi misma edad y llevaba el pelo largo, como yo. No lo pensé ni por un minuto: lo desnudé y me puse su uniforme, lo vestí con mi ropa y lo arrastré hasta la parte oscura de la mazmorra. Cuando comenzó a despertarse, le di un buen golpe para que durmiera otro rato. Debido a la falta de luz allí abajo y al poco ingenio del carcelero, a la mañana siguiente conseguí salir de San Telmo. — Diego le lanzó una rápida mirada a Mary antes de continuar—. Tenía diecinueve años, y esa fue la primera vez que me hice pasar

por alguien que no era.

—¿La primera vez? —preguntó ella, observándolo con atención.

—Después de marcharme de San Telmo, volví a los escondites del puerto. Quería acercarme para saber si habían descubierto mi engaño; jamás me habría perdonado si aquel muchacho hubiese pagado por mí. Pero nunca llegué a saberlo, porque aquel mismo día me enteré de que había un barco que zarpaba para Cuba en el que buscaban carpinteros. No tuve tiempo de pensarlo y me presenté al

capitán. Tuve bastante suerte porque me embarcó sin hacerme demasiadas preguntas. —Diego volvió a lanzar otra de sus miradas fugaces a Mary—. Se llamaba Rodrigo, don Rodrigo Lezcano.

## CAPÍTULO 22

MARY                      LO                      MIRÓ  
DESCONCERTADA.

—¿Lezcano?

Diego asintió.

—Pero... —susurró ella— ese es tu apellido.

—No —el tono de él se volvió más duro—, yo no tengo apellido. Jamás he conseguido recordar el apellido de mi madre. Cuando me abandonó solo me recordó que me llamaba Diego, no el apellido; seguramente, para que nunca la buscaran. Así que siempre fui

solo Diego.

—Entonces, robaste su apellido —determinó Mary, siguiendo la lógica.

Diego no pudo evitar reír.

—No, eso no me hizo falta. Durante el viaje a la Colonia el señor Lezcano me mandó llamar varias veces a su camarote. Al principio era por trabajo, pequeños arreglos en la cámara o en algún mueble. Él se quedaba a charlar conmigo: me hablaba de Cuba, de la plantación de azúcar que poseía allí, de su joven esposa criolla que nunca le había

dado hijos y del borracho de su hermano. Al principio, no me interesaba mucho, pero después de un tiempo establecimos cierta camaradería. Él nunca curioseaba en mi pasado; únicamente una vez me preguntó si mis padres vivían. Cuando le dije que no tenía familia, comenzó a invitarme a su mesa cada noche. Después de cenar compartía conmigo su ron y, mientras jugábamos a las cartas, me hablaba del funcionamiento de su plantación. Entonces, el resto de la tripulación empezó a murmurar acerca de nuestra

amistad. Tras romper algunas caras y, muy a mi pesar, decidí dejar de ir a cenar con él para evitar más habladurías. Cuando se enteró, don Rodrigo me mandó llamar y me explicó el motivo de su interés por mí.

—¿No quería que fueras su amante? —dijo Mary con una sonrisa en los labios. Pues no era tan inocente como para no saber que aquel tipo de relaciones existían entre algunos hombres y también entre mujeres.

Diego achicó los ojos.

—No —contestó siguiéndole la

broma—. Al parecer, no era su tipo.

—¿Quería adoptarte?

Diego la miró con asombro.

—¿Cómo demonios lo sabes?

—preguntó, con una sonrisa de incredulidad.

—Lo he intuido por lo que me has contado hasta ahora. Pero tú ya no eras un niño, ¿por qué adoptarte si ya eras un hombre?

—Rodrigo Lezcano tenía cincuenta años y se había marchado a Cuba hacía casi veinte. Al abandonar España había dejado a su primera esposa

embarazada de su primer hijo, esperando regresar pronto por ellos. Pero en la isla se enamoró de otra y se olvidó de la esposa española. Hacía más o menos un año que el médico le había diagnosticado una grave afección pulmonar. Por lo que, don Rodrigo, dispuesto a que el maleante de su hermano no heredase su fortuna, había decidido aprovechar el viaje a España para saber lo que había sido de su esposa y buscar a su hijo, a quien, por derecho, le correspondía su herencia. Pero, según me contó, el niño y su

madre habían muerto de tuberculosis muchos años antes.

—Aquel niño tendría más o menos tu misma edad —concluyó Mary. Acababa de comprender cómo solo Diego se había convertido en Diego Lezcano.

—Esa fue la segunda vez que usuré una identidad que no me correspondía. Don Rodrigo Lezcano tardó más o menos un año en morir desde que desembarcamos en La Habana. Durante aquel tiempo me enseñó todo acerca del funcionamiento de la plantación y prácticamente

todo lo que sé sobre los negocios.

—¿Y su familia? —preguntó Mary.

—Nadie puso en duda jamás la palabra de don Rodrigo. Para todos yo era el hijo que el patrón había tenido en España. Cuando mi padre adoptivo murió, su hermano se casó con su viuda y ambos se marcharon a Norteamérica. No he sabido nada de ellos desde entonces.

Mary parecía completamente fascinada con su historia.

—¿Cómo llegaste a Inglaterra?

—Mis viajes a Inglaterra

comenzaron mucho antes de conocerlos. En cuanto descubrí vuestro ferrocarril supe que era algo que iba a cambiar la historia. Así que decidí invertir en él y, de paso, llevarme la idea a Cuba. Y funcionó, ¡vaya sí funcionó! En un año, prácticamente conseguimos duplicar nuestra producción. Además aquí siempre conseguí los mejores precios para mi ron. Creo que los ingleses preferirían morirse de hambre antes que renunciar al ron.

—Apuesto por ello —corroboró ella sonriendo—. Pero ¿y la plantación? ¿Por qué no

regresaste a Cuba?

—Llevaba muchos años allí y sentía que había llegado el momento de volver a Europa. Pensé que podría pasar algún tiempo entre Francia y España poniendo en práctica todo lo aprendido. Y el funcionamiento de la plantación nunca me preocupó, pues está bajo la sabia supervisión de mi capataz y buen amigo, Manuel Montenegro. —La expresión de Diego cambió de pronto y se volvió más relajada y solemne; como si acabara de percatarse de algo que hasta el momento no se le hubiera

ocurrido—. ¿Sabes, Mary? Cuba te encantaría; en muchos sentidos es como tú.

Las perfiladas cejas de Mary se elevaron en un mohín interrogante, mientras él continuaba con su explicación.

—Las dos sois absolutamente preciosas, sorprendentes, y del todo imprevisibles. —Diego inhaló aire con fuerza y su gesto se hizo más grave—. Algún día me gustaría enseñártela.

Ella asintió con una sonrisa radiante, entusiasmada con la idea de que él la hiciera partícipe

de aquella parte tan importante de su vida.

—Me encantaría —aceptó—. Pero todavía no me has dicho por qué nunca has regresado.

Diego suspiró.

—Bueno, cuando mis asuntos en Londres hubieron concluido, y un día antes de partir hacia Francia, tuve la suerte de toparme con un tipo bastante agradable que necesitaba realizar algunas inversiones con urgencia. Así que decidí quedarme a echarle una mano.

Ella volvió a sonreír.

—¿Un conde, quizá?

Diego asintió, y su gesto se tornó serio.

—Y del que no he podido apartarme desde que conocí a su hermana pequeña.

Mary dejó de sonreír al comprender lo que Diego trataba de decirle.

—¿Quieres decir que tú...?

Él volvió a asentir.

—¿Que siempre te he amado? Sí —confirmó—. Desde que mis ojos se posaron en ti.

—¿Por eso decidiste ayudar a Robert?

Diego meneó la cabeza.

—Tu hermano es un hombre bastante atípico. Me gusta su forma de pensar; me hace esforzarme por ser mejor persona. Pero eso lo descubrí más tarde. Al principio, solo quería estar cerca de ti. Me di cuenta de que en mi interior siempre había sentido un vacío que solamente tú eras capaz de llenar. Aunque no fueras para mí, necesitaba tu presencia tanto como respirar.

Mary lo contempló con lágrimas en los ojos.

—Oh, Diego, soy una tonta —  
murmuró ella abrazándose a su  
cuello y besándolo en la boca—.  
¿Por qué nunca me di cuenta?

Sonriendo, él la envolvió en sus  
brazos.

—Porque soy muy bueno  
disimulando, mi amor.

—Pero no tenías por qué  
hacerlo; yo te habría aceptado.

—Mary, ¿no has escuchado  
todo lo que acabo de decir? Yo  
no soy digno de ti.

Ella le lanzó una severa mirada.

—¿Y quién lo es? ¿Davenport?  
Piensas que él me merece más

que un hombre que va a la cárcel por un amigo y su familia o que, por otro, decide asumir una personalidad y una responsabilidad que no le corresponden y cargar de ella con la mayor dignidad. No, Diego, si piensas que tu pasado te deshonra, estás equivocado. Antes te quería, pero ahora te quiero y te admiro mucho más.

El volvió a menear la cabeza, disconforme.

—Un muchacho inocente pudo haber muerto en mi lugar.

—¡No era tu lugar, maldita sea!

—exclamó enfadada—. Estoy segura de que se dieron cuenta del engaño en cuanto el soldado se despertó. Pero, si no fue así, no pagó por tu castigo, sino por el de tu amigo. Aquello lleva corroyendo tu conciencia todo este tiempo. Jamás terminaste de escaparte de aquella prisión, por eso le pusiste ese nombre a tu hotel, ¿verdad? —Diego asintió—. Ahora lo comprendo todo: no querías olvidarlo, porque esa era tu penitencia. Por eso tampoco querías estar conmigo. Si te permitías ser feliz, la culpabilidad te mataría.

Diego bajó la cabeza, pero ella le atrapó la cara entre las manos y lo obligó a mirarla.

—Pues no te lo voy a permitir, ¿me has oído, Diego Lezcano? — señaló resuelta—. Ahora tu felicidad también es cosa mía.

Diego la estrechó con fuerza y buscó su boca desesperadamente. En aquel momento, supo que algo había tenido que hacer bien para que Dios lo recompensase con la enorme dicha que sentía. Se puso de pie cuidadosamente y la abrazó por la cintura mientras el

pequeño cuerpo de ella se extendía a lo largo del suyo. La manta se resbaló y cayó al suelo. Diego la besó posesivamente durante más de un minuto. Sus manos vagaron por su espalda apretándola con fuerza. Mary se abrazó a su cuello y se arqueó contra él mientras emitía pequeños jadeos con cada respiración. El descendió con las palmas abiertas y buscó su trasero estrujándola contra su entrepierna.

—¿Te casarás conmigo? — preguntó Diego fulminándola con una mirada repleta de deseo.

Ella se apretó aún más contra él.

—Sí —susurró junto a su oreja antes de besarle el lóbulo con una caricia provocativa.

Frenético, Diego trató de conducirla a la cama. Pero, demasiado desorientados por el ardiente torbellino en el que ambos parecían haber caído, se tropezaron con la mesa. Diego tiró todos los libros al suelo de un manotazo, le dio la vuelta a Mary y la hizo sujetarse al mueble. Mientras con una mano le acariciaba la espalda, con la

otra se desabotonó el pantalón. Le hizo bajar el cuerpo hasta que ella quedó con el tronco inclinado sobre la mesa. Acarició su estrecha cintura y disfrutó lo indecible con la visión que aquella postura le ofrecía de su trasero.

Mary apoyó las manos en la madera e intentó girar cuando notó que él se acercaba por detrás.

—No —murmuró Diego inclinándose sobre ella—, quédate así.

—Pero esto no... —farfulló

desconcertada—, así no podrás. Oh, Diego —gimió cuando notó cómo él usaba su pie para separarle las piernas.

Diego supo que su deseo ascendía a límites hasta entonces desconocidos. Con la mano derecha abarcó la redondez de su nalga y la apretó contra su poderosa erección. Mary volvió a gemir y se arqueó sensualmente hacia él, buscándolo instintivamente. Diego la abrazó y le acarició los pechos, mientras la empujaba ligeramente por detrás. Sus manos descendieron ávidas buscando su vientre y el

centro de placer que se ocultaba entre sus piernas. Concentrado en hacerla gozar,

Diego introdujo un dedo en su cálida humedad, valiéndose de ella para lubricar sus suaves y abrumadoras caricias.

Mary clavó las uñas en la madera cuando su cuerpo comenzó a temblar a un ritmo vertiginoso.

—Diego, oh, por favor, Diego.

El no la hizo esperar más. Sin dejar de acariciarla con una mano, con la otra agarró su rígido miembro y lo orientó a su

interior. Con un violento gruñido, Diego se enterró en ella al tiempo que comenzaba a moverse con largas y profundas embestidas. Mary lo sintió dentro y cada acometida la llevó a un nivel más alto de placer sexual. Hasta que, completamente bañada en sudor, gritó y se retorció sobre el escritorio cuando su cuerpo explotó en un violento éxtasis. Diego notó las contracciones de su orgasmo sujetándolo en su interior. Agarró su trasero con ambas manos y se enterró lo más dentro de ella que pudo. Después de unas pocas embestidas se dio

cuenta de que era incapaz de aguantar más y se retiró en seguida, derramándose sobre sus nalgas. Tras un brusco gruñido de liberación, Diego se dejó caer sobre ella.

Varias horas más tarde, Mary y Diego todavía permanecían abrazados bajo la gruesa manta. Diego había bajado a la cocina de la señora Carpenter y había regresado con una bandeja repleta de comida, de la que ambos se habían servido. Una vez que hubo almorzado, Mary se

dejó caer sobre las almohadas con el cuerpo absolutamente extenuado. Se abrazó a Diego, y los dos durmieron apretujados durante horas.

De repente, Diego sintió que un estremecimiento atravesaba a Mary. Apartó la cabeza y la miró con curiosidad.

—¿Qué ocurre, mi amor? — preguntó, estrechándola aún más.

—Al despertarme, creí que todo había sido un sueño, que tú no estabas aquí.

Diego la besó en la frente.

—Tranquila, estoy aquí y no me iré a ninguna parte.

Mary se incorporó sobre los codos, con el recuerdo de otro sueño en su mente.

—Diego, me gustaría que adoptáramos a Eric —declaró ella observando su reacción con atención—. Y, además —continuó—, quiero tener hijos contigo.

Una señal de alarma atravesó el semblante de Diego.

—¿Hijos? —preguntó, achicando los ojos—. ¿Cómo, hijos?

—Diego, ¿cómo va a ser? —dijo

exasperada.

Él empezó a negar con la cabeza antes de contestar.

—No, no, no...

—Diego... —murmuró ella, lanzándole una mirada de medio lado.

—Mary... —respondió él devolviéndole la misma mirada.

Los dos se observaron fijamente durante unos instantes. Diego no estaba dispuesto a ceder ni un ápice en aquel tema. La salud de Mary era frágil, y ningún médico aconsejaría un embarazo. Jamás se arriesgaría a

perderla por un deseo egoísta de tener un hijo. Cuando los ojos de ella se llenaron de lágrimas, Diego se levantó de la cama inmediatamente. No iba a dejarse convencer. Sabía que ella conseguiría cualquier cosa de él si lloraba.

—Escucha —se apresuró a decir mientras se vestía—, adoptaremos todos los niños que quieras. Pero, por favor, no me pidas que tengamos un hijo. —Diego volvió a su lado y le tomó las manos mientras la miraba implorante—. Si te pasara algo, me moriría, ¿es que no lo

entiendes?

—¿Ves? —declaró ella cruzando los brazos sobre la manta en un gesto de obstinación—. Por eso es tan importante que una pareja trate estos temas antes de casarse.

—¿De qué demonios estás hablando?

—De que, antes de decidir casarte con alguien, siempre deberías aclararle estos puntos. Diego, quiero casarme contigo. Pero por eso no voy a dejar de ser yo misma: deseo seguir diseñando vestidos, quiero

adoptar a Eric y anhelo más que nada en el mundo tener un hijo contigo.

El rostro de Diego se endureció.

—Mary —respondió tomando su cara entre las manos—, yo no quiero casarme con ninguna otra. Te amo tal y como eres: diseña si quieres; adoptemos a Eric, yo también lo deseo; pero, en lo que respecta a lo demás, no cederé.

Mary puso sus manos sobre las de él y lo miró suplicante.

—Pero, Diego, yo quiero tener por lo menos un bebé.

—No, no, no y no —dijo él

meneando enérgicamente la cabeza—. Nada de bebés, ¿me has oído, Mary?

## CAPÍTULO 23

MARY ESTABA EMBARAZADA.

Aquella misma mañana se lo había dicho a Diego que, después de un rato de vacilación, se había marchado dando un sonoro portazo al salir. Mary se tocó el vientre y observó la calle desde la *suite* del hotel San Telmo. Su marido llevaba fuera todo el día y no tenía ni idea de cuándo iba a regresar. Sabía que Diego estaba más preocupado que enfadado. Pero no poder celebrar la noticia de la llegada de su hijo con él la

llenaba de tristeza. Era consciente de cómo Diego había puesto mucho cuidado desde que se habían casado al hacerle el amor cada noche, dispuesto a no correr riesgos con su salud. Pero todo había sido inútil, porque había ocurrido aquella primera noche en el castillo. Mary apenas se había dado cuenta de que le faltaba el periodo y de los síntomas, debido al ajetreo que había afectado a su vida en el último tiempo.

El día en que regresaron a

Londres, encontraron un pequeño caos en Luton Hall. Mary todavía recordaba cuando Diego atravesó con ella en brazos la puerta de entrada, y Robert fue a su encuentro más enfadado que nunca.

—Más te vale tener una buena explicación —había gritado furioso a su amigo.

Una hora más tarde Diego salía del despacho de Robert bastante satisfecho; su hermano había dado su consentimiento de buen grado para que la boda se celebrase cuanto antes. Ya que, y

como le había asegurado a Diego que pasaría, Robert concedió la misma importancia que ella había concedido a su pasado; es decir, ninguna.

Para Robert, un hombre se definía por los actos que decidía hacer, y no por aquellos a los que se veía obligado; y para él, la nobleza de su amigo había quedado sobradamente demostrada desde la noche en que sus caminos se cruzaron.

En cuanto a su madre, Diego y Mary llegaron a un acuerdo antes de salir del castillo. El primer

impulso de ambos fue el de confesarle todas las maldades de la condesa a Robert. Pero Mary pensó entonces lo infeliz que sería su hermano si llegaba a enterarse alguna vez de lo que su madre había sido capaz de hacer.

Su madre se había apresurado a asegurar a Sara y a Robert que su fuga había sido con lord Davenport. Información que Mary no tardó en corregir a su regreso, asegurando que, guiada por un arrebató romántico, con quien se había fugado era con Diego. La condesa no se atrevió a contradecirla, pues se exponía a

revelar su grado de implicación en el asunto. De modo que, apretando la mandíbula y torciendo el gesto con desagrado, tuvo que aceptar aquella mentira que decía que su hija se había escapado con Diego Lezcano.

Mary decidió no revelarle la verdad a Robert ni a Sara, aunque no a cambio de nada. Días después de su regreso acudió a la habitación de su madre.

—Hija —había exclamado ella tratando de acercarse para abrazarla—, ¡qué alegría que

hayas venido a verme!

Mary sintió la ira hervir en su interior.

—Esto no es una visita de cortesía, madre —contestó haciéndole un brusco gesto con la mano para que no se aproximara a ella—. Solo he venido a informarle cómo serán las cosas a partir de ahora. —Hizo una pequeña pausa para serenarse y continuó—. Cuando llegue la hora de volver a Sweet Brier Path, usted le dirá a Robert que desea quedarse aquí. Vivirá sola en esta casa y, para cuando no nos quede

más remedio que vernos en ciertas fiestas familiares, se guardará todos sus comentarios mordaces y no volverá a atormentarnos con sus opiniones y quejas. —Cuando la condesa intentó protestar, Mary le ordenó que se callara con otro ademán —. Si alguna vez vuelve a hacer o a decir cualquier cosa que esté fuera de lugar, le contaré a Robert todo lo que usted intentó hacer conmigo. Puede dar por hecho que él no será tan benévolo. ¿Sabe la deshonra que supone ser repudiada? Sus amigas jamás volverían a

acercarse a usted y adiós al estatus que tanto le importa.

Su madre se quedó clavada en medio de la habitación observándola con dureza.

—Todo lo he hecho por tu bien.

—¿Por mi bien? —gritó Mary—. Me entregó a un tipo para que me violara, madre —remató, con una repugnancia nada sutil.

—Tú jamás lo entenderías porque siempre tuviste privilegios. Nunca has tenido que soportar que otros te miraran por encima del hombro simplemente

por no haber nacido en la familia correcta. Todo lo que he hecho, lo hice pensando en que ni tú, ni tu hermano tuvierais que pasar nunca por eso.

Mary inspiró hondamente y trató de serenarse. ¿Cómo se atrevía a hablarle de privilegios a una paralítica? No se arrepentía. Mary se sentía ingenua por haber pensado que encontraría un mínimo de arrepentimiento en alguien tan soberbio como ella. Mary descartó mentalmente aquellos pensamientos; estaba decidida a que no le importara en absoluto lo que su madre hiciera

a partir de entonces. Su necesidad de controlarlo todo hacía imprescindible alejarla de todos ellos. Por lo que ya era hora de que se acostumbrara a vivir sola.

Antes de salir de la habitación, Mary giró hacia ella y la miró con dureza.

—A partir de ahora ya sabe lo que tiene que hacer si no quiere perderlo todo.

—¡Eso es chantaje, niña! — contestó la condesa como si la estuviera reprendiendo por sentarse incorrectamente a la

mesa.

Mary sonrió con ironía.

—Completa y absolutamente, madre.

Una semana después, el 7 de septiembre de 1850, Diego y Mary se casaron en una gran ceremonia en la catedral Saint Paul. Diego quiso que la boda se celebrase con toda la aristocracia presente.

—Quiero que todos se enteren de que te pertenezco y de que tú me perteneces a mí. No tenemos

por qué escondernos —había dicho él, cuando los dos ultimaban los detalles del evento.

A pesar de que el rumor de su fuga se había extendido entre la clase alta londinense, ninguno de los invitados encontró motivos para rechazar el convite al prematuro enlace de la hermana del conde de Rohard con el señor Lezcano. Claro que el hecho de que muchos de ellos le debieran dinero al novio disuadía cualquier intento de boicot mediante una negativa a asistir a la boda, aunque se celebrase con tanta prisa.

La catedral se llenó con aristócratas y ricos industriales. Acudieron políticos, arquitectos, abogados, científicos y demás representantes de las distintas profesiones liberales. Sara empujó la silla de Mary que, de la mano de su hermano, recorrió el gran pasillo central hasta el impresionante altar. Con una sonrisa de dicha, Diego estrechó la mano a su amigo y tomó orgulloso las manos de su novia, que había decidido incorporarse para pronunciar sus votos de pie a su lado.

En las primeras filas se situó

toda la familia. Su hermano tomaba la mano de su esposa que no dejaba de llorar debido a lo sensible que la ponía el embarazo. A su lado, Eric y sus amigos se revolvían incómodos con sus trajes de etiqueta. Olivia, que contemplaba orgullosa el precioso vestido con incrustaciones de pequeñísimas piedras preciosas de su socia, tampoco podía retener las lágrimas.

Junto a todos ellos, la condesa viuda lo observaba todo en completo silencio, porque, pese a que la ceremonia respondía a la

opulencia que ella siempre había deseado, Mary estaba convencida de que su madre seguía pensando que la elección del novio no era la adecuada. Pero no diría nada, ya no podría seguir entrometiéndose en sus vidas. La condesa viuda era como era y no se arrepentía de nada de lo que había hecho porque, según ella, había obrado correctamente. Aunque aquella mañana, cuando la había visto vestida de novia, Mary sí pareció notar cierta emoción en ella. Estaba segura de que para su madre el hecho de quedarse sola en Londres, lejos

de su familia, significaba un doloroso castigo, ya que nunca se habían separado. A partir de ese momento, por el bien de todos, debería aprender a vivir sola. Mary estaba segura de que en una ciudad como Londres no le costaría demasiado encontrar nuevas distracciones.

La boda se celebró con toda la aristocracia inglesa como testigo. Después de la ceremonia, Robert ofreció una cena y un baile en Luton Hall en honor de los novios que duró hasta la mañana siguiente. Diego y Mary consiguieron escaparse y regresar

después de la media noche al hotel, donde iban a permanecer hasta que su casa estuviese construida. Después de hablarlo largo y tendido, Diego había decidido que haría construir una casa con todas las comodidades para ella: un hogar que no contara con ninguna barrera arquitectónica, que dispusiese de un elevador para que pudiera moverse a sus anchas y no tuviera que depender de nadie para subir y bajar. A Mary, que siempre había valorado su independencia, la idea la conquistó al instante. Pero solo le

pidió que fuese cerca de Sweet Brier Path, porque no podía soportar la idea de vivir lejos de Robert y Sara. Diego estuvo de acuerdo; días más tarde ambos emprendieron el viaje al condado de Rohard para elegir un terreno próximo a la mansión de los Luton.

La entrada en tromba de Eric en la *suite* trajo a Mary al presente.

—¿Vienes a leernos un cuento, mamá?

Mary dejó de observar la calle y sonrió al niño. Al que, por cierto, no le costó nada hacerse a la idea de que ella y Diego fuesen sus nuevos padres. Recibió feliz la noticia cuando le contaron la posibilidad de adoptarlo. Aunque al principio Eric había pensado que su intención era adoptarlos a todos, Diego le explicó que, en cuanto el colegio estuviese acabado, no tendría que preocuparse nunca más por sus amigos y podría visitarlos siempre que viajasen a Londres. El niño tardó un rato en asimilar que iba a separarse de su pequeña

familia para pasar a formar parte de otra. Pero la idea pareció complacerlo, porque no le costó ningún esfuerzo comenzar a llamarlos papá y mamá.

Perdida otra vez en sus pensamientos, Mary sonrió melancólica al recordar la cara de embobado que Diego ponía cada vez que Eric lo llamaba papá. Volvió a colocarse las manos en el vientre y rezó para que él la comprendiera y pudieran compartir juntos la felicidad por la llegada de aquel hijo que crecía en su interior.

—¿Vienes, mamá? —insistió Eric, dispuesto a que Mary les leyese antes de acostarlos, como hacía cada noche.

—¿Ya habéis elegido el cuento? —preguntó siguiendo al niño fuera de su habitación.

Nervioso, Diego paseaba de un lado a otro del estudio del conde con la tercera copa de whisky en la mano. Pese a que la temporada ya había terminado, los condes todavía permanecían en Londres debido a que el médico había desaconsejado el

viaje a Sweet Brier Path por el delicado embarazo de la condesa.

—Bueno, no te puedo negar que yo también estoy muerto de miedo. Desde que Mary nos lo dijo esta tarde —expuso Robert tras dar otro trago a su copa—, no dejo de pensar en que no solo puedo perder a mi mujer, sino también a mi hermana.

Diego no se sintió enfadado cuando se dio cuenta de que Mary había informado de su embarazo a todos antes que a él. Con certeza se sentía insegura, porque conocía su opinión acerca

de tener hijos propios. Diego supo que había sido su culpa, que la primera vez que habían estado juntos había sido incapaz de retirarse a tiempo, que aquello había sido suficiente para ponerla en grave peligro. Se maldijo otra vez y dio otro buen trago a su whisky.

—¿Cómo diablos lo soportas?  
—preguntó a su amigo mientras se pasaba una mano por la cara —. Porque yo estoy a punto de volverme completamente loco.

Robert se puso de pie y se acercó a él.

—Ya basta, por favor —dijo y le puso una mano en el hombro para detenerlo—. No va a ocurrir nada, maldita sea —continuó con un esfuerzo por convencerse más a sí mismo que a Diego—. Dentro de unos meses nos reiremos de todo esto con nuestros hijos y sobrinos en brazos, ya lo verás.

Diego lo miró sin mucha seguridad, y ambos terminaron sus copas de un solo trago.

Pero todos los propósitos de tranquilidad se desvanecieron en cuanto Sara comenzó el trabajo

de parto un frío día de febrero. Diego y Mary fueron avisados a la hora del almuerzo, y ambos se desplazaron a Luton Hall, en donde se toparon con un pequeño caos con el ir y venir apurado de un montón de criados. Mary, ayudada por su marido, subió hasta la habitación principal y se encontró con su amiga tumbada en el centro de la cama. Sara estaba sudorosa y emitía pequeños jadeos de dolor. El doctor la examinaba y le aconsejaba que no pujara todavía.

Su hermano entró en aquel

mismo momento, pese a intentar ser detenido por un grupo de criadas.

—No es apropiado que usted esté aquí, milord.

Él les lanzó la mirada más dura que Mary había visto jamás.

—¡Apártense de mi camino!

Robert se acercó a la cama y le tomó la mano a Sara mientras con la otra comenzó a aplicarle paños húmedos en la frente. Sara respiraba cada vez más agitada.

—¿Qué es lo que pasa, doctor?  
—preguntó Robert—. Llevamos así mucho tiempo.

Él médico se quitó sus pequeños anteojos y lo miró como si todavía no se hubiera dado cuenta de su presencia en la habitación.

—¿Qué hace aquí, milord? Debería esperar abajo.

Robert se volvió furioso a todos los presentes.

—Mataré al próximo que intente sacarme de aquí. ¡Ayude a mi mujer, maldita sea!

Mary contempló el montón de sábanas manchadas de sangre que en aquel momento se llevaba una de las sirvientas, y el

estómago se le descompuso. ¿De verdad Sara había perdido toda aquella sangre? Examinó la cara de dolor de su amiga. En aquel momento, la posibilidad de perderla se le presentó pavorosamente real. Cruzó las manos sobre su regazo y rezó con todas sus fuerzas. "Por favor, Dios, no lo permitas, no te la lleves." Mary no podía imaginarse la vida sin ella.

Acarició su abultado vientre y solo entonces comprendió a Diego.

—Robert —susurró Sara—, en

un libro leí que hay pueblos que daban a luz de pie. ¡Ayúdame a levantarme de aquí!

Robert miró al doctor desesperado. El médico meneó la cabeza.

—El niño es demasiado grande y está encajado, no lo ayudará.

—¿Tiene alguna idea? —le gritó colérico como respuesta.

Al no obtener respuesta, Robert ayudó a su mujer a levantarse. Sara se incorporó con un gesto de dolor. Tomó una de las mantas de la cama y se la llevó con ella hasta cerca de la

chimenea. Robert mandó salir a todo el mundo, salvo a Mary.

—¿Qué hago, mi amor? — musitó, volviéndose a Sara—. Dime qué hago.

Mary estaba paralizada por el terror, pero ante la imagen de aquellos dos valientes padres tratando de traer solos a su hijo al mundo, se obligó a ir hasta ellos y ofrecerles su ayuda.

—Mary... —susurró Sara cuando se percató de su presencia.

Mary la observó, dispuesta.

—¿Qué debemos hacer?

Sara comenzó a caminar en círculos sobre la manta que había extendido en el suelo, ayudada por Robert. Con cada contracción se agachaba, apoyándose con fuerza en los brazos de su marido y en la silla de Mary. Solo debieron repetirlo cuatro veces; porque a la quinta, y tras un grito desgarrador, Sara dio a luz a un robusto niño.

Completamente empapada en sangre y sudor, Sara tomó a su hijo, que se retorció en sus brazos mientras berreaba desconsolado.

—Ahora, llamad al médico — dijo, observándolos a ambos con lágrimas en los ojos—. Todo va a ir bien.

Robert estaba tan empapado como su mujer y temblaba violentamente. Justo cuando iba a cumplir con sus deseos, Sara lo detuvo y tiró de su mano.

—Te amo, Robert Luton. Y este niño ha nacido gracias a vosotros dos —declaró, mirando a los dos hermanos.

Robert tomó la cara de su mujer entre sus grandes manos y le dio un apasionado beso en los

labios. Cuando se hubo marchado, Mary se acercó a su amiga, que yacía recostada en el suelo con su hijo en brazos.

—Oh, Sara, es precioso —susurró, acariciando la cabecita del bebé.

Ella le sonrió.

—Sí, es guapo y grande, como su padre.

La habitación se volvió a llenar al instante de criados y actividad. Sara volvió a la cama y, tras ser lavada e inspeccionada por el médico para comprobar que todo estaba bien, ella y su familia

pudieron descansar.

Cuando todos se retiraban ya por el pasillo, Wallace se aproximó a Mary con cara de preocupación.

—Verá, milady —susurró discretamente—. Su esposo se encuentra algo indispuesto.

Mary miró al mayordomo con atención.

—¿Dónde está?

—En el estudio, milady. Pero creo que ha bebido demasiado. Ha derribado a tres hombres que intentaban ayudarlo.

Mary pidió que la bajasen y se

dirigió hacia allí a toda velocidad.

Encontró a Diego de pie en medio de la habitación con la botella vacía de whisky en la mano. Cuando la oyó, giró hacia ella medio tambaleante y la observó con los ojos empañados por el alcohol.

—¿Ha muerto? —preguntó con la voz rota.

Mary se acercó a él y le quitó la botella.

—No. Han tenido un niño al que llamarán John.

Diego exhaló un largo suspiro exasperado y cayó de rodillas.

—Oh, Mary —susurró, abrazándose al abultado vientre de su mujer.

Mary tomó la cabeza de Diego entre las manos y lo hizo mirarla mientras le acariciaba el pelo con suaves movimientos tranquilizadores.

—Sé exactamente cómo te sientes y te prometo que solo pasaremos por esto una vez. Hay formas de evitarlo, ¿sabes? Hablaré con mi amiga Edén Smith y le pediré toda la información que necesitamos. Y adoptaremos, adoptaremos a veinte niños si es

necesario ¿De acuerdo, mi amor?

Diego asintió y, acto seguido, le dio un apasionado beso con sabor a whisky.

## EPÍLOGO

*Londres, 11 de mayo de 1851.*

CONTAR CON LA EXPERIENCIA DE SARA FUE DE GRAN AYUDA EN EL momento en que a Mary le tocó dar a luz. Pero, a diferencia de su amiga, su parto apenas duró unas pocas horas. Diego, que no se movió ni por un momento de su lado, estuvo más calmado de lo que Mary esperaba; después de amenazar solamente un par de veces al médico, se relajó un poco al

comprobar que todo marchaba por los cauces normales. De la mano de su marido, a las ocho y quince minutos de la tarde, su hija vino al mundo.

Después de dormir durante horas, Mary abrió los ojos y lo primero que vio fue a Diego recostado en una silla al lado de su cama. Tenía el pelo revuelto, el chaleco desabrochado y las mangas de la camisa dobladas hasta los codos. Mary sonrió con ternura y pensó que, incluso con aquel aspecto desarreglado, su marido estaba irresistible.

—Hola —dijo él cuando vio que abría los ojos.

La sonrisa de Mary se ensanchó.

—Hola —contestó y se incorporó ligeramente en la cama —. ¿Y la niña?

Diego se acercó otra vez a la gran cuna y rió embobado.

—Ahora duerme.

Mary lo observó inquieta.

—¿Mueve las piernas? Diego, fíjate si mueve las piernas.

Diego se acercó a su esposa y le dio un beso en los labios.

—Sí, mueve las piernas —  
respondió, al mismo tiempo que  
su pecho se henchía con orgullo  
—. Patea como una condenada.

Mary apartó las sábanas y  
levantó los brazos hacia él.

—Quiero verla.

—Tienes que descansar, luego  
te la daremos.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Diego, si no me llevas ahora  
gritaré.

Él explotó en una carcajada y la  
tomó diligente entre sus brazos.

—Cariño, en lo que sí se te  
parece tu hija es en ese carácter

del demonio que tenéis las dos. Que Dios me ampare —imploró, mirando al cielo.

Diego se sentó al lado de la cuna y acomodó con cuidado a Mary en su regazo. Ella apartó la manta de la cuna y contempló aliviada cómo su hija, que se había despertado con todo el alboroto y los observaba con atención, movía jubilosa sus piernitas. Mary suspiró, y el miedo que había ensombrecido secretamente su alma durante los últimos meses se disipó. Diego se inclinó y tomó una colcha de encima de la cama, envolviendo

con ella a su mujer para que no se enfriara.

—Te amo —susurró él junto a su oreja.

Mary miró al responsable de toda aquella felicidad y lo besó con pasión. Entonces, su hija chilló para llamar su atención. Mary se volvió hacia ella y la tapó de nuevo mientras le sonreía con ternura.

—¿Cómo la vamos a llamar?

Diego volvió a mirar a su esposa.

—A mí me gusta Mary, ¿qué te parece?

Mary arrugó el gesto. Pero después de unos segundos, su rostro se iluminó.

—Mary en español es María, ¿verdad?

Diego asintió con una sonrisa radiante.

—María Lezcano —enunció él.

Los dos estuvieron de acuerdo en que sonaba de maravilla.

Después de una semana oyendo hablar de ella sin parar, Eric Nash decidió conocerla por fin. De modo que, una vez que

todo estuvo en silencio, entró sigilosamente en la habitación del bebé. La chimenea estaba encendida y sembraba la estancia de cálidos resplandores dorados. Eric, que por alguna extraña razón estaba nervioso, se acercó lentamente a la cuna. Apartó el fino dosel que la cubría y distinguió entonces la cabecita cubierta de pelo negro. Al percatarse de su presencia, la niña levantó su hermosa cara hacia él.

Prendido en la mirada violeta de María y medio aturdido, Eric comprendió que las hadas debían

existir porque algo acababa de hechizarlo para siempre.

**FIN**